

TERCERA SERIE

EXPLORADOR MEXICO

2



LE MONDE
diplomatique

Tiempos de violencia

Fundación PROCAP, Comodoro Rivadavia.
PAE asiste a Pymes y emprendedores
brindando capacitación, asistencia técnica
y financiación para mejorar su gestión.



PRESENTES EN TU HISTORIA.

El petróleo no es sólo combustible: es la energía que potencia la historia de la Fundación PROCAP de Comodoro Rivadavia y la de todos los argentinos. Siempre, en cada momento. Por eso, en 2014 hemos invertido U\$S 1.500 millones para seguir incrementando la producción de petróleo y gas, y contribuir al desarrollo energético de nuestro país.

Pan American
ENERGY

Más que petróleo.

www.pan-energy.com

México EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

2
TERCERA SERIE

Tiempos de violencia

Edición

Luciana Garbarino

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diseño de portada

Agustina Lerones

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Daniela Coduto

Edición fotográfica

Luciana Garbarino

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

**LE MONDE
DIPLOMATIQUE**

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Garbarino

Laura Oszust

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

**Redacción, administración,
publicidad y suscripciones:**
Paraguay 1535 (C1061ABC)
Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique /
Explorador es una publicación de
Capital Intelectual S.A. Queda
prohibida la reproducción de
todos los artículos, en cual-
quier formato o soporte, salvo
acuerdo previo con Capital

Intelectual S.A.

© *Le Monde diplomatique*
Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,
Camarones 1768, C.P. 1416ECH
Ciudad de Buenos Aires

**Distribución en Cap. Fed.
y Gran Buenos Aires:**

Vaccaro Hnos. Representantes
editoriales S.A. Entre Ríos 919,
1º piso Tel.: 4305-3854
C.A.B.A., Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas
S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836
Tel.: 4305-3160 Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de Redacción:

Pierre Rimbart

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 París

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

La revolución inconclusa

por **Luciana Garbarino**

México inauguró el siglo XX con un levantamiento popular democrático y antiimperialista. Sin embargo, su institucionalización en el PRI conduciría a la claudicación de estas banderas y a la instauración de un régimen hermético, funcional a la expansión del narcotráfico.

Al grito de “tierra y libertad”, los caudillos revolucionarios inauguraban el siglo XX mexicano, un período histórico que, como bien sabemos por Eric Hobsbawm, se rige por procesos y no por calendarios. En este primer gran movimiento insurreccional de masas del continente confluían, por una parte, las clases campesinas desposeídas, y por otra, la naciente burguesía nacional con objetivos democráticos, antif feudales y antiimperialistas. De allí que la Revolución tuviera desde el inicio una doble faz contradictoria –radicalmente popular y burguesa democrática– que daría lugar a un largo período de inestabilidad política y de lucha entre facciones. Con el objetivo de fusionar en una única fuerza los distintos elementos revolucionarios, en 1929 nació el Partido Nacional Revolucionario, conocido a partir de 1946 como Partido Revolucionario Institucional (PRI), que gobernaría al país casi sin interrupciones (salvo por el interregno 2000-2012) hasta el presente. Paradójicamente, esta preocupación inicial por institucionalizar las conquistas de la Revolución sería al mismo tiempo el inicio de su propia claudicación. Lázaro Cárdenas fue quizás el último presidente mexicano plenamente identificado con sus banderas: reforma agraria, nacionalización del petróleo, fortalecimiento de los sindicatos, integración de los indígenas a la cultura y economía nacionales. Pero, como señala Octavio Paz, el cardenismo no perfiló una reforma democrática tan profunda como sus reformas sociales, y así las organizaciones obreras y campesinas fueron convirtiéndose en apéndices del Partido. A partir de allí comenzó lo que Paz define como el sometimiento de la democracia al progreso económico (1). Hacia la década de 1940 se iniciaría un largo proceso de crecimiento apoyado en un programa de sustitución de importaciones que permitió la expansión de una clase media conforme con los altos niveles de seguridad social, educación y cultura. Simultáneamente, el disciplinamiento de la burguesía, la Iglesia y el Ejército aportó una valiosísima estabilidad institucional, en una Sudamérica golpeada por la violencia de las dictaduras militares.

La trampa de este “milagro”, sin embargo, no tardaría en quedar en evidencia. Este crecimiento económico, interesado esencialmente en el incremento de la productividad, no mostró la misma preocupación por la disminución de la pobreza y la desigualdad. Por otra parte, el descontento con un sistema en el que un partido controlaba la economía, los bancos, los sindicatos y una parte de la prensa fue silenciado con plomo. La multitudinaria manifestación estudiantil del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco dejaría un saldo de centenares de muertos. En palabras de Paz, “nos salvamos de la dictadura de un César, a la latinoamericana, pero caímos en la burocracia impersonal del siglo XX” (2).

Sin embargo, la extraordinaria capacidad de adaptación del régimen priista permitió la continuidad de este estado de cosas y la extensión endémica de la corrupción en el aparato político.

La mayor amenaza

Pero entonces, ¿cuándo situar el fin del siglo XX mexicano? Acaso podríamos ubicarlo hacia la década de 1980, al producirse el acelerado viraje hacia el neoliberalismo tras la gran crisis de la deuda externa. Desde hacía algún tiempo que el modelo económico vigente mostraba signos de agotamiento, los cuales eran amortiguados con los enormes recursos petroleros y el progresivo endeudamiento. La situación se hizo insostenible, y en 1982 finalmente estalló: si en 1976 la deuda representaba el 28,6% del PIB, seis años después alcanzaba el 91,6%.

Tras la debacle, se adoptaron importantes medidas que implicaron la apertura de la economía al comercio mundial, la atracción de capitales extranjeros, la privatización de las empresas públicas, la caída de los salarios y el achicamiento de la ayuda estatal. La piedra de toque de este proyecto fue la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que entró en vigencia el 1º de enero de 1994. No casualmente, ese mismo día otra gran manifestación de descontento tendría lugar. Al mando del subcomandante Marcos, miles de indígenas se levantaron en armas en el sur del país exigiendo tierra, trabajo, paz y

otra serie de derechos históricamente postergados. Más allá de su potencia inicial y de algunas conquistas concretas, que generaron grandes expectativas entre la izquierda y el progresismo mundial, el zapatismo no persistió en sus intentos de construir un frente de lucha más amplio y se retrajo a la construcción de sus bases en Chiapas.

Recién en el año 2000, por primera vez en la historia de México, el PRI perdía el Ejecutivo Nacional y Vicente Fox, del Partido Acción Nacional (PAN), llegaba a la Presidencia. El arribo de una fuerza de derecha, fundado más en el descontento con el priísmo y la debilidad de la izquierda que en el convencimiento con su proyecto, agudizaría los problemas que atravesaba el país y consumaría el alineamiento con los intereses estadounidenses.

A la par de este proceso institucional, y apoyándose en un poder político corrompido, el narcotráfico se expandió capilarmente a todos los niveles del Estado, y las muertes y desapariciones se volvieron trágicamente cotidianas. Las explicaciones de este fenómeno son diversas y probablemente insuficientes: la pobreza, la desigualdad y la falta de oportunidades, las debilidades del aparato de seguridad y justicia, la corrupción e incompetencia de las policías, el encarecimiento de la cocaína como consecuencia de la política colombiana de combate al narcotráfico, la vecindad con el principal consumidor, la eliminación en Estados Unidos de la prohibición de la venta de rifles de asalto, la repatriación de ex convictos, la disputa por las plazas entre los carteles y entre éstos y las fuerzas de seguridad. Sin duda la “guerra contra las drogas” implementada por Felipe Calderón agravaría la situación al militarizar la represión y consolidar la injerencia estadounidense a través del Plan Mérida. Aunque no hay datos precisos, se habla de al menos 80.000 muertos durante este sexenio y de miles de desaparecidos.

Para entender la complejidad del fenómeno, es interesante destacar que el narcotráfico se encuentra estrechamente imbricado con “actividades de refuerzo” perfectamente legales. Conductores, pilotos, joyeros, propietarios de caballos se benefician ampliamente de esta economía paralela (3).

El retorno del PRI en 2012 lejos está de modificar el escenario. Por el contrario, el gobierno de Enrique Peña Nieto ha continuado con la infructuosa guerra contra el crimen, y más allá de la implementación de sus grandes reformas estructurales (entre ellas, la energética, que termina con el monopolio estatal de Pemex) se ha mostrado incapaz de dar una solución de fondo a una espiral de violencia que amenaza con destruir al propio Estado de Derecho. ■

1. Octavio Paz, “Debate: presente y futuro de México”, *El ogro filantrópico*, Seix Barral, España, 1979.

2. *Ibidem*.

3. Gilles Bataillon, “Narcotráfico y corrupción: las formas de la violencia en México en el siglo XXI”, *Nueva Sociedad*, N° 255, enero-febrero 2015.

SUMARIO

MÉXICO

Tiempos de violencia

INTRODUCCIÓN

2| La revolución inconclusa

Luciana Garbarino

1. EL FIN DEL MILAGRO MEXICANO

Lo pasado

7| La risa de Pancho Villa

Carlos Fuentes

13| Octubre del 68

Elena de La Souchère

17| El giro neoliberal

Georges Couffignal

22| El zapatismo al asalto del cielo

Ignacio Ramonet

25| La eternidad no existe

Paco Ignacio Taibo II

26| La marginación de los indígenas

Frédéric Saliba

29| La caída del reinado del PRI

Carlos Monsiváis

2. LA TORMENTA INTERIOR

México hacia adentro

35| Los eternos brujos

Darío Pignotti

38| La izquierda que no fue

Jean-François Boyer

41| México en guerra

Jean-François Boyer

45| Los Caballeros del Acero

Ladan Cher

47| El mito de la energía

Macario Schettino

3. TAN CERCA Y TAN LEJOS DEL NORTE

México hacia afuera

55| La agonía del campo

Anne Vigna

59| La integración silenciosa

Carlos Fazio

62| Fronteras de cristal

Hervé Revelli

64| Separadas por un mismo muro

Pablo Bransburg

4. UNA IDENTIDAD MULTICULTURAL

Lo vivido, lo pensado, lo imaginado

69| Frida Kahlo, la pintura sobre la propia piel

John Berger

72| La memoria subterránea

Federico Casiraghi

75| La eternidad de lo imperfecto

Juan Villoro

5. DE LA PROTESTA A LA PROPUESTA

Lo que vendrá

82| La vía mexicana

Federico Vázquez



1

Lo pasado

EL FIN DEL MILAGRO MEXICANO

La revolución de 1910 terminó con la dictadura oligárquica del general Porfirio Díaz y el régimen de dominación del capital extranjero. El presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) profundizaría este proceso revolucionario. Durante más de treinta años, y bajo el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el país se industrializó y se modernizó, pero no logró erradicar la pobreza. A comienzos de los 80, el modelo neoliberal triunfante agravaría el deterioro social y económico.





La Revolución Mexicana y la injerencia estadounidense

La risa de Pancho Villa

por Carlos Fuentes*

Cuando los mexicanos emprendieron, en 1910, la ardua tarea de imponer una transformación social y democrática, Washington no tardó en intervenir. Ocupación militar de Veracruz, incursiones en el Norte, apoyo a los líderes más conservadores –Huerta, Carranza– frente a los más radicales –Villa, Zapata–. Para no olvidar esta intromisión, Carlos Fuentes se vale de la literatura.

Pancho Villa entró a Camargo una luminosa mañana de primavera, su cabeza de cobre oxidado coronada por un gran sombrero bordado de oro, no un lujo sino un instrumento de poder y un símbolo de lucha, un sombrero manchado de polvo y sangre; igual que sus anchas manos callosas y sus estribos de bronce azotados por el viento de la montaña: la pátina de pólvora, espina y roca, senderos pinos e inmensas llanuras ciegas se colgaban a su tosco traje de campo color de ante, sus polainas de gamuza, su marrazo de acero y su acicate de plata, su chaquetilla y sus pantalones abrochados con plata y oro, todo brillante de oro y plata, pero no la especie atesorable sino los metales que nos visten para la guerra y para la muerte: un traje de luces.

Era un hombre del norte, alto y robusto, con un torso más largo que sus cortas piernas indias, con brazos largos y manos poderosas y esa cabeza que parecía cercenada hace tiempo del cuerpo de otro hombre, hace mucho y muy lejos también, una cabeza cortada del pasado aleada como un casco de metal precioso a un cuerpo mortal, útil pero inútil, del presente. Los ojos orientales, risueños pero crueles, rodeados de un llano de divertidas arrugas, la sonrisa pronta, los dientes salidos brillando como granos de maíz muy blanco, el bigote raído y la barba con tres días de crecimiento: una cabeza que había estado en Mongolia y Andalucía y el Rif, entre las tribus errantes del norte americano y ahora aquí en Camargo, Chihuahua, sonriendo y parpadeando y

angostando la mirada contra los embates de la luz, con vastas reservas de intuición y ferocidad y generosidad. La cabeza había venido a reposarse sobre los hombros de Pancho Villa.

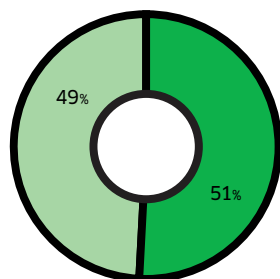
Los terratenientes habían huido y los prestamistas se habían escondido. Villa rió frenando apenas su caballo castaño en las calles empedradas de Camargo, donde su columna central de la División del Norte se reunía con las de los demás generales antes del asalto sobre Zacatecas, el empalme comercial de las haciendas devastadas que él había saqueado para liberar al pueblo de la esclavitud y el agio y las tiendas de raya. Entró pisando fuerte sobre el empedrado, encabezando un séquito de rumores metálicos en contrapunto a la oquedad extraña de las calles de piedra: chocaban los frenos de hierro, las barbadadas de argolla, los cabestrillos y los frenos de cobre; chasqueaban los vaquerillos con crin de caballo y los acicates y los fuetes.

Todo el pueblo estaba allí, tirando confeti desde los balcones de hierro forjado, serpentinas desde los postes de luz, apaciguando el encuentro de metal y piedras con la marea color de rosa, azul y escarlata de las fiestas mexicanas, desbordada en los grandes garrafones de vidrio con aguas frescas, las rebanadas de dulces de colores y las anchas cazuelas burbujeantes con salsas negras, rojas y verdes.

También estaban allí los reporteros, los periodistas y fotógrafos gringos, con una nueva invención, la cámara cinematográfica. Villa ya estaba seducido, no había que convencerlo de nuevo, ya entendía→

Vigencia de la reforma agraria

(superficie de ejidos y comunidades, en porcentaje sobre el territorio, 2012)



■ Ejidos y comunidades
■ Resto



© Bettmann / Corbis / Latinstock

Lázaro Cárdenas. Asume en 1934 y retoma las banderas de la Revolución. Promueve una gran reforma agraria, nacionaliza el petróleo y unifica a los trabajadores en la Confederación de Trabajadores de México, sólido pilar de su gobierno.

© Hildelight / Shutterstock



Guerra civil. La violencia tras la Revolución duró hasta 1920.

Plan de San Luis Potosí

“Una tiranía que los mexicanos no estábamos acostumbrados a sufrir [...] nos oprime de tal manera que ha llegado a hacerse intolerable [...] he designado la noche del domingo 20 del entrante mes de noviembre, para que de las 6 de la tarde en adelante, todas las poblaciones de la República se levanten en armas” (Francisco Madero, 5 de octubre de 1910).

→ que esa maquinita podía capturar el fantasma de su cuerpo aunque no la carne de su alma —ésta le pertenecía sólo a él, a su mamacita muerta y a la revolución—; su cuerpo en movimiento, generoso y dominante, su cuerpo de pantera, eso sí podía ser capturado y liberado de nuevo en una sala oscura, como un Lázaro surgido no de entre los muertos sino de entre el tiempo y el espacio lejanos, en una sala negra y sobre un muro blanco, donde fuera, en Nueva York o en París. A Walsh (1), el gringo de la cámara, le prometió:

—No se preocupe, don Raúl. Si usted dice que la luz de las cuatro de la mañana no le sirve para su maquinita, pues no importa. Los fusilamientos tendrán lugar a las seis. Pero no más tarde. Después hay que marchar y pelear. ¿De acuerdo?

Ahora los periodistas yanquis reunidos en Camargo lo asaltaron a preguntas antes de que él se moviera a asaltar a Zacatecas para decidir la suerte de la revolución contra Huerta y de paso la suerte de la política mexicana de Wilson.

—¿Espera que el gobierno de los Estados Unidos lo reconozca si gana usted?

—Ese problema no existe. Yo estoy subordinado a Carranza, el primer jefe de la revolución.

—Todo el mundo sabe que usted y Carranza no se llevan, general.

—¿Quién lo sabe? ¿Usted lo sabe? Pues dígamelo por favor.

—Interceptamos un telegrama que su general Maclovio Herrera le mandó a Carranza ahora que le negaron a usted el derecho de lanzarse contra Zacatecas, general Villa. El texto es muy lacónico. Sólo dice: “Es usted un hijo de puta”.

—Ay compañerito, yo no sé decir esas palabrotas en español. Le juro que sólo me salen en inglés: You son of a bitch. En todo caso, el señor Carranza ha tenido a bien mandar a los hermanos Arrieta a tomar Zacatecas.

—Pero usted está aquí con toda una división, artillería y diez mil hombres...

—Al servicio de la revolución, señores. Si los hermanos Arrieta, como es su costumbre, se atrancan en Zacatecas, yo llegaré allí en cinco días a darles una manita. No faltaba más.

—Por último, general Villa, ¿qué opina de la ocupación americana de Veracruz?

—Que el arrimado y el muerto a los dos días apesantan.

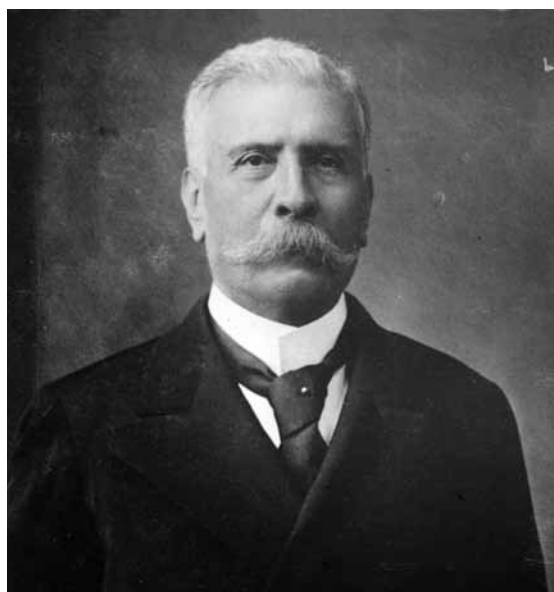
—¿Puede ser un poco más específico, general?

—Los marinos llegaron a Veracruz bombardeando la ciudad y matando a jóvenes cadetes mexicanos. En vez de hundir a Huerta, lo fortalecieron con el fervor nacionalista del pueblo. Dividieron la conciencia de la revolución y permitieron que el borracho Huerta impusiera la infame leva nacional. Los jóvenes que creían que iban a luchar contra los gringos en Veracruz fueron enviados a luchar contra mí en el norte. Yo no sé si eso es lo que buscan ustedes, pero a mí se me hace que los gringos cuando no se pasan de listos, se pasan de tontos.

—¿Es cierto que mató usted por la espalda a un oficial americano, un capitán del ejército de los Estados Unidos, asesinado a sangre fría por uno de sus propios hombres, general?

—¿Quién carajos...?

—La opinión responsable en los Estados Unidos



Porfirio Díaz. Por más de 30 años en el poder, permitió consolidar los latifundios de mexicanos y extranjeros.

lo está calificando a usted nada menos que como un bandido, general Villa. La opinión pública se pregunta si usted puede ofrecer garantías aquí en México. ¿Respeto usted la vida humana? ¿Puede usted tratar con las naciones civilizadas?

—¿Quién carajos dijo todo esto?

—Una señorita eh, Harriet Winslow eh, de Washington, D. C.

Dice que ella fue testigo de los hechos. A su padre se le había dado como perdido en acción desde la guerra en Cuba. Parece que sólo quería evadir las obligaciones familiares, pero luego quiso ver a su hijita ya crecida antes de morir. Ella vino aquí a verlo. Acusan a un general de su ejército, general. ¿Cómo dices que se llama, Art?

—Arroyo es el nombre, general Tomás Arroyo. Ella dice que lo vio balacear a su papá hasta matarlo.

—Con todo respeto, general, le recordamos que los cuerpos de los ciudadanos de los Estados Unidos matados en México o en cualquier parte del mundo tienen que ser regresados a solicitud de sus familiares para recibir un entierro cristiano y decente.

—¿Eso dice la ley? —gruñó Villa.

—Exactamente, general.

—Muéstreme dónde está escrito.

—Muchas de nuestras leyes no están escritas, general Villa.

—¿Una ley que no está escrita en papel? ¿Entonces para qué demonios aprender a leer? —dijo con una sonrisa de sorna asombrada Villa, luego rió y todos rieron con él y le abrieron paso al hombre que representaba a la revolución y que se preparaba a demostrarle al mundo que no era Carranza, un vie-

jo senador perfumado, parte de la llamada gente decente de México, quien merecía esa representación, sino precisamente lo que Carranza más odiaba, un campesino descalzo, iletrado, bebedor de pulque y mascador de tacos llegado de las colinas inquietas de Durango, que fue azotado por los mismos hacendados que violaron a sus hermanas.

—No —se rió y le aseguró a su distinguido artillero el general Felipe Ángeles, graduado de la academia francesa de St. Cyr—, no lo digo por usted, don Felipe, sino por ellos, los acaba de ver: los gringos nunca se acuerdan de nosotros como si no existiéramos y un buen día nos descubren, ay nanita, y somos el mero diablo en persona que los vamos a despojar de vidas y haciendas, ¿pues por qué no darles un susto de a de veras —sonrió Pancho Villa—, por qué no invadirlos una vez nomás, pa que vean lo que se siente?

Luego le entró una cólera espantosa de que hubiera quienes no entendían la situación. [...]

El general Tomás Arroyo recibió la orden de desenterrar al gringo dondequiera que fuera y de traerlo hasta Camargo. No, le mintieron a propósito, ninguna familia reclamó el cuerpo, sino un periódico, el Washington Star, le dijeron.

Pero cuando esta orden por fin arrancó a la brigada flotante de la hacienda incendiada de los Miranda, Arroyo sabía bien el nombre de la persona que reclamaba el cuerpo. La vio en sus sueños mientras arrullaba la cabeza muerta del viejo entre sus manos y lo miraba a él de pie a la salida del carro como si hubiera matado algo que le pertenecía a ella pero también a él, y ahora los dos estaban de nuevo solos, huérfanos, mirándose con odio, incapaces ya de alimentarse el uno al otro a través de una criatura viva y de colmar las ausencias angustiadas que ella sentía en ella y él en él.

—Mira lo que tienes en la mano. Mira lo que tienes agarrado en la mano —Arroyo no fue capaz de decir otra cosa. Ella miró los pedazos de papel calcinado y Arroyo dijo que el gringo le quemó el alma y ella admitió que quemó algo más: la historia de México, pero ésa no era excusa para el crimen porque la vida de un individuo valía más que la historia de un país y Harriet Winslow se convenció de que a pesar de todo con ella gritaba todo el desierto de Chihuahua:

—Asesino, cochino, grasoso, hediondo cobarde —dijo ella en voz alta—, me tuviste a mí pero tuviste que matarlo a él.

—Vino a provocarme —jadeó Arroyo—, igual que tú. Los dos vinieron aquí a provocarme. Gringos hijos de su chingada madre. [...]

Tomás Arroyo ya no entendía nada. Mató al gringo viejo. No pudo imaginar que a Harriet Winslow le quedaba pelea adentro: debía estar tan vaciada como él. El gringo viejo y los papeles quemados.

—Lo acepté todo de ustedes los gringos. Todo, →

EL FIN DEL PORFIRIATO

1910

Plan de San Luis

El candidato Francisco Madero es arrestado y Porfirio Díaz vuelve a ser presidente. Madero huye y llama a tomar las armas en noviembre.

1911

Facciones diversas

Madero se convierte en presidente. Se producen levantamientos de Zapata y Orozco que desconocen su gobierno.

1913

Contrarrevolución

Victoriano Huerta toma el poder y Madero es asesinado. Carranza y Villa se oponen al gobierno huertista, pero mantienen diferencias entre ellos.

1914

Toma de Zacatecas

Los marines ocupan el puerto de Veracruz. La División del Norte, al mando de Pancho Villa, toma Zacatecas, desconociendo las órdenes de Carranza.

1917

Conquistas sociales

Carranza deviene presidente y se sanciona la nueva Constitución. Será asesinado en 1920, al igual que Zapata en 1919 y Villa en 1923.

SIN PROGRAMA NI PRECURSORES

Una Revolución del pueblo

por Octavio Paz*

La Revolución Mexicana es un hecho que irrumpe en nuestra historia como una verdadera revelación de nuestro ser. Muchos acontecimientos –que comprenden la historia política interna del país, y la historia, más secreta, de nuestro ser nacional– la preparan, pero muy pocas voces, y todas ellas débiles y borrosas, la anticipan. La Revolución tiene antecedentes, causas y motivos; carece, en un sentido profundo, de precursores. La Independencia no es solamente fruto de diversas circunstancias históricas, sino de un movimiento intelectual universal, que en México se inicia en el siglo XVIII. La Reforma es el resultado de la obra y de la ideología de varias generaciones intelectuales, que la preparan, predicen y realizan. Es la obra de la “inteligencia” mexicana. La Revolución se presenta al principio como una exigencia de verdad y limpieza en los métodos democráticos, según puede verse en el Plan de San Luis (5 de octubre de 1910). Lentamente, en plena lucha o ya en el poder, el movimiento se encuentra y define. Y esta ausencia de programa previo le otorga originalidad y autenticidad populares. De ahí provienen su grandeza y sus debilidades. Entre los precursores de la Revolución se acostumbra a citar un grupo disperso y aislado: Andrés Molina Enríquez, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Juan Sarabia, Antonio Villarreal, Ricardo y Enrique Flores Magón. Ninguno de ellos era verdaderamente un intelectual, quiero decir un hombre que se hubiese planteado de un modo cabal la situación de México como un problema y ofreciese un nuevo proyecto histórico. [...] La Independencia y, más acentuadamente, la Reforma, son movimientos que reflejan, prolongan y adaptan ideologías de la época. Silva Herzog dice al respecto: “Nuestra Revolución no tuvo nada en común con la Revolución rusa, ni siquiera en la superficie; fue antes que ella. ¿Cómo pudo entonces haberla imitado? En la literatura revolucionaria de México, desde fines del siglo pasado hasta 1917, no se usa la terminología socialista europea; y es que nuestro movimiento social nació del propio suelo, del corazón sangrante del pueblo y se hizo drama doloroso y a la vez creador”. La ausencia de precursores ideológicos y la escasez de vínculos con una ideología universal constituyen rasgos característicos de la Revolución y la raíz de muchos conflictos y confusiones posteriores.

* Poeta, escritor, ensayista y diplomático (1914-1998).

Fragmento extraído del libro *El laberinto de la soledad*, Postdata, *Vuelta a El laberinto de la soledad*, 2ª reimpresión, Madrid, FCE de España, 1998.

© Madrugada Verde / Shutterstock



Conquista. Entre 1518 y 1521, tras sangrientas batallas, Hernán Cortés venció a los aztecas y ocupó Tenochtitlán.

→ menos esto –dijo Arroyo mostrándole la ruina de los papeles.

—No te preocupes –le contestó Harriet Winslow, con los restos que le quedaban de humor y compasión–. Él creía que ya estaba muerto.

Pero Arroyo esa tarde quería quemar su propia alma:

—¿Qué es la vida de un viejo al lado del derecho de toda mi gente?

—Acabo de decirte que mataste a un muerto. Da gracias. Te ahorraste el gasto de un fusilamiento de ordenanza.

Esto es lo que Villa le exigía ahora a Tomás Arroyo cuando vio el cuerpo acribillado del viejo y retuvo su famosa cólera, con la que dominaba tanto a sus propios hombres como a sus enemigos, este hombre Pancho Villa que tocó la espalda acribillada del gringo viejo y se acordó de algo que le dijo uno de los reporteros yanquis cuando lo entrevistaron en Camargo.

—Tengo un dicho para usted, general Villa. Lo que usted llama morir no es más que el último dolor.

—¿Quién dijo eso?

—Lo escribió un viejo amargo.

—Ah, entonces quedó escrito.

—Por un viejo amargo, cómo no.

—Ah que la...

Villa ordenó el fusilamiento para esa misma noche, a las doce.

Advirtió que sería una ejecución secreta; nadie sabría de ella salvo él, Villa, el general Arroyo y el pelotón.

—Que mister Walsh y su camarita se frieguen, esto no es para él.

El gringo viejo fue puesto de pie con dificultad



Colonización. La masacre de los pueblos indígenas y el saqueo que siguieron a la caída de Tenochtitlán condujo a la fundación, en marzo de 1535, del Virreinato de Nueva España. La independencia de México se concretaría en 1821.

contra el paredón de cara a los fusiles, con la cabeza colgándole sobre el pecho, el rostro algo desfigurado por los ácidos de su primer entierro en el desierto y las rodillas chuecas.

La orden fue dada en el patio detrás del cuartel de operaciones de Villa, iluminado por las linternas colocadas en el suelo, que ensombrecían extrañamente los rostros. Se escucharon los disparos y el gringo viejo cayó por segunda vez en brazos de su vieja amiga la muerte.

—Ahora está legalmente fusilado de frente y de acuerdo con la ley —dijo Pancho Villa.

—¿Qué hacemos con el cuerpo, mi general? —preguntó el comandante del pelotón.

—Lo vamos a mandar a los que lo reclaman en los Estados Unidos. Diremos que murió en una batalla contra los federales, lo capturaron y lo fusilaron.

Villa no miró a Arroyo pero dijo que no quería andar cargando cadáveres de gringos que le dieran pretextos a Wilson para reconocer a Carranza o para intervenir contra Villa desde el norte.

—Ya mataremos unos cuantos gringuitos —dijo Villa con una sonrisa feroz—, pero en su momento y cuando yo lo decida.

Se volvió a Arroyo sin mudar de expresión.

—Un hombre valiente, ¿no es cierto?, un gringo valiente. Ya me contaron sus hazañas. Ejecutado de frente, no por la espalda como un cobarde, pues no lo era, ¿verdad, Tomás Arroyo?

—No, mi general. El gringo fue el más valiente.

—Anda, Tomasito. Dale el tiro de gracia. Ya sabes que tú eres como mi hijo. Hazlo bien. Hay que hacerlo todo bien y de acuerdo con la ley. Esta vez no quiero que te me andes equivocando. Hay que estar siempre preparados. Tú se me hace que ya descan-

saste bastante en esa hacienda donde alargaste tu tiempo y hasta te hiciste famoso.

—Arroyo —le dijo el periodista yanqui—, Arroyo es el nombre.

—Sí, mi general —dijo simplemente Arroyo.

Caminó hasta el cadáver del gringo viejo frente al paredón, se hincó junto a él y sacó la Colt. Disparó el tiro de gracia con precisión. Ahora ya no salió sangre del cuello del gringo. Entonces el propio Villa dio la orden de disparar contra el desgraciado Arroyo, cuyo rostro era la viva imagen de la incredulidad adolorida. Sin embargo, alcanzó a gritar:

—¡Viva Villa!

Arroyo cayó al lado del gringo viejo y Villa dijo que no toleraría que sus oficiales jugaran jueguitos con ciudadanos extranjeros y le crearan problemas innecesarios; para matar gringos, sólo Pancho Villa sabía cuándo y por qué. ■

1. Carlos Fuentes se refiere al cineasta estadounidense Raoul Walsh —autor, entre otros, de *El ladrón de Bagdad* (1924), *Al rojo vivo* (1949), *Los desnudos y los muertos* (1958)— que efectivamente realizó en 1915 en México una película sobre Pancho Villa, *Life of Villa*, siguiendo las campañas del general revolucionario. Walsh describió las peripecias de ese rodaje en su libro *La vida de un hombre*, traducción de Marta Pessarrodona, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1982.

* Escritor mexicano (1928-2012). El texto que aquí se ofrece no es una traducción, sino el original de Carlos Fuentes y forma parte de la novela *Gringo viejo*, 1985.

Fragmento extraído del libro *Revoluciones que cambiaron la historia*, compilado por Benoît Bréville y Dominique Vidal, *Le Monde diplomatique* / Capital intelectual, Buenos Aires, 2012.

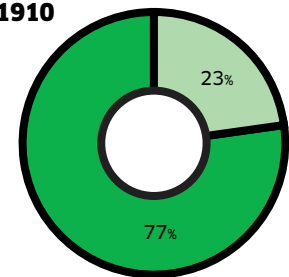
Nueva Constitución

En 1916, Venustiano Carranza convocó a un Congreso Constituyente para reformar la Constitución de 1857 y plasmar jurídicamente las demandas de la Revolución. Así, la Constitución de 1917 fue la primera en el mundo en incluir derechos sociales. Además, eliminaba la reelección presidencial y el cargo de vicepresidente.

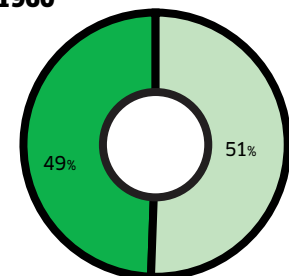
Éxodo rural

(en porcentaje)

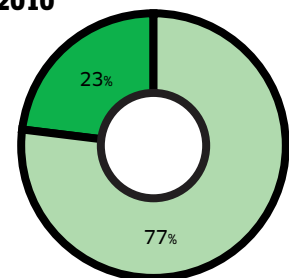
1910



1960



2010



■ Población urbana
■ Población rural

QUE VIVA MEXICO



Tlatelolco, la ruptura de un sutil equilibrio

Octubre del 68

por Elena de La Souchère*

La feroz represión estudiantil del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz hizo añicos la ilusión de México como un oasis de tranquilidad en una región convulsionada por alzamientos militares. Los episodios de violencia dejaron al descubierto las contradicciones de un sistema democrático asfixiado por el régimen del PRI.

La Ciudad Universitaria recuperó un ritmo prácticamente normal después de la decisión de los estudiantes de poner fin a una huelga que había durado más de cinco meses. En los otros barrios de la capital desde hace tiempo se borró todo rastro de lucha. Y los mexicanos evocan con cierta incredulidad las sangrientas imágenes del verano: noches de revueltas, vehículos prendidos fuego, tanquetas, disparos, muertos y heridos tirados en la calzada... Estas escenas, que recuerdan la Revolución de 1910 y que parecían imposibles en el México actual [diciembre de 1968], destruyeron la euforia en la que el país se complacía y revelaron las profundidades de violencia disimuladas bajo la exquisita urbanidad de la vida mexicana.

México es el país de la sutileza, el diálogo y la concesión. También es el país de la contradicción permanente, donde Cortés y Cuauhtémoc continúan su combate en la mente de cada individuo. Cada mexicano pretende ser azteca, tal vez en la medida en que es español, y se sueña español en la medida en que es indio. Y esta forma exacerbada y sublimada de nacionalismo, que se denomina “mexicanidad”, es sentida a la vez como una herida y como una gloria tanto por los obreros y los mendigos como por los burgueses y los intelectuales.

Contradicciones y tensiones tan profundas, contenidas durante mucho tiempo por un barniz de impasibilidad y cortesía, no pueden dejar de provocar, de tanto en tanto, bruscas explosiones de violencia.

El peligro es tanto más grande cuanto que el mexicano medio contempla, con la misma mezcla de orgullo y malestar, las realidades de una vida política dominada por la dictadura del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El partido controla la econo-

mía y los bancos, los sindicatos obreros y una parte de la prensa. Es el único espacio en el que se enfrentan, en secreto, las corrientes de opinión y las tendencias. Esos conciliábulos, esas disputas, esas negociaciones secretas, desembocan cada seis años, por caminos desconocidos para los profanos, en la designación del candidato oficial al que se invitará a la población a elegir.

La oposición del “señor presidente”

Los mexicanos más hostiles al régimen recuerdan no sin vanidad el medio siglo de estabilidad que el PRI le garantizó al país. Están orgullosos de la expansión económica y de la seguridad que significaron para los trabajadores el salario mínimo y las garantías sociales, de los fastuosos edificios de la Ciudad Universitaria, del Instituto Politécnico, esa universidad de los pobres, y de los cortejos de niños en uniforme azul y blanco que surcan las calles de la ciudad de México para ir a visitar algún museo.

Pero, en cambio, los partidarios más ardientes del régimen consideran con cierto malestar la dictadura del partido y el secreto que rodea sus deliberaciones, la dominación de los bancos y los tecnócratas sobre todos los sectores de la economía y la corrupción de ciertos círculos políticos y sindicales, el lujo desenfrenado de las residencias de las Lomas de Chapultepec y la miseria de los braceros (jornaleros agrícolas) y de los ejidatarios demasiado poco provistos de créditos, instrumentos agrícolas y experiencia como para estar en condiciones de trabajar la parcela de tierra que se les concedió en aplicación de la ley agraria.

Esta ambigüedad de sentimientos frente a las realidades del sistema alcanza su punto extremo entre los intelectuales. Cruelmente conscientes de lo →

Testimonio de la masacre

“No era tolerable que una verdadera multitud desfilara por las principales avenidas de México [...] llevando mantas y pancartas que se mofaban del ‘principio de autoridad’. Había que aplastar la protesta estudiantil que hacía tambalearse el statu quo, el PRI, el sindicalismo charro.”
(*La noche de Tlatelolco*, Elena Poniatowska)

→ que hay de inacabado en una revolución que deja subsistir tantas injusticias, ellos evalúan mejor que nadie las grandes realizaciones del régimen en el ámbito de la cultura y también son prisioneros de las facilidades que les ofrece el gobierno. Nominaciones y créditos, sinecuras y misiones en el exterior: todo depende del poder, todo se da y se reparte en las oficinas del partido. El régimen subvenciona a las grandes editoriales e incluso a ciertos periódicos de la oposición. Por eso, un periodista chistoso pudo decir, parafraseando una frase de Porfirio Díaz: “Si el poder no fomentara la oposición, nadie tomaría la iniciativa de hacerlo”.

En un ambiente como ese, los escritores, los docentes y los periodistas sólo atacaban al sistema parando con una mano los golpes que le daban con la otra.

Pero resulta que muchas cosas cambiaron en algunas pocas semanas. Un nuevo clima quedó evidenciado por indicios tales como la decisión de Octavio Paz de renunciar a su puesto de embajador en Nueva Delhi y la protesta del novelista Carlos Fuentes, concebida en términos habituales en otros países hispanoamericanos, pero que hubieran sido inconcebibles en el México de antes de los disturbios del verano sangriento. Los fusilamientos de la ciudad de México causaron una gran víctima: mataron cualquier posibilidad de ambigüedad; arrinconaron a los intelectuales a tener que hacer una opción desgarradora entre la fidelidad a sus principios y su lealtad hacia el régimen surgido de la Revolución de 1910.

Las alternancias de la furia

Esta ruptura brusca de un sutil equilibrio psicológico y político fue provocada por un simple accidente. Un accidente fortuito que se produjo en un clima de malestar y de tensión. Un día de julio, dos grupos de alumnos secundarios se peleaban por una chica. Aparecieron los granaderos y golpearon con un salvajismo increíble a los jóvenes de los dos grupos adversos.

Al día siguiente, la Universidad entera se alzaba por la defensa de sus derechos de autonomía tradicionales.

No carece de interés analizar el mecanismo de escalada de la violencia que se desarrolló a partir de este incidente. En efecto, las etapas de ese proceso aclaran los factores de desorden y los factores de aplacamiento que se siguen manifestando en la actualidad en México.

Un primer indicio interesante lo proveen las exigencias formuladas, a fines de julio, por parte de los dirigentes del movimiento universitario. El análisis de esas reivindicaciones prueba que los partidarios de la “lucha” y los grupos pro castristas, por más activos que fueran, a fin de cuentas sólo constituían minorías impotentes cuyo punto de vista no fue tomado en cuenta al momento de la redacción de los reclamos dirigidos al poder. En efecto, los universitarios

se limitaron a pedir el castigo de los responsables de la represión, la disolución del cuerpo de granaderos, la liberación de los estudiantes y alumnos secundarios encarcelados y la indemnización a las víctimas. El gobierno, el presidente y el régimen no habían sido cuestionados en absoluto.

Pero, entonces, el jefe de Estado se negó al diálogo, mientras que los servicios de información descargaban la responsabilidad de los disturbios en diversos “provocadores”: la CIA, los activistas de la derecha mexicana, los “madrazistas” del PRI deseosos de desacreditar a Gustavo Díaz Ordaz para, en 1970, asegurarse la elección a la presidencia de un candidato del ala izquierda del partido oficial, los exiliados cubanos anticastristas irritados por el mantenimiento de las relaciones entre México y La Habana, y los castristas encantados de aprovechar la oportunidad para atacar al régimen mexicano...

Es cierto que los castristas se manifestaron con violencia a partir del 26 de julio. Ese día, con el pretexto de celebrar la fiesta nacional cubana, varios centenares de manifestantes se propagaron por las calles, gritando eslóganes hostiles al régimen y rompiendo vidrieras, en el momento en el que un inmenso cortejo de cerca de cien mil estudiantes y alumnos secundarios, dirigidos por el rector Barros Sierra y los siete mil profesores de la Universidad Autónoma, desfilaba en perfecta calma. Pero la represión favoreció el acercamiento entre los moderados y los extremistas. Efectivamente, al negarse a negociar, el gobierno alimentó un clima de agitación. Se decretó la huelga universitaria. Cada noche se llevaban a cabo manifestaciones. En ellas participaban activistas de todas las tendencias que se esforzaban por provocar incidentes a cualquier precio. La brutalidad de la réplica policial, la entrada en escena de la tropa y los carros de asalto unían en la misma furia a los contestatarios no politizados, los reformistas y los revolucionarios. Los disparos, los heridos, los arrestos de cada noche generaban la protesta de la noche siguiente. A comienzos de agosto, los moderados, que conformaban la mayoría del Consejo Nacional de Huelga, comenzaron a temer verse desbordados por los extremistas y lanzaron consignas de manifestaciones pacíficas.

Pero la prolongación de la incertidumbre ofreció nuevas oportunidades a la revuelta. Un enfrentamiento sangriento, ocurrido el 28 de agosto, en ocasión de una manifestación que se proponía ser pacífica, abrió un segundo ciclo de violencia, cuya finalización fue la invasión de la Universidad por parte del ejército, el 18 de septiembre. Al mismo momento, las fuerzas reaccionarias, las cámaras de comercio, los industriales y los diarios de derecha, alentados por la actitud del gobierno y fingiendo socorrer al régimen, comenzaron a atacar a los moderados progresistas a través del rector Barros Sierra. Una campaña pública de difamación obligó a este último a renunciar.

La ruptura parecía total pero las fuerzas del diálogo



Plaza de las Tres Culturas. Escenario de otra masacre, en 1521.

go y de la conciliación volvieron a imponerse. El rector aceptó retomar su puesto y la tropa evacuó la Universidad. En ese clima de apaciguamiento provisorio ocurrió el enfrentamiento más sangriento del año: el que tuvo lugar el 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas, en el viejo barrio de Tlatelolco, durante un mitin que, en principio, debía desarrollarse en forma pacífica. Si ese día intervinieron provocadores hostiles al régimen su acción no fue determinante. El dispositivo de las tropas, en el perímetro de la plaza, demuestra una voluntad de intervenir y de atacar, de cualquier forma. Todo ocurrió como si las fuerzas represivas quisieran a la vez hacer caer en la trampa a ese último bloque de manifestantes y aterrozar a la población, a fin de interrumpir bruscamente las manifestaciones pocos días antes de la apertura de los Juegos Olímpicos.

Por lo demás, el poder alcanzó su objetivo, dado que la calma, restablecida provisoriamente después de la primera explosión de indignación, permitió el desarrollo de los Juegos Olímpicos. Además, este aplacamiento se explica, en gran medida, por el patriotismo de los estudiantes, que aceptaron respetar la tregua olímpica.

El diálogo continuaba en secreto entre el poder y la Universidad. Y, después del cierre de los Juegos, el gobierno, satisfecho, dio pruebas de su voluntad de

simpatizantes para la acción estudiantil y, entre julio y octubre, esa simpatía se extendió como una mancha de aceite. Pero nadie mostró la intención de salir a las calles al lado de los estudiantes. Y la población, aterrozada por la masacre de la Plaza de las Tres Culturas, parecía menos dispuesta que nunca a pasar a la acción.

Además, la mayoría moderada de la Universidad de ninguna manera quería ver el engranaje de la violencia desembocar en la guerra civil.

La moderación de la mayoría universitaria, el temor general a una guerra civil, el apoyo activo dado al régimen por la burguesía y la clase media, el consentimiento pasivo de los trabajadores urbanos, sólidamente encuadrados por el aparato sindical, en síntesis, todos los factores de la coyuntura le aseguraban al gobierno un plazo de reflexión y de acción reparadora. Y en el campo, las revueltas esporádicas que se desarrollaron en diversas oportunidades a partir de 1965 fueron fácilmente aplacadas por medio del reparto de un millón de hectáreas de tierras, por orden del presidente Díaz Ordaz. Ese gesto mostró que el PRI no había perdido nada de su flexibilidad y su facultad de adaptación a la realidad.

Todo parece indicar, pues, que la verdadera lucha de la que depende el futuro del país se desarrollará, en calma y en secreto, dentro del partido oficial.

La protesta de ciertos diputados del PRI tras la

Batallón Olimpia

Grupo de choque creado para “garantizar la seguridad” en los Juegos Olímpicos, que reprimió a los estudiantes durante las protestas. Vestían de civiles y se distinguían por usar un guante o pañuelo blanco en la mano izquierda.

Un periodista chistoso pudo decir: “Si el poder no fomentara la oposición, nadie tomaría la iniciativa de hacerlo”.

aplacamiento haciendo evacuar algunos establecimientos escolares y liberando a cierta cantidad de estudiantes detenidos. Sin embargo, las exigencias del Consejo Nacional de Huelga –liberación de todos los estudiantes detenidos desde el 26 de julio, evacuación de todos los edificios universitarios y fin de la represión– estaban lejos de verse satisfechas. La lentitud de las negociaciones abrió la puerta a nuevos desórdenes. A la decisión de retomar las clases el 4 de diciembre no se llegó sino después de dos votos negativos y serios enfrentamientos entre estudiantes moderados y partidarios de la huelga.

No obstante, en la Universidad, desde hacía varias semanas se perfilaba una fuerte corriente a favor de un acuerdo, que no excluía, para el futuro, otras formas de lucha. Efectivamente, gran cantidad de universitarios tenían la impresión de que el movimiento se encontraba en un callejón sin salida. Ya que los estudiantes no podían enfrentar al aparato represivo del régimen sin el apoyo de los trabajadores. Ahora bien, los llamamientos a la huelga, las tentativas de los estudiantes activistas para arengar a la población en las plazas y mercados, no dieron ningún resultado. Ciertamente, cada culatazo dado a un joven ganó

masacre del 2 de octubre y las posturas de los partidarios de Carlos Madrazo, que en 1965 habían sido excluidos de los puestos clave del aparato y directamente acusados por la administración a comienzos de octubre, muestran que el partido quedó profundamente resentido. Aunque los mecanismos de conciliación que le permitían al PRI ser el instrumento y el escenario de un acuerdo permanente entre las grandes corrientes de la opinión pública se hayan detenido, si el partido hubiera caído bajo la dominación de una facción decidida a continuar la política de fuerza puesta en práctica desde julio pasado, ciertamente el país correría un gran peligro. Desde hace medio siglo la estabilidad política se basa en la seguridad de los mecanismos del partido. El anquilosamiento de ese aparato significaría el fin de la paz.

Pero nada permite formular un diagnóstico tan pesimista. Por el momento, el PRI todavía conserva la iniciativa del juego; aunque no podrá repetir impunemente los trágicos errores de octubre. ■

*Periodista.

Traducción: Bárbara Poey Sowerby

15.000

Proyectiles

Fueron disparados la noche del 2 de octubre. Según datos oficiales hubo 20 muertos, mientras que otras fuentes hablan de más de 300.



El giro neoliberal

por Georges Couffignal*

Hasta fines de los años 70 México desarrolló un modelo de sustitución de importaciones que combinó altos niveles de crecimiento con un importante andamiaje de políticas sociales. Sin embargo, tras la crisis de la deuda externa de 1982, el país, siguiendo los consejos del FMI, liberalizó su economía, privatizó sus empresas e impuso una política de austeridad draconiana, que sería profundizada desde 1988 por Carlos Salinas de Gortari.

México fue un remanso de estabilidad política en una América Latina sometida a incesantes golpes de Estado y conflictos armados. Las recetas de esa estabilidad, aparentemente sencillas, constituían de hecho una compleja estructura en la que cada elemento era fundamental para la solidez del conjunto. La burguesía terrateniente, la Iglesia y el ejército, fuerzas dominantes en muchos países más al sur, fueron eliminadas o reducidas a la inacción.

La Reforma Agraria, iniciada tras la Revolución, no fue completada y se la reanuda continuamente. Pero suprimió la clase de los grandes propietarios terratenientes. Los que subsisten no son lo suficientemente numerosos como para tener un verdadero peso político. La separación constitucional de la Iglesia y el Estado quitó el derecho de voto a los eclesiásticos, a quienes se les prohíbe penalmente tomar públicamente posición, de cualquier tipo o en cualquier lugar, sobre temas vinculados a lo político (1).

Finalmente, el ejército, a partir del presidente Ávila Camacho (1940-1946) desapareció definitivamente detrás del poder civil (2), el cual supo ganarse a los militares integrándolos estrechamente a la vida pública y pagando elevados salarios a los oficiales, en contraposición con un presupuesto de defensa voluntariamente irrisorio y un subequipoamiento crónico de las tres armas.

Paralelamente a la eliminación de las fuerzas políticas tradicionales y conservadoras, el grupo dirigente surgido de la Revolución se dotaba de los medios institucionales para conservar el poder en forma duradera. Por un lado, con el principio constitucional de no reelección en todos los cargos electivos (alcalde, diputado, gobernador, senador, presidente), se aseguraba una rápida rotación, en el ejercicio del poder, entre todas las facciones y clientelas de ese grupo. Por el otro, se dotaba de un partido que agrupaba a los diversos sectores en un proyecto común de control de la sociedad civil.

Un Partido-Estado

Partido de masas interclasista, el PRI (3) descansa en tres “sectores”: obrero, campesino, popular. Cada uno está compuesto por sindicatos o asociaciones diversas, grandes proveedores de empleo gracias a su monopolio de la representación, y funciona con el principio de la doble afiliación (sindical o asociativa y partidaria). Más allá del control, esta organización difusa aseguró durante mucho tiempo una buena transmisión de los reclamos sociales al aparato político. También durante mucho tiempo, este último supo brindar respuestas adecuadas a dichos reclamos.

Para establecer su legitimidad, el PRI, creado para confundirse con el Estado, puso en marcha políticas a menudo audaces, tanto en el plano externo como en el interno. En

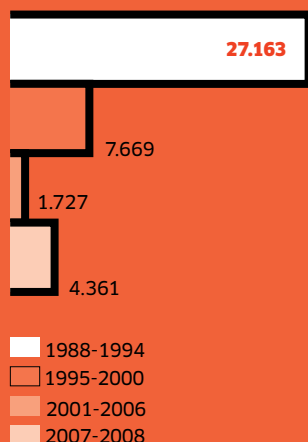
el externo, México defendió siempre el principio del derecho de los pueblos a la autodeterminación, y se negó a avalar a los avatares modernos de la “Doctrina Monroe”. Una postura que trajo como resultado frecuentes tensiones con Estados Unidos, particularmente en el seno de la Organización de los Estados Americanos (OEA): negativa a romper relaciones diplomáticas con Cuba a comienzos de los años 60, condena a la intervención en Santo Domingo y al golpe de Estado en Guatemala, etc. (4). Esta política exterior, que satisfacía a un nacionalismo receloso, también tuvo como efecto reducir el espacio político disponible a la izquierda del PRI.

En el plano interno, el Estado-PRI afirmó su legitimidad con sus políticas sociales y sus políticas económicas. Pocos países del continente disponían de sistemas estatales tan elaborados en materia escolar y universitaria, de salud, seguridad social, viviendas sociales, etc., o de un volumen tan grande de subsidios a los productos y servicios básicos (maíz, frijoles, pan, leche, transporte público, etc.).

Los considerables costos de estas políticas públicas pudieron financiarse con los enormes recursos, en particular petroleros, de los que disponía el Estado. Gracias a este maná (el petróleo fue nacionalizado en 1938), el Estado pudo desarrollar un modelo económico llamado de “sustitución de importaciones”: cierre de las fronteras a los capitales y productos extranjeros, desarrollo de la indus-

Ingresos por privatizaciones

(en millones de dólares, 1988-2008)



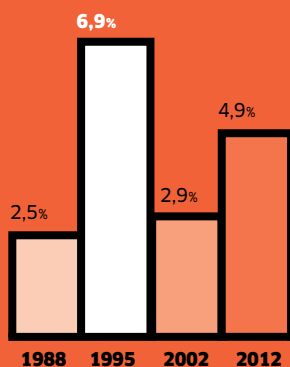
© Bkaren Kasmauski / Corbis / Latinstock



Profundización del proceso migratorio. El desempleo y la pérdida de poder adquisitivo agravaron el problema de la migración ilegal hacia Estados Unidos, la cual casi se duplicó a partir de 1994.

Tasa de desempleo

(en porcentaje)



→ tria nacional en todos los sectores productivos, sobrevaluación del peso, etc. Hasta fines de los años 70, este modelo, que se ajustaba además a las teorías del “desarrollo capitalista autónomo” de la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), resultaba satisfactorio: la creación de empleo era superior al aumento de la población activa, el crecimiento sostenido permitía un aumento constante del nivel de vida –en particular para la clase media–, el papel motor del Estado aseguraba una gran movilidad social y reducía las tensiones nacidas de un éxodo rural masivo. La crisis económica haría estallar las contradicciones de este sistema.

A partir de fines de los años 60, habían surgido tensiones entre una población cuyo nivel cultural y económico se incrementaba, por un lado, y un régimen político hermético, por el otro (5). Las manifestaciones estudiantiles de 1968 condujeron finalmente a la masacre de Tlatelolco. Pero el sistema mostró su extraordinaria capacidad de adaptación: los líderes estudiantiles fueron contratados por la administración, en puestos de responsabilidad, o por la Universidad. El presidente Luis Echeverría impulsó una reforma política que permitió a los partidos de oposición, de derecha o izquierda, tener representación parlamentaria.

La primera crisis petrolera no afectó al país, que descubrió, en esa época, sus inmensas reservas de oro negro. Cuando José López Portillo accedió a la presidencia, en 1976, el país se encontraba en plena prosperidad y el régimen nunca había sido tan estable. Tenía grandes proyectos de equipamiento y afir-

maba que no cometería el mismo error que el Sha de Irán: no dejaría “petrolizar su economía”.

Se sabe lo que sucedió (6) y cómo intentó recuperar cierto crédito político: el 1º de septiembre de 1982, tres meses antes de abandonar sus funciones, el presidente nacionalizó la totalidad del sistema bancario, acusando al gran capital, nacional o extranjero, de ser el único responsable de los problemas mexicanos.

Durante estas dos presidencias, el sistema político interno se transformó profundamente. Si bien el PRI fue, desde su creación, el partido del presidente, su instrumento para actuar, las diversas “familias” que lo conformaban servían de contrapeso a la presidencia todopoderosa. Durante la sucesión, el jefe de Estado debía transigir con estas “familias” antes de tomar decisiones. Del mismo modo, durante el ejercicio de su mandato, estas últimas, al igual que los líderes de los tres “sectores”, eran consultadas, podían orientar ciertas decisiones u oponerse a su aplicación. El crecimiento vertiginoso de los recursos estatales incitó el de los poderes del presidente, quien, a partir de los años 60, tendió a rodearse de hombres elegidos por su fidelidad pero también por su capacidad. Era necesario llevar a cabo, en muy poco tiempo, grandes proyectos de equipamiento y modernización del país. Los “tecnócratas” reemplazaron paulatinamente a los “políticos” al mando del Estado. José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari surgieron todos del aparato del Estado y nunca ejercieron un cargo electivo antes de convertirse en presidentes de la República.



Reducción del Estado. Durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari se privatizaron diversos sectores productivos, entre ellos la banca y la telefonía (Telmex) que quedó en manos del célebre Carlos Slim.

En cuanto a los funcionarios, cuyo número no dejó de aumentar, sabían que su horizonte profesional estaba necesariamente limitado a los próximos seis años y que no tenían, posteriormente, ninguna garantía (7). Algunos optaron ante todo por la competencia, para asegurarse una carrera más allá del cambio de presidente. Muchos otros quisieron asegurarse el futuro: tendieron pues a imitar el ejemplo dado a menudo en el más alto nivel y a confundir alegremente fondos públicos y privados. La corrupción se generalizó en el momento en que el Estado tenía mayores recursos, provocando en cambio un creciente desinterés respecto del sistema por parte de los ciudadanos que no tenían acceso a la torta.

Miguel de la Madrid era consciente del riesgo de desastre político cuando asumió sus funciones, el 1º de diciembre de 1982, en un contexto de crisis económica. Propuso la “renovación moral” como uno de los puntos fuertes de su mandato. Pero debió sobre todo administrar la crisis. Se rodeó pues de hombres surgidos como él del serrallo burocrático, técnicos formados en el extranjero, a menudo en Estados Unidos (8). Los colocó en los sectores clave del aparato del Estado: presupuesto y planificación.

Íntegros, reticentes a la ideología “priísta”, intentaron modernizar el Estado, no dudando –tal como sucedió durante la reconstrucción de México tras el terremoto de 1985– en dialogar, e incluso confiar responsabilidades a asociaciones urbanas no controladas por el PRI, o en manos de los partidos de extrema izquierda.

Algunos de estos tecnócratas eran además ex “se-

senta y ochistas”. Apoyado por estos hombres, De la Madrid descuidó las relaciones de fuerza internas en el PRI. Se opuso así al viejo líder del sector obrero, Fidel Velázquez, quien controlaba sin embargo el 90% de los sindicatos. Ignoró las diversas presiones e implementó constantemente –por convicción o bajo la presión del FMI– una política de austeridad draconiana: sucesivas devaluaciones del peso, sensible reducción del déficit presupuestario, presiones sobre los salarios, etc. Un trago amargo para la clase media, principal apoyo del régimen: su poder adquisitivo cayó del 35% al 40%, de 1982 a 1987. En cuanto a las clases populares, asistieron a la eliminación de la ayuda estatal a la mayoría de los productos básicos, sin que la inflación (143% en 1987) o el creciente endeudamiento pudieran sin embargo controlarse. Las desigualdades sociales, que, en México, fueron siempre evidentes, se acentuaron; sólo las clases acomodadas, que tenían sus activos colocados en el exterior (9), fortalecieron su situación. Resultado: los apoyos tradicionales del régimen expresaron su desinterés mediante la pasividad o la abstención electoral. Los partidos de oposición, que carecerían de relevos en la sociedad civil, no lograron capitalizar este descontento difuso.

El cambio de modelo

Fue en este contexto que, a partir de 1985, el gobierno cambió radicalmente de modelo de desarrollo (10). Se abandonó la “sustitución de importaciones” en beneficio de una economía de mercado, abierta al exterior: México adhirió al GATT, los capitales extranjeros →

DE CRISIS EN CRISIS

1982

Deuda externa

El país se encuentra sobreendeudado y en agosto se ve obligado a pedir ayuda al FMI. Meses después se nacionaliza la banca.

1985

Cambios estructurales

El presidente Miguel de la Madrid anuncia la adhesión al GATT y la privatización de diversas empresas públicas.

1988

Salinato

Se acelera la apertura comercial, que culmina con la firma del TLCAN, y se endurece la política salarial. Privatización de la banca (1990).

1994

Efecto tequila

La emisión de deuda en dólares y la fuga de capitales agotan las reservas internacionales y conducen a una macrodevaluación.

2008

Dependencia

La crisis financiera iniciada en EE.UU. impacta rápidamente en la economía mexicana. Fuerte caída de las remesas.

FALSAS SOLUCIONES

La revolución salinista

por Miguel Angel Centeno*

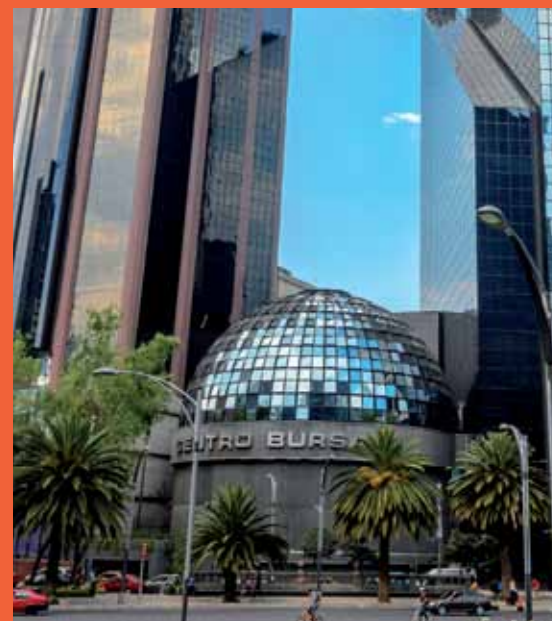
Después del colapso del milagro en 1968, del populismo de Echeverría a principios de los 70 y del boom petrolero una década más tarde, los mexicanos habían abandonado las esperanzas de encontrar un modelo económico que conjugara crecimiento económico y baja inflación. Después de 1988, el Pacto diseñado e implementado por el equipo de Carlos Salinas de Gortari dio la impresión de estar funcionando. Si bien el crecimiento económico no era extraordinario (un promedio del 3% anual y per capita virtualmente uniforme durante el sexenio), parecía que se había controlado la inflación. Quizá lo más importante es que había un convencimiento generalizado de que la economía había mejorado, y un optimismo considerable sobre el futuro bajo el TLCAN.

La estrategia económica era engañosamente simple. México iba a atraer grandes cantidades de capital internacional, y ese capital por un lado ayudaría a disminuir la carga de la deuda, y por el otro se invertiría en nuevas empresas productivas. La clave del esquema estaba en ofrecer estabilidad monetaria e incentivos económicos como mano de obra barata y acceso a los mercados. Para garantizar lo primero se redujeron radicalmente los presupuestos públicos y se vinculó el peso al dólar. Para lo segundo fue necesario abrir la economía mexicana al comercio mundial (y garantizar la reciprocidad). Obviamente el TLCAN era el toque maestro, pues les prometía a los inversionistas el acceso al mercado consumidor más rico del mundo. En gran parte la política tuvo éxito. Durante los primeros años de los 90 entraron cantidades masivas de capital. Como lo sabemos ahora, esa estrategia era peligrosa. Mantener la paridad con el dólar condujo a un peso sobrevaluado, y lógicamente estimuló un consumo excesivo de bienes importados mientras volvía menos atractivas las exportaciones mexicanas. Parece que los responsables de la política estaban conscientes de eso, pero creían que la entrada continua de capital equilibraría la cuenta comercial durante suficiente tiempo para mejorar la productividad mexicana y llevar la economía a su supuesta categoría de "Primer Mundo". Lo que la estrategia sí logró fue diezmar grandes porciones de la burguesía nacional y de la mano de obra industrial abrumadas por las importaciones baratas, empobrecer aún más porciones significativas de un campesinado incapaz de sobrevivir sin las subvenciones o en competencia con la agroindustria estadounidense, y volver la economía extremadamente sensible a los mercados de capital externos.

* Profesor de Sociología y Relaciones Internacionales en la Universidad de Princeton.

Fragmento extraído de un artículo publicado en *Nueva Sociedad*, N° 152, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1997.

© Accuesta / Shutterstock



Desregulación financiera. Empezó en 1986 cuando los bancos privados pasaron a determinar las tasas de interés.

→ podían invertirse libremente, un gran número de empresas públicas fueron privatizadas (a comienzos de 1983, había más de mil empresas públicas, y para 1988, menos de setecientas), etc. Todo ello sin debate público (salvo para el GATT), casi a escondidas.

El poder recién comenzó a reconocer este cambio de modelo en 1987, luego del mensaje dirigido a la Nación por el Presidente, como cada 1° de septiembre. De la Madrid pudo señalar la importancia de las inversiones extranjeras, sobre todo estadounidenses y japonesas, en industrias subcontratadas. La curva de la creación de empleo volvió a ser ascendente de enero a octubre de 1987. Por otra parte, se repatriaron más de 10.000 millones de dólares colocados en el exterior. La Bolsa nunca había vivido, hasta la quiebra de Wall Street de octubre de 1987, semejantes movimientos especulativos. Paradoja para este país sobreendeudado, en septiembre de 1987, las reservas monetarias alcanzaban los 15.000 millones de dólares, incomodando al gobierno que confesaba no saber cómo utilizarlas.

La situación cambió radicalmente luego del crac del 19 de octubre; los inversores extranjeros partieron nuevamente. Y los capitales nacionales se fugaron otra vez generando una caída del peso y reavivando la inflación. En diciembre de 1987, el gobierno propuso un plan de emergencia para reactivar una economía al borde del derrumbe. Más aún cuando la disminución de la actividad económica en Estados Unidos, tras la crisis bursátil, generaría una reducción de las importaciones estadounidenses de petróleo y la caída de su precio. Dos medidas que serían fa-

tales para México, cuya principal riqueza seguía siendo el petróleo.

Esta política económica pudo implementarse sin tropiezos, gracias a un creciente control del aparato del PRI por parte del presidente de la República. Pero excluyendo a las “familias” tradicionales, privilegiando el diálogo con la población o con asociaciones independientes, en detrimento de las mediaciones tradicionales, continuando con el proceso de modernización política, el poder no percibió que se debilitaba, que perdía los apoyos y los relevos movilizados que el antiguo sistema, basado en el compromiso entre grupos, permitía asegurar.

¿Decisión deliberada? Es verdad que las diversas organizaciones del PRI, estos últimos años, cumplían mucho más con su función de control que con su función de transmisión de los reclamos sociales. Esto se manifestaba particularmente a nivel de los estados y las comunas, donde los mecanismos tradicionales seguían funcionando.

Algunos políticos percibieron este peligro de debilitamiento. A comienzos de 1987, se constituyó en el seno del PRI una “corriente democrática” encabezada por un ex gobernador, hijo del prestigioso general Lázaro Cárdenas, ex presidente, quien había nacionalizado el petróleo, y un ex ministro de Luis Echeverría. Apoyada por una hábil campaña de prensa, esta “corriente” logró cuestionar públicamente el funcionamiento interno del partido, reclamando que la designación del candidato para las próximas elecciones presidenciales fuera el resultado de un proceso democrático dentro del partido. Sus dirigentes buscaron



© huyangshu / Shutterstock

Petróleo. A pesar de la caída en su producción, México es el décimo productor mundial de petróleo. Los ingresos de este sector nutren un tercio del erario mexicano.

excelente tesis de ciencia política defendida por L. J. Garrido en la Universidad de París-I y publicada en 1982 por Siglo XXI, *El partido de la revolución institucionalizada (1928-1945)*.

4. Para un abordaje sintético de las relaciones México-Estados Unidos, véase P. Smith, “Uneasy Neighbours: Mexico and the United States”, *Current History*, marzo de 1987, pág. 97.

Cuando asumió José López Portillo, en 1976, el país se encontraba en plena prosperidad y el régimen nunca había sido tan estable.

restablecer las alianzas que habían creado el “populismo a la mexicana” (11). Tuvieron gran repercusión en las universidades, menos en otras partes [finalmente en marzo de 1989 esta corriente derivaría en la conformación de una fuerza de izquierda, el Partido de la Revolución Democrática (PRD)].

La reacción del aparato del partido, controlado por el presidente, fue marginarlas. La de los miembros del gobierno, ignorarlas. Prevalció el principio de reproducción: un tecnócrata sucedía a otro tecnócrata. El artífice de la transformación económica operada estos últimos años podría continuar con su tarea. ■

5. Roderic A. Camp, *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1985, pág. 209.

6. Véase Ignacio Ramonet, “Le Mexique sous le choc”, *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1982.

7. No existen en México cargos públicos estables, regulados por un estatuto, salvo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Sobre este tema, véase C. Gilbert, “Le Mexique: des hauts fonctionnaires introuvables?”, en Danièle Lochak, *La haute administration et la politique*, PUF, París, 1986, págs. 207-222.

8. Él mismo estudió en Harvard, al igual que su sucesor designado Carlos Salinas de Gortari.

9. Se estima en 100.000 millones de dólares los activos mexicanos en el exterior, es decir, el equivalente a la deuda externa.

10. Cf. Ignacio Ramonet, “Le Mexique sur les rails du néolibéralisme”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 1986.

11. Véase S. Zermeño, “El fin del populismo mexicano”, *Nexos*, XII (113), mayo de 1987, pág. 31.

1. Véase la obra de Martín de la Rosa y Charles Reilly (editores), *Religión y política en México*, México, Siglo XXI, 1985, 371 páginas.

2. Véase Roderic A. Camp, “Generales y políticos en México”, *Nexos*, VII (82), págs. 17-30.

3. Fundado por el general Plutarco Elías Calles en 1929, el Partido Nacional Revolucionario se convirtió en el PRI en 1946. Véase la

* Profesor de Ciencia Política de la Universidad París III - Sorbonne Nouvelle y ex director del Instituto de Altos Estudios de América Latina (IHEAL).

Traducción: Gustavo Recalde

Conversaciones con el subcomandante Marcos

El zapatismo al asalto del cielo

por Ignacio Ramonet*

El 1º de enero de 1994, el mismo día que entraba en vigencia el TLC con Canadá y Estados Unidos, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional ocupaba las principales ciudades del estado de Chiapas. Luego de varias negociaciones fallidas con el gobierno, Marcos marchó en 2001 hacia el DF para exigir el reconocimiento de los pueblos indígenas como sujetos colectivos de derecho.



© Bernard Bisson / Corbis / Latinstock

- **Piensa usted que el zapatismo puede representar una alternativa para el conjunto de los pueblos indígenas de América Latina?**

El zapatismo, más que un ejemplo a seguir es un síntoma. La insurrección del 1º de enero de 1994 significa que una parte de la población de América Latina no quiere aceptar la lógica de una desaparición silenciosa. El zapatismo no es la regla que dice a los indígenas de otros países lo que deben hacer. Más bien compartimos el mismo sentimiento de marginalización y de exclusión. Y una misma voluntad de resistencia que nos impulsa a decir: no queremos que el mundo continúe sin nosotros, no queremos desaparecer. Pero tampoco queremos dejar de ser lo que somos. Es un proceso de afirmación de nuestra diferencia. La lucha de los indígenas de América Latina es nuestra voluntad de afirmar: queremos formar parte de la nueva historia, de la historia del mundo; tenemos algo que decir y no estamos dispuestos a ser lo que ustedes quieren que seamos. No queremos transformarnos en sujetos cuyo valor en la escala social estaría determinado por el poder de compra y el poder de producción. [...]

La relación que tiene usted con la violencia es especial. Lidera una guerrilla, pero al mismo tiempo encarna, en cierto modo, la no-violencia. El zapatismo es un movimiento armado que nunca ha cometido un atentado, nunca ha asesinado ni secuestrado a nadie, nunca ha puesto bombas. Tampoco reclama la independencia de Chiapas o la secesión de México. En cambio, exige que Chiapas y los indios estén mejor integrados en el seno del Estado mexicano. ¿Qué tipo de guerrilla es pues el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)?

Aunque los indígenas sean los más olvidados y los más pobres de entre los pobres, el EZLN se levantó en armas para reclamar la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos, y no sólo para los indígenas. No queremos ser independientes de México, queremos ser indios mexicanos. El EZLN se organizó como un ejército y respeta todas las disposiciones internacionales para ser reconocido como tal. Siempre hemos respetado las convenciones internacionales y las leyes de la guerra. Hemos declarado formalmente las hostilidades, llevamos uniformes, grados e insignias identificables y respetamos a la población civil y a los organismos neutrales. El EZLN posee armas, está dotado de una jerarquía y de una disciplina militares, pero no practica el terrorismo ni cometió nunca ningún atentado. El EZLN lucha para que ya no sea necesario ser clandestino ni ir armado para pedir democracia, justicia y libertad. Por eso decimos que luchamos para desaparecer. Creemos que quien conquista el poder por las armas no debiera gobernar nunca, puesto que se arriesga a gobernar por las armas y por la fuerza. Quien recurre a las armas para imponer sus ideas es porque tiene ideas realmente muy pobres.

Usted escribió en algún sitio que “la guerra es una medida desesperada”...

Sí. No somos partidarios de la guerra. La guerra es una decisión que se toma cuando se está desesperado. Cuando no hay más remedio. Nos preparamos durante diez años para levantarnos en armas. Durante diez años nos entrenamos muy duro para poder luchar con las armas en la mano. De hecho somos luchadores que se han convertido en soldados para que llegue un día en que los soldados ya no sean necesarios. Somos soldados para que no haya más soldados. Hemos tomado un camino suicida, el de una profesión condenada a su propia desaparición. No vemos la lucha armada como la veían las guerrillas de los años 1960, como el único camino, la única senda, la única verdad que lo determinaría todo. Para nosotros, la lucha armada es una etapa de una serie de formas de lucha que cambian y evolucionan. Pero se puede superar esta etapa. Porque efectivamente la guerra es una medida desesperada. La adoptan los que están desesperados de la política, de su condición social, de la condición femenina, del racismo. Y cuando todos estos desesperados unen sus desesperaciones y se organizan, como hicimos nosotros, entonces todo es posible. Porque de esta suma de desesperaciones puede nacer una gran esperanza. Como dice más o menos un poema de Paul Éluard: “Pour être heureux il faut voir clair et lutter. On peut alors se lancer à l’assaut du ciel.” [Para ser feliz hay que tenerlo claro y luchar. Entonces puedes lanzarte al asalto del cielo].

Se los ha comparado a veces con las guerrillas de tipo guevarista que soñaban con la conquista del poder para realizar una revolución social radical.

Reclamamos tres cosas: libertad, justicia y democracia. Y ante todo queremos la paz. Lo vuelvo a decir, no queremos el poder, ni tan sólo convertirnos en un partido político. Ya hay suficientes. Queremos que los derechos de las comunidades indígenas sean reconocidos. Y lo pedimos por la vía de la negociación, de la palabra, de la discusión. No queremos tomar el palacio presidencial ni acabar con la raza blanca. Queremos que se nos deje vivir en paz según nuestras propias formas de gobierno. No exigimos un retorno al comunismo primitivo. No queremos instaurar un igualitarismo radical que, a fin de cuentas, oculta una diferenciación entre la elite política minoritaria –de izquierda o de derecha– y la mayoría empobrecida de la sociedad. Queremos que cada sector social, y en especial la comunidad indígena, disponga de medios para salir adelante. No pedimos ni limosnas ni regalos. Como indios queremos tener la posibilidad de construir, en el seno de la nación mexicana, nuestra propia realidad diferenciada.

¿Definiría al EZLN como un movimiento revolucionario?

Más bien nos definimos como un movimiento rebelde que exige cambios sociales. El término “revolu-

cionario” no es apropiado, porque todo dirigente o movimiento revolucionario tiende a querer convertirse en dirigente o actor político. Mientras que un rebelde social nunca deja de ser un rebelde social. Un revolucionario siempre quiere transformar las cosas desde arriba, mientras que el rebelde social quiere cambiarlas desde abajo. El revolucionario piensa: tomo el poder, y desde arriba transformo el mundo. El rebelde social se comporta de otra manera. Organiza a las masas y desde abajo, poco a poco, transforma las cosas sin plantearse el problema de la toma del poder.

El EZLN es un movimiento insurreccional sin una ideología estrictamente definida. No responde a ninguno de los espacios políticos clásicos: el marxismo-leninismo, social-comunista, castrista, guevarismo, etc. Creemos que los movimientos revolucionarios, cuanto más revolucionarios sean, más arbitrarios son en el fondo. Lo que debe hacer un movimiento armado es plantear un problema –falta de libertad, imperfección democrática, desaparición de la justicia– y acto seguido desaparecer. Como estamos intentando hacer actualmente. [...]

¿Cree usted que fue el zapatismo quien el 2 de julio de 2000 acabó derrotando al PRI?

Sin duda formamos parte de las fuerzas que el 2 de julio de 2000 vencieron al PRI que estaba en el poder desde hacía más de setenta años... En el ámbito mexicano, existían una serie de fuerzas de resistencia contra el PRI, unas más combativas que otras, y una de esas fue el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Pero fundamentalmente el vencedor del PRI fue la sociedad no organizada. Esa sociedad indefinida, no organizada, aprovechó el resquicio de las elecciones del 2 de julio de 2000, y oponiéndose a una gran campaña de corrupción llevada a cabo por el gobierno del presidente Ernesto Zedillo y del PRI para ganar otra vez la presidencia, decidió decir: “¡no!”. [...]

Salir por primera vez desde 1994 de la selva Lacandona, de Chiapas, y marchar sobre la capital [el 11 de marzo de 2001], representa el fin de un ciclo para el zapatismo. Algunos piensan que esta marcha es una idea genial, y otros creen que usted y los otros veintitrés comandantes han corrido un riesgo mortal. ¿Cómo se tomó la decisión de organizar una marcha como ésta?

La marcha fue una locura. Pero creemos que desde el 2 de julio de 2000 existe otro país, otro México. Y que no podíamos continuar con la misma actitud que antes. El país está en pleno debate. Hemos analizado los resultados de las elecciones, y éstos muestran que la sociedad mexicana está más politizada, mejor informada y más deseosa de participar en política. Creemos fundamentalmente que toda la sociedad mexicana, como el conjunto de la sociedad internacional, está convencida de que la actual situación de los pueblos indígenas es insostenible y que hay que remediarla. Por tanto, estamos en un momento →

DOS DÉCADAS DE LUCHA

1994

Inicios

El EZLN realiza un levantamiento armado en Chiapas, declara la guerra al gobierno de Salinas y pide “trabajo, tierra, techo, alimentación...”.

1995

Militarización

El EZLN anuncia un cese del fuego. Despliegue del ejército en la zona rebelde. Fracaso de las mesas de diálogo.

1996

Acuerdos de San Andrés

El gobierno federal se compromete a reconocer a los pueblos indígenas en la Constitución.

2001

Gran caravana

Luego de triunfar, el presidente Vicente Fox ordena retirar al Ejército de la zona de conflicto y retomar el diálogo. Marcos marcha hacia el D.F.

2014

El fin de Marcos

Tras cinco años de ausencia, Marcos anuncia su retiro como vocero del movimiento y su conversión en subcomandante Insurgente Galeano.

“La otra campaña”

En 2006, en vísperas de la elección presidencial, el zapatismo lanzó “la otra campaña” con el fin de deschiapanizar (geográfica y étnicamente) su lucha. Pretendía formar alianzas con grupos de izquierda no partidista, anticapitalistas y antineoliberales para formular un “programa de lucha nacional”. La iniciativa se disolvió en 2013.

© Jos Post / Shutterstock



El telar. Sigue siendo una herramienta de trabajo fundamental de los artesanos indígenas mexicanos.

29 municipios Rebeldes zapatistas

Aún existen en el sur del país. En 2003 fueron creados 5 caracoles, que son las regiones organizativas de estas comunidades.

→ en el que convergen muchas situaciones que, por fin, posibilitan que se salde la deuda que la nación mexicana tiene con los pueblos indios. Siempre que se comprenda que la nación mexicana está formada por diversos pueblos, contrariamente a lo que han afirmado todos los gobiernos federales desde Juárez [presidente entre 1858 y 1872], para los cuales se trataba de una nación fundamentalmente mestiza. No. Es una nación formada por diversos pueblos. [...]

Una vez firmada la paz y reconocidos los derechos de los indios, ¿Marcos va a desaparecer?

Lo que va a cambiar, tras la firma de la paz, es que una organización político-militar como lo es el EZLN va a dejar de existir. Esta organización va a dejar de tener las relaciones de mando que existen en el seno de una estructura político-militar. Ahora bien, fundamentalmente la figura de Marcos se construyó alrededor de este movimiento. Cuando Marcos habla, es un movimiento colectivo el que habla. Y es lo que le da su fuerza y su interés a lo que dice Marcos. Si este movimiento se transforma, y dejando de ser un ejército se convierte en un partido político, nada será igual.

Es probable que entonces se descubra que la calidad literaria de los textos del subcomandante no era tan buena como se creía. Que sus análisis críticos no eran tan exactos, etc.

Desde el momento en que desaparezca la figura de Marcos, con todo lo que la rodea, se va a desmitificar. Eso no quiere decir que Marcos va a dejar de luchar, que Marcos va a dedicarse a cultivar su jardín o a hacer bricolaje. Pero todo lo que hizo posible a Marcos y al EZLN se modificará radicalmente. Aun cuando en lo esencial la principal arma del EZLN no era el fusil sino la palabra. Dicen que hablamos mucho; y por eso quieren hacernos callar.

¿Cuáles el futuro de Marcos?

Creo que el futuro de Marcos, como el del EZLN, se inscribe en un proceso mundial de lucha y resistencia. Marcos ya no será nunca más el “Sub”, ni el portavoz, ni el líder, ni tampoco el punto de referencia o el mito. La polvareda que se levantó por nuestra irrupción en la escena política el 1º de enero de 1994, poco a poco se deshará. Y cuando haya caído se podrá ver algo fundamental: en todo este proceso de lucha, Marcos sólo fue un combatiente más.

A la pregunta que le hacía Régis Debray en 1996: “¿Cuándo se quitará el pasamontañas?”, usted había contestado: “El día en que un indígena pueda gozar de los mismos derechos que un blanco en cualquier lugar de la República; el día en que el sistema del partido-Estado se acabe y en que las elecciones ya no sean sinónimo de fraude”. La segunda condición, por muy increíble que pudiera parecer, se produjo con la derrota del PRI el 2 de julio de 2000 durante unas elecciones sin fraude, y la primera condición, si las negociaciones iniciadas tras la marcha tienen éxito, debería realizarse pronto. Le hago de nuevo esta pregunta: ¿cuándo se quitará el pasamontañas?

Como usted sabe, decidimos esconder nuestro rostro porque antes no nos veían. Los indios eran “invisibles”, inexistentes. Paradójicamente, escondiendo nuestros rostros nos vieron, nos volvimos visibles. Lo que es seguro es que queremos librarnos lo más pronto posible del pasamontañas y de las armas. Porque queremos hacer política a cara descubierta. Pero no nos quitaremos el pasamontañas a cambio de simples promesas. Hay que reconocer los derechos de los indios. Si no lo hace el poder, no sólo volveremos a tomar las armas, sino que también lo harán otros movimientos bastante más radicales, bastante más intolerantes, bastante más desesperados que nosotros. Porque la cuestión étnica, aquí como en todas partes, puede dar lugar a movimientos fundamentalistas dispuestos a todo tipo de locuras asesinas. Ahora bien, si todo sucede como deseamos y los derechos de los indios son reconocidos por fin, Marcos dejará de ser el subcomandante, o el líder, o el mito. Entonces se comprenderá que la principal arma del EZLN no había sido el fusil sino la palabra, las palabras. Y cuando la polvareda que nuestra rebelión ha levantado se disipe, la gente descubrirá una verdad fundamental: en toda esta resistencia y esta reflexión, Marcos no ha sido sino un combatiente más. Por eso digo siempre: si quieres saber quién es Marcos, quién se esconde bajo el pasamontañas, toma un espejo y mírate, el rostro que descubrirás es el de Marcos. Porque todos somos Marcos. ■

* Director de *Le Monde diplomatique*, edición española.

Fragmento extraído del libro *Marcos. La dignidad rebelde*, Ignacio Ramonet, Capital intelectual, Buenos Aires, 2001.

Hastío frente al fraude y el cerrojo del PRI

La eternidad no existe

por Paco Ignacio Taibo II*

El contexto político previo a la elección de 1994 auguraba un cambio en el poder: levantamiento indígena en Chiapas, asesinato del postulante priísta Luis Donald Colosio y candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas del PRD. Sin embargo, sería el PRI, con Ernesto Zedillo, el que volvería a triunfar.

México, galería de personajes:

- el terrateniente de Chiapas que, hasta hace poco, les cortaba las orejas a los indígenas acusados de robo; amo y señor feudal de una región de indios vencidos, babel de lenguas, tierra de miserias;
- el economista, recibido en Harvard o en La Sorbona, que saca de la galera conejos neoliberales; reinventor del capitalismo, hombre de dos choferes y tres teléfonos celulares; autor de una tesis mediocre dedicada a sus padres;
- el viejo político del PRI que se hizo rico vendiéndoles licencias a los conductores de microtaxi; abogado mediocre desprovisto de sentido de la economía. Autor de frases del tipo: “Es el año de Hidalgo, nos llenamos los bolsillos de una”, que recuerdan su último año pasado en un ministerio.
- el agente de la policía judicial que redondea sus fines de mes trabajando para las pandillas de traficantes de drogas. Hombre de una sola fidelidad: la fidelidad a sí mismo, inventor de la idea de que la frontera entre la ley y el orden pasa por la costura de su bragueta; no le hace asco a torturar si se presenta la situación; le encanta sembrar el terror; pesadilla de los débiles;
- el ministro de Estado que, a lo largo de múltiples y recientes privatizaciones, enriqueció la lista, publicada por las revistas de finanzas, de los nuevos millonarios mexicanos (él incluido);
- el dirigente municipal que fácilmente manipula sindicatos fantasmas sin trabajadores, y les vende “contratos de protección”

a pequeños comercios de ropa, a zapateros, a pasteleros-heladeros contra la garantía de que no va a haber huelga;

- el desempleado del aparato del poder que espera que un día la lotería mágica recompense a uno de sus primos con un alto cargo, diputado por ejemplo, para compartir prebendas y negocios.

Tales son los eternos personajes de la vida en México. Cada uno de nosotros conoce una docena, dos docenas, un centenar.

¿Qué es lo que los junta en el gobierno o en el PRI? ¿Cómo se constituyó la amalgama?

La explicación es más o menos evidente. Lo único que aglutina y une a esta banda de mafiosos, degenerados y especuladores es la concepción mexicana del poder.

Estructura de mando edificada en el año 1920, cuando los barones del estado de Sonora –Obregón, Calles, De la Huerta– se apoderaron de los restos de una revolución a la que previamente habían vencido. Este poder pasó en principio a los generales y a los abogados; se volvió partido, gobierno, herencia, administración, permanencia, estilo, costumbre, continuidad, sensación de eternidad todo a lo largo de los setenta y cuatro últimos años [texto de mayo de 1994].

Y sin embargo, este poder no es eterno. El monopolio del orden corrupto del PRI se está muriendo. Le cuesta morir, tiene una agonía lenta, pero el final es seguro.

Si la velocidad de las imágenes que pasan frente a nuestros ojos es el barómetro del

cambio; si la rabia de unos y la descomposición de los otros es el síntoma transparente del principio y del final, este final está cerca. Quizás hayamos sido testigos de los primeros indicios con las grandes manifestaciones populares de septiembre y octubre de 1993, cuando los viejos activistas de 1968 reaparecieron al lado de sus hijos para recordar que la guerra no había terminado. Reconquista mítica de México capital por los no menos míticos resistentes del sesenta y ocho que iban a esas manifestaciones enormes acompañados por adolescentes y estudiantes secundarios febriles, impacientes por compartir la gloria y apropiársela.

Fue entonces, en enero de 1994, que tuvo lugar la insurrección indígena en Chiapas; levantamiento de gente en estado de pobreza terminal, eternos despreciados, traicionados, parias, armados de la noche profunda, que emergían y le sacaban el velo a un país que los negociadores del TLCAN parecían haber hecho desaparecer con las conjuraciones del olvido electrónico.

Después, la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, que vuelve para recuperar la Presidencia de la República de la que lo había desposeído el fraude de 1988, y que reagrupa a los disidentes del centro, de la centroizquierda y de la izquierda popular.

Más adelante, el misterioso asesinato del candidato oficial a la Presidencia; nos enteramos, dos semanas después del homicidio, de que nos encontramos frente a un complot. La incredulidad absoluta de los mexicanos que no creen ninguna de las versiones oficiales del crimen y que, de tener que tragarse una mentira, prefieren la suya a la del gobierno.

¿Objetividad? ¿Racionalidad? ¿Escenarios posibles? ¿Análisis de coyuntura? Es el momento de las emociones y las heridas que reclaman ser reparadas.

¿Dudas? ¿El PRI va a desaparecer de la historia? El próximo 21 de agosto, fecha de las elecciones presidenciales, ¿va a marcar el fin del control? El círculo múltiple que vigila al poder –Cárdenas, zapatistas, movimiento social, disidencia, intelectuales, opinión pública internacional– ¿va a alcanzar para impedir el fraude, eliminar la cultura de la estafa y terminar con la madre de todos los controles, el cerrojo del PRI?

Parece posible.

Ahora, resulta evidente que la impresión de eternidad era falsa. Como ya lo sabe el resto del planeta, la eternidad no existe.

* Escritor, periodista y activista sindical.

Traducción: Aldo Giacometti

Un país, muchos pueblos

La marginación de los indígenas

por Frédéric Saliba*

El 14% de los mexicanos se consideran indios. Pese a los avances jurídicos, la mayoría vive bajo el umbral de la pobreza y sus tierras son amenazadas por las grandes explotaciones agrícolas.

© John Cumbow / Shutterstock



Chiapas. Es muy rico en recursos naturales y variedad de cultivos.

La Constitución les ha concedido a los indios algunos derechos, pero tienen dificultades para defenderlos dentro de una nación mestiza. Según el censo de 2010, unos 15,7 millones de mexicanos se consideran “indios”, es decir, el 14% de la población. Pero solamente 6,6 millones de ellos hablan una lengua india, como el huichol, el maya, el náhuatl o el otomí. México cuenta con 62 etnias o pueblos indígenas, según la expresión utilizada para definir a estas comunidades rurales tradicionales, dotadas de lenguas y de costumbres milenarias. Pero, más de dos siglos después de la independencia de 1810, la mayoría de los indios de México viven por debajo del umbral de la pobreza y una cuarta parte es analfabeta, según la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). “La baja productividad de sus tierras y de sus cultivos de subsistencia hacen que estas poblaciones sean vulnerables ante las grandes explotaciones agrícolas mexicanas y estadounidenses”, explica François Lartigue, etnólogo del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) de México.

Huyendo de la miseria, 2 millones de indios han emigrado a las ciudades, y otros tantos viven en Estados Unidos, según la CDI. Este flujo migratorio transforma sus culturas ancestrales. Tal como afirma Rubén Ramírez, antropólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH): “No pierden su identidad, sino que tienen dificultades para preservar sus particularidades dentro del Estado-nación”. Sin embargo, México es el único país de Latinoamérica cuya bandera hace referencia a su pasado prehispánico con el águila y la serpiente que rememoran la fundación del Imperio Azteca. “El Estado valora los símbolos de una cultura muerta, pero no los de los indios

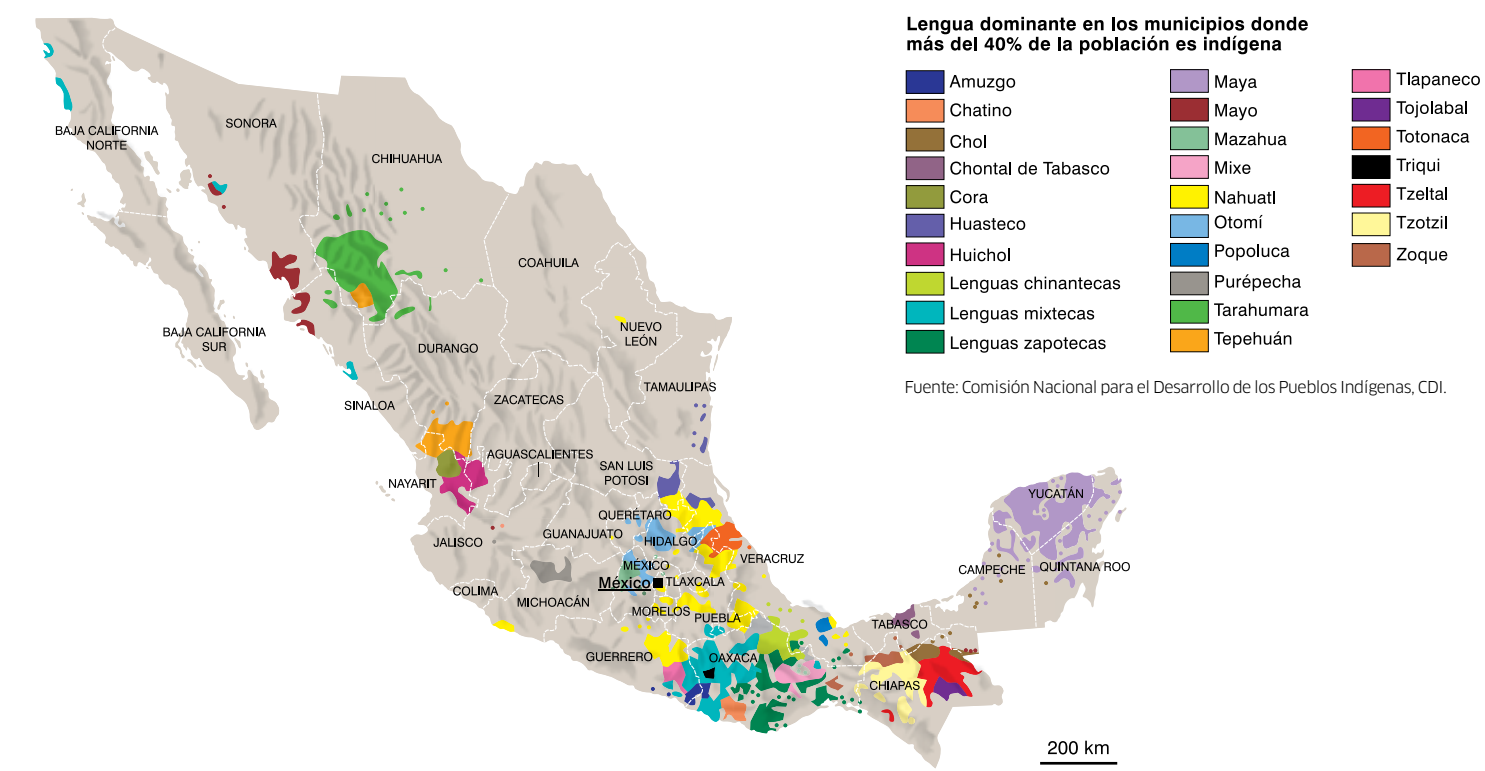
contemporáneos, marginados en una nación donde el 80% de los habitantes son mestizos”, explica Ramírez. Las organizaciones indias prosiguen la lucha por sus derechos. Se obtuvo una primera victoria en 1990 cuando México ratificó el Convenio 169 de la OIT, que obliga al Estado a consultar a los pueblos indígenas “cada vez que las medidas legislativas o administrativas sean susceptibles de afectarles”. Votada en 1992, una reforma constitucional reconoció por primera vez que “la nación mexicana tenía una composición pluricultural”. Pero pasaron nueve años hasta que se promulgó el artículo. Entre tanto, una reforma agraria abrió el camino a la privatización de las tierras comunales de las que se beneficiaban los indios.

Este contexto desfavorable fue una de las razones que desencadenaron, en enero de 1994, el levantamiento en Chiapas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Las negociaciones con el Gobierno dieron como resultado, en 1996, los Acuerdos de San Andrés que redefinían las relaciones culturales, políticas y administrativas entre el Estado y las minorías étnicas. Pero estos Acuerdos fueron letra muerta hasta el 2000, cuando asumió Vicente Fox. Al año siguiente, la reforma de la Constitución reconoció “el derecho de los pueblos y de las comunidades indias a la libre determinación”. Para Rodolfo Stavenhagen, sociólogo en el Colegio de México, “es un avance importante pero limitado ya que sólo 18 de los 32 estados mexicanos ratificaron el artículo”.

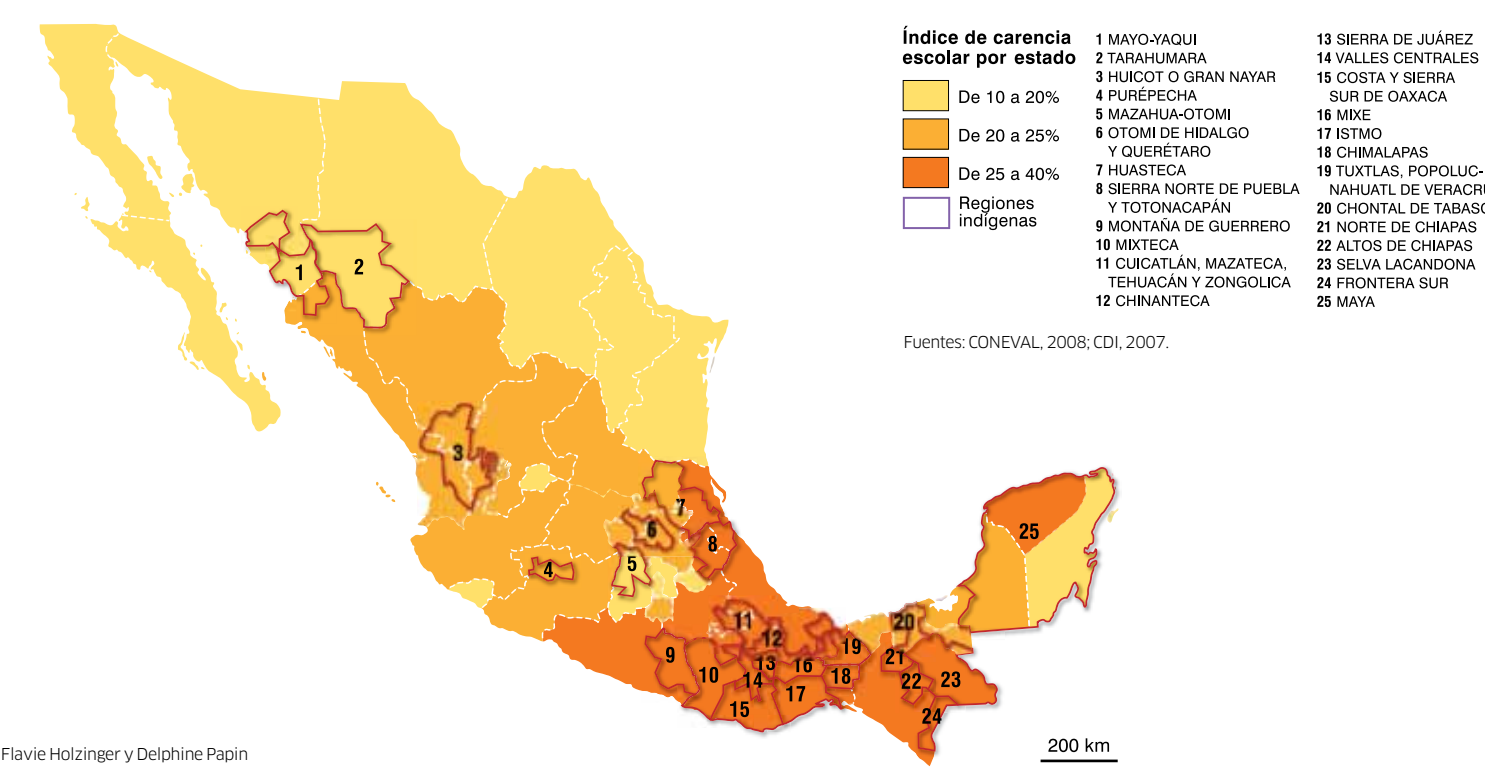
Para preservar sus territorios y sus culturas, organizaciones indias han creado pequeñas comunidades autogestionadas en Chiapas, Oaxaca o Michoacán. Pero su número sigue siendo limitado. ■

*Corresponsal de *Le Monde* en México.

Principales lenguas indígenas



Un sistema educativo desigual



Flavie Holzinger y Delphine Papin





Luego de siete décadas

La caída del reinado del PRI

por Carlos Monsiváis*

En julio de 2000, por primera vez en su historia el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdía las elecciones presidenciales. La sorpresa y la alegría eran generalizadas, incluso en bastiones priístas. En el marco de una izquierda impotente y con un programa de derecha doctrinaria y ultracatólica, se impuso el candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox.

¿Quién gana y quiénes pierden? Si algo debería el gobierno de Vicente Fox, sería levantarle un monumento al Hartazgo, el primer factor de su triunfo. Al ocurrir las elecciones el país está harto del PRI, de sus 71 años en el poder (bajo las formas sucesivas de Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana y PRI), de sus abusos, corrupciones y represiones, y muy especialmente de su estructura de impunidad. El contexto más visible del éxito de Fox es el descrédito de los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. Salinas, que en 1991 y 1992 convenció de su modernidad extrema a demasiados gobiernos y sectores políticos en el mundo entero, conoció la debacle en 1994. Los motivos: el estallido de la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (que le llama “usurpador” recordándole el magno fraude electoral que lo llevó al poder); el asesinato del candidato del PRI Luis Donaldo Colosio, que indebidamente se le atribuye; las revelaciones de corrupción a gran escala; el asesinato de su ex cuñado José Francisco Ruiz Massieu, dirigente del PRI; el encarcelamiento de su hermano Raúl, acusado de planear el asesinato de Ruiz Massieu y luego condenado a cincuenta años de cárcel; la decisión gubernamental de enriquecer sin medida a un puñado de capitalistas.

El presidente Zedillo tenía un perfil público muy distinto a Salinas y nunca encandiló a gobiernos o multitudes (más bien, le daba gusto su impopularidad), pero es el responsable de un rescate bancario, Fobaproa, hecho con el mayor desaseo y que terminó costándole a la nación más de cien mil millones

de dólares. Y a eso se agrega su condición de beato neoliberal, su indiferencia ante los sacrificios de las clases populares y el desplome de las clases medias. La suma de estos elementos se condensa en una palabra: Hartazgo, que el candidato del PRI Francisco Labastida no disolvía en lo mínimo. Burocrático, de expresión cansada, alejado vocacionalmente del carisma, Labastida recorría el país presidiendo mítines del tedio y la repetición. Al principio era el vencedor seguro, pero a las dos o tres semanas la frase que lo rodeaba como aureola fatalista era “la campaña de Labastida no levanta”.

El PRI congrega las ruinas de sus antes invencibles organismos de control: la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Central Nacional Campesina (CNC), la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), los aparatos caciquiles que en las elecciones anteriores habían conseguido los votos decisivos o, si se prestaba la ocasión, habían organizado el fraude. Pero esta vez, además del Hartazgo (siempre con mayúscula) un factor psicológico actuó en contra del PRI: la creación del Instituto Federal Electoral (IFE), el organismo confiable que permite la fe en el triunfo reconocido de la oposición. Antes, se tenían esperanzas del triunfo, pero no de su reconocimiento. Con el IFE se instala la primera certidumbre democrática.

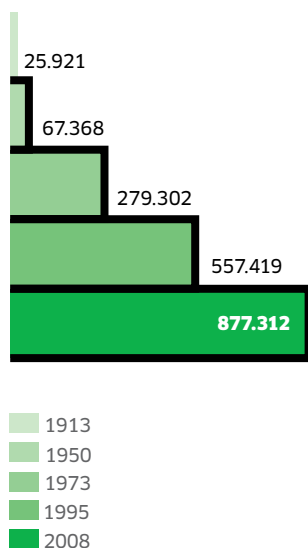
Cuauhtémoc Cárdenas

¿Quiénes ganan y quiénes pierden? En 1987 Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas, héroe del nacionalismo revolucionario, →



Comercio. El principal intercambio es con Estados Unidos. Además, México tiene fuertes lazos comerciales con el mundo mediante 10 tratados de libre comercio con 45 países.

Producto Interno Bruto (en millones de dólares de 1990)



→ salió del PRI tras fracasar en su intento de lograr elecciones internas para las candidaturas, y se lanzó a una batalla política muy desigual. En unos meses, Cárdenas levantó las (inesperadas) fuerzas de izquierda en el país y muy probablemente ganaba las elecciones de 1988. Tras la derrota, surgió el PRD, que con rapidez dilapidó su capital político, se burocratizó, se resignó ante los asesinatos de casi cuatrocientos de sus militantes a manos de priístas (en su mayoría, los crímenes quedaron impunes), se dividió por sistema, no evitó que el gobierno compre un buen número de sus dirigentes medios, y no consiguió un discurso convincente y un proyecto organizado de nación. A cambio, disponía de una crítica muy justa de las acciones gubernamentales, de militantes abnegados, del voto de la izquierda y del centro izquierda y de la simpatía de un vasto sector popular. Cárdenas se lanzó de nuevo en 1994 y su campaña fue pobre y se desarrolló en contra del voto del miedo manipulado por el PRI.

En 1997, Cárdenas ganó la jefatura de gobierno de la ciudad de México y las expectativas crecieron. El gobierno lo hostigó, le tendió trampas, le negó recursos. Cárdenas, por su parte, se mostraba indeciso, no enfrentaba problemas graves y se concentraba en su candidatura para la Presidencia. Esto le restó apoyos y llegó a la campaña del 2000 sin la credibilidad necesaria, lo que aprovechó la derecha para crear la ilusión del “voto útil”, es decir, que la izquierda le entregue a Fox su apoyo en canje por la promesa de un gobierno plural. En las semanas previas a la elección, Cárdenas consiguió algo del entu-

siasmo de 1988, llenó plazas y movilizó a la izquierda nacional, pero ya era tarde.

Vicente Fox

¿Quién gana y quiénes pierden? Ganó Vicente Fox, un ex presidente de Coca-Cola en México, un administrador de empresas que se inició en la política en 1988, a instancias de Manuel Clouthier, candidato del PAN a la Presidencia de la República. En doce años, Fox desarrolló un estilo populista de trato y discurso, fue candidato al gobierno de Guanajuato y perdió (tal vez no en los votos, pero como suele suceder con las elecciones, sí en el recuento), volvió a ser candidato al gobierno de Guanajuato y ganó, es candidato declarado a la Presidencia por lo menos desde 1998 y es intemperante, autoritario y monocrorde, pero una de sus características llama enormemente la atención y le consigue múltiples adhesiones entre las clases medias y entre mujeres y jóvenes. Fox tiene lo que se podría llamar “apetito de poder”, quiere mandar y se considera el indicado para “sacar al PRI de Los Pinos” y salvar a México, así, con esta expresión. Su actitud impresiona por emblematizar la fuerza y la voluntad de ascenso en un momento de muy abierta decadencia de los sectores políticos.

Fox pertenece a la derecha doctrinaria y no tiene demasiadas ganas de ocultarlo. Es muy católico, cree en los derechos educativos del clero, se opone a cualquier forma de despenalización del aborto, es homofóbico y partidario de los cristeros (1). Sin embargo, debe correrle cortesías a una sociedad secularizada y durante la campaña retrocede varias veces. Enarbola en un mitin el estandarte de la Virgen de Guadalupe y anuncia que será su insignia, pero las exigencias del gobierno de Zedillo, los sectores liberales y de la Iglesia Católica misma le hacen prometer que se abstendrá del manejo de símbolos religiosos; emite un “decálogo” donde le asegura al clero católico que promoverá la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, les dará canales de radio y televisión a los obispos, les quitará todo impuesto (no tienen ninguno, de cualquier modo), homologará los títulos de los seminarios religiosos con los títulos universitarios, etc., y la respuesta crítica lo lleva a declarar que no se “entendieron bien sus propuestas”. Así sucesivamente, a toda declaración conservadora sucede una rectificación.

A su lado, pero sin una intervención significativa en la campaña, el Partido Acción Nacional (PAN), de posiciones muy conservadoras, al que arrinconó la estrategia dominante en la campaña de todos los partidos: la mercadotecnia electoral, derivada por entero de su correspondiente estadounidense, que no toma en cuenta doctrinas o ideologías, y se guía únicamente por eslóganes, composiciones visuales y convocatoria de los reflejos condicionados. Así, la campaña de Fox consistió básicamente en una palabra que resume una actitud: “¡YA!”. (“El ¡YA! es un Mantra que disuelve el Karma negativo de México”,

afirma el publicista de Fox). No hace falta más, y el pragmatismo de los ofrecimientos de foxistas congela o deja pendientes los programas del PAN. Fox es un dogmático que usa métodos pragmáticos, el PAN es un partido que se aísla en su tradición.

La fiesta provisional

El alborozo que sigue a la derrota del PRI tiene causas diversas que se unifican en una sola: la urgencia del cambio y la necesidad de la alternancia. Tiene sentido el lugar común que se desprende del fetichismo cronológico; no es posible entrar al siglo XXI con el PRI todavía en el poder; equivaldría a concebir al país detenido en el triunfo, algo similar al mito del eterno recuento de votos. El optimismo no desconoce los hechos: el PRI aún cuenta con veinte gobernadores y un buen número de diputados y senadores, y está en posibilidad de ganar elecciones regionales, pero al perder la Presidencia de la República se ha quedado sin su recurso central, aquel del que todos los demás se desprenden.

La alternancia es un fenómeno muy positivo, pone en circulación ideas e intereses, les facilita a sectores y personas antes hechos a un lado la participación en la política y la administración pública, obliga a la revisión de lo obtenido y lo cancelado a lo largo del

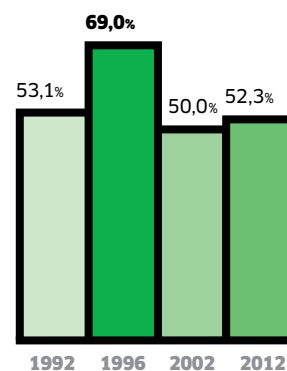
bertad religiosa”, en sus términos, es el sinónimo del regreso de la voluntad teocrática.

El conservadurismo se alía al neoliberalismo. El equipo de transición en materia laboral declara como prerrequisito del cambio la abolición de cualquier propósito de “lucha de clases” y el reconocimiento de los empresarios como la única fuerza productiva en el país. (No exagero: jamás en sus declaraciones mencionan la existencia de los obreros). El plan de privatizaciones, según afirman, continuará la línea de los gobiernos de Salinas y Zedillo. Para empezar, se privatizarán la energía eléctrica y parte del sector de los energéticos. Y lo que ya ahora provoca más resistencia es el anuncio del IVA para alimentos y medicinas. Carlos Flores, encargado del área social del equipo de Fox, declara: “El tema de las medicinas (del IVA) hizo tanto ruido, pero la verdad, aquí entre nos, los que gastamos en medicinas somos nosotros (las personas con posibilidades adquisitivas), la gente pobre casi no gasta en medicinas”(2).

Criterios como el anterior se multiplican. Víctor Lichtinzer, asesor de Fox en materia de medio ambiente, explica el proyecto para convertir a los campesinos pobres en porteros de la ecología: “En lugar de darles dinero por ser pobres, creemos que es mejor que se les otorguen aportaciones para conservar

Evolución de la pobreza

(en porcentaje de la población)



El contexto más visible del éxito de Fox es el descrédito de los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo.

monopolio priísta. Hay consenso en los sectores liberales: se han obtenido educación, salud, desarrollo social, la multiplicación de pobreza y miseria, la vana gloria de la impunidad. La derecha no opina lo mismo y condena en bloque casi todo lo ocurrido en México desde la Reforma liberal del siglo XIX. Según reitera Vicente Fox, el siglo XX fue sólo tiempo perdido para el país. Pero en las primeras semanas no hay discrepancias: se requería el cambio, la palabra más utilizada en este año.

Lo afirmado por el PRI y el PRD a propósito del conservadurismo del grupo ganador es más que comprobable. En el equipo de Fox unos cuantos provienen de la izquierda o del priísmo, pero muchos pertenecen al Opus Dei, los Legionarios de Cristo, las asociaciones de padres de familia que exigen cancelar las libertades artísticas (entre otras). Si Fox se comprometió a respetar la estructura laica del Estado mexicano, sus asesores en materia educativa proponen que esto sea así con una condición: redefinir el laicismo para que incluya clases de religión “de acuerdo a la voluntad de los padres de familia”. Uno de los participantes del equipo de transición en materia religiosa, Raúl González Schmall, afirma: “Desde la Nueva España no se veían tantas posibilidades para la libertad religiosa como ahora”. Ya se sabe: “li-

recursos clave. De otra manera, será difícil romper el perverso círculo de pobreza y destrucción en el medio rural” (3). Se insiste: los pobres lo son porque quieren, les falta el impulso de la voluntad y la autoayuda.

Las batallas culturales, que previsiblemente se enconarán, suceden en medio de la indiferencia generalizada ante el fin de la República conocida priísta desde luego, pero no sólo priísta. Si ya se defienden los valores del laicismo, el mundo de solemnidades y representaciones del priísmo se desbarata sin deudos a la vista. A fin de cuentas, en tanto impresión colectiva, se trataba de una República de cartón piedra, regida por la impunidad (otro de los términos más en boga en estos meses), la injusticia social y la corrupción. La República del priísmo no ha sido sólo eso, y ya se evaluarán sus méritos, pero por ahora no suscita emociones su partida. ■

Historia del PRI

Nació el 4 de marzo de 1929 por iniciativa del presidente Plutarco Elías Calles con el nombre de Partido Nacional Revolucionario (PNR), se transformó en marzo-abril de 1938 en Partido de la Revolución Mexicana y adoptó su título actual, Partido Revolucionario Institucional, a partir del 18 de enero de 1946.

1. El movimiento armado ultramontano de 1926-1929, en la región del Bajío, que se opone al Estado revolucionario al grito de “¡Viva Cristo Rey!”.

2. *El Universal*, México, 9-11-00.

3. *El Universal*, México, 8-11-00.

*Escritor y periodista (1938-2010).



2

México hacia adentro

LA TORMENTA INTERIOR

Confundido con el Estado, el Partido de la Revolución Institucional (PRI) gobierna al país, casi sin interrupciones, desde hace más de siete décadas. Esta frágil democracia, combinada con años de crecimiento económico y enormes recursos petroleros, permitió la emergencia de un sistema viciado de corrupción, que favoreció la consolidación del narcotráfico. La guerra contra las drogas y la injerencia estadounidense no harían más que agravar un estado de violencia creciente.



Una democracia de baja intensidad

Los eternos brujos

por Darío Pignotti*

Tras un escrutinio sospechado de fraude, el 1º de diciembre de 2012 el PRI retornaba al poder de la mano de Enrique Peña Nieto. El escenario nacional presentaba un aparato estatal militarizado y crispado por la fallida “guerra contra las drogas” emprendida durante el sexenio de Felipe Calderón, una clase política desprestigiada y una juventud descontenta y movilizada.

Bajo la cúpula imponente del Monumento a la Revolución, en Ciudad de México, cerca de 50 ciber-rebeldes del grupo “Yo Soy 132” montaron su campamento en torno a una redacción de campaña donde unas cuantas laptops disparaban mensajes incitando a la desobediencia cívica y a desconocer el “gobierno fraudulento de Enrique Peña Nieto”, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que el 1º de diciembre de 2012 asumía la Presidencia de la República.

Sol Gutiérrez fue escogida por sus compañeros para responder las preguntas de *el Dipló*. Pero antes de que se le formule la primera, se anticipa y se presenta: “Yo Soy 132” es un colectivo nacido de la rabia; si España y Nueva York tienen sus indignados, los indignados de México somos nosotros. Estamos hasta la madre de esta falsa democracia que nos vende Televisa”, el mayor multimedios local (1).

“Si me pides una definición de ‘Yo Soy 132’ no la tengo enterita, dentro de él cabemos socialistas, marxistas, reformistas, habemos estudiantes de la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México] con compañeros de las privadas, que antes ni se acercaban a una manta [pasacalles]. Somos lo nuevo que viene a romper el sistema, el ya basta a la política de los eternos brujos. Decimos ‘Ya basta de Salinas de Gortari, y los narcopolíticos del PRI y del PAN [Partido Acción Nacional]’”, proclama Carlos Britto, uno de los referentes del movimiento.

“Aprendimos de las luchas del 68, de los zapatistas del 94; hoy los jóvenes ya no se desencantan con

la política. De un lado estamos nosotros, del lado de enfrente, el PRI, el PAN, Televisa y el narco; la antipolítica son ellos.” “Antes Televisa era un brazo auxiliar del PRI; cuando Salinas de Gortari le pedía que se tapara el fraude con que ganó, ellos cumplían. Ahorita con Peña Nieto se invirtió la situación, el PRI se conduce como un lugarteniente de Televisa.”

Pero ni las acciones comando de “Yo Soy 132”, como el cerco a los estudios de las cadenas televisivas o el bloqueo de las cabinas del cobro de peaje, ni las protestas encabezadas por el líder centroizquierdista Andrés Manuel López Obrador, quien aseguraba haber sido víctima de otro fraude en los comicios de ese año (el anterior fue en 2006) fueron suficientes para impedir que Peña Nieto fuera declarado mandatario electo por la Justicia Electoral.

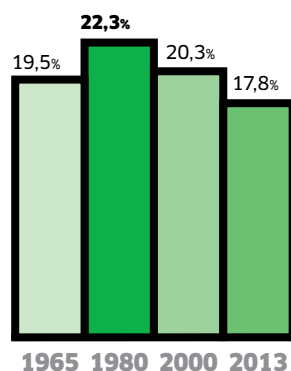
Es cierto que algunas de las denuncias presentadas por López Obrador eran de difícil constatación, como las presuntas componendas millonarias entre el PRI, Televisa y las encuestadoras, pero no es menos verdadero que México es el único de los grandes países de la región donde las anomalías electorales son la regla y no la excepción. Tres de los últimos cinco presidentes (Salinas en 1988, Felipe Calderón en 2006 y Peña Nieto en 2012) llegaron a la residencia gubernamental de Los Pinos sospechados de fraude, dato que remite a una institucionalidad fallida resultante de una democracia ahuecada por gobernantes populistas de derecha (PRI) o conservadores de libro (PAN), casi todos ellos venales.

Tal vez sea debido a este déficit democrático, agravado por la militarización del aparato estatal y una clase →



Protestas. El gobierno de Peña Nieto está marcado por el descontento: primero las denuncias de fraude y en 2013 una sucesión de manifestaciones contra la reforma educativa y la energética.

Participación de la industria en el PIB (en porcentaje)



→ política viciada en corrupción y “narcosobornos”, que México marcha a contramano de América Latina, o cuanto menos al margen de ese aluvión transformador encarnado en los líderes que, con distintas dosis de participación popular, progresismo y nacionalismo, gobiernan en Brasil, Argentina y Venezuela.

Transición regresiva

El año 2006, marcado por la polarización entre Calderón, del PAN, y López Obrador, entonces del Partido de la Revolución Democrática (PRD), también es recordado como un año signado por las matanzas exhibicionistas orquestadas por los cada vez más adinerados y mejor armados traficantes mexicanos en lo que pareció ser un mensaje para que los candidatos supieran lo que les esperaba si eran electos para el sexenio 2006-2012. A su modo, los narcos comenzaban a hacer política.

En una entrevista realizada en ese entonces con Sergio Rodríguez Lazcano, integrante del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), éste renegó del “reformista” López Obrador, denunció el “robo electoral de Calderón” y presagió que “tarde o temprano la población se rebelará contra el PAN”. También manifestó su preocupación ante el infierno de sangre y recomendó analizar con cuidado las causas de la violencia, “que las balaceras, por mayores que sean, no te nublen la comprensión” del entramado político subyacente. Los hechos demostrarían que el vocero zapatista estaba en lo cierto.

La brutalidad de las gavillas habría de convertirse en asunto dominante durante los primeros meses del gobierno de Calderón, quien militarizó

la represión de la delincuencia y se proclamó, implícitamente, salvador de la patria. Las imágenes de fosas comunes diseminadas en el desierto o cadáveres irreconocibles por efecto del ácido contaminaron el relato de los noticieros causando espanto en los telespectadores e induciéndolos a demandar que las autoridades garantizaran la seguridad a cualquier precio. Y eso fue lo que ocurrió. De buenas a primeras, Calderón declaró la “guerra al crimen organizado”, erigió a los militares en actores políticos –derribando un patrimonio que hizo de México una isla de poder civil en los años 1970– y licuó las garantías democráticas conquistadas a cuentagotas durante la transición inconclusa del PRI al PAN. Como corolario, firmó la Iniciativa Mérida con Estados Unidos, algo bastante parecido a la cesión unilateral de la soberanía política, toda vez que libró carta blanca a Washington para interferir en asuntos internos mexicanos bajo la excusa de librar una lucha sin fronteras contra los transgresores de la ley.

En un notable ensayo sobre la “economía política de la guerra”, el investigador Edur Velazco Arregui retomó la tesis formulada por el vocero zapatista en 2006 sobre el carácter político de la militarización. La contienda deja un “balance trágico [...]” unas 100.000 personas habrán perdido sus vidas a lo largo del sexenio en ejecuciones, enfrentamientos y desapariciones y otras 2 millones habrán abandonado sus lugares de residencia intimidadas por grupos armados irregulares o regulares” (2).

Y pese al tamaño de la tragedia derivada del conflicto, los señores de la droga, lejos de haber desaparecido, cuentan actualmente con más poder económico e influencia política que antes de Calderón, y su presencia territorial, antes acotada a la frontera norte, se ha diseminado por varios estados hasta golpear las puertas de Ciudad de México.

Paralelamente, la guerra no convencional fue delineando una geografía política caracterizada por la existencia de zonas donde impera un poder paralelo. Así, en estados como Chihuahua, Tamaulipas, Michoacán, Veracruz y Sinaloa existen vastas zonas sometidas a la tiranía de los carteles de Sinaloa, Los Zetas, El Golfo, La Familia y otros. Son territorios donde las autoridades estatales desertaron de sus responsabilidades o directamente están a las órdenes de la mafia.

A esta degradación democrática se suma el acotamiento de las garantías previstas en el Estado de Derecho a través de modificaciones al sistema jurídico para adecuarlo a un régimen de excepción. Ése es el caso de la reforma del artículo 21 de la Constitución, impulsada por Calderón, que dotó a las Fuerzas Armadas de atribuciones especiales con el declarado objetivo de tornar más eficaz el enfrentamiento a la delincuencia, lo cual en la práctica dio carta blanca a los generales para que ordenen (o permitan) secuestrar, violar y asesinar e impongan, en áreas delimitadas, el terror estatal en pos de la seguridad y la estabilidad.

Aunque la institucionalidad republicana permanece intacta y el calendario electoral respetado, comienza a observarse un sistema equiparable a una democracia de baja intensidad, acechada por la militarización.

Al respecto, Velazco Arregui escribió: “El conflicto interno de México es una Guerra Deforme [por varios motivos como] la visión anacrónica que recrean los medios para ocultar la dimensión real del conflicto [...] y la utilización de la violencia institucional y la irregular para llevar adelante un modelo de acumulación” que agrava la concentración de la riqueza en el plano interno. Ya en el plano externo la aventura belicista cristaliza la subordinación sin cortapisas a los mandamientos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN): garantizar un mercado totalmente desregulado para lo cual se hace imprescindible apartar a las Fuerzas Armadas de sus atribuciones esenciales en materia de defensa nacional y abocarlas a la seguridad interna, asumiendo el comando de las policías provinciales cada vez más atareadas con la represión de la delincuencia común –que en parte se origina en el desempleo y la pobreza– y de las protestas sociales.

La rebelión pendiente

A poco de asumir Peña Nieto, se constataba que fue equivocado el pronóstico zapatista que imaginaba una ola de protestas contra Calderón debido a su origen fraudulento y a sus políticas antipopulares. “¿Por qué no se desató esa ebullición política?” le preguntó *el Dipló* a Carmen Lira Saade, directora del diario *La Jornada*. Para explicarlo conviene entender al tráfico como un “fenómeno complejo, con raíces sociales”, apunta Lira Saade, quien señala que en 2008, cuando la crisis estadounidense golpeó a México, el PIB cayó y la desocupación subió, en lugar de manifestaciones masivas, “vimos una población poco movilizadora y una parte de la juventud buscando una salida económica con los narcos”.

La imagen de Emiliano Zapata se multiplica en distintos cuadros expuestos en el escritorio de Lira Saade. En este país, la Revolución Mexicana, para muchos una obra inconclusa, siempre retorna en forma de discurso, de utopía o de fundamento para un proyecto programático. Está en el discurso de los universitarios rebeldes contra el despotismo de Televisa, en las consignas de los sindicatos reprimidos por el gobierno en Oaxaca, al sur, y de los campesinos violentados por el ejército, al norte.

Para la directora de *La Jornada*, el retorno del PRI al poder no permite abrigar ni siquiera esperanzas de reformas serias al modelo en curso; sólo habrá algún cambio cosmético para garantizar la sobrevivencia de un engranaje gatopardista. Cuando llegó al poder Vicente Fox, poniendo fin a siete décadas de priísmo, muchos imaginaron el réquiem del régimen de partido único, pero, al revisar las dos gestiones

panistas (Fox y Calderón), se comprueba que fueron esencialmente “la continuidad” de las líneas maestras heredadas de Salinas de Gortari.

En lugar de un bipartidismo que se alterna en el poder con proyectos diferentes, el PAN y el PRI constituyen, en último análisis, dos caras “del mismo régimen”. Que se enfrenten electoralmente, no impide que panistas y priístas respeten su compromiso umbilical con el orden conservador, viciado de corrupción, más o menos populista y estructuralmente violento que rige más allá de los matices. Por ese motivo estructural, en el interregno de cinco meses entre las elecciones y la toma de posesión del 1º de diciembre de 2012, panistas y priístas establecieron una alianza con el fin de obstruir la investigación sobre las anomalías que contribuyeron al triunfo de Peña Nieto y aprobar la Ley Federal del Trabajo, un instrumento jurídico imprescindible para precarizar los contratos y abaratar la mano de obra mexicana a niveles chinos, lo cual ofrecerá más “seguridad jurídica” a las maquilas estadounidenses radicadas particularmente en la frontera norte, justamente donde se afincan los principales carteles de la droga.

Esa confluencia programática entre el PRI y el PAN, ¿se repite cuando el tema es la guerra al crimen? Según las declaraciones de Peña Nieto, su gobierno someterá a revisión la estrategia militarista en razón del inaudito número de bajas y los ya referidos abusos contra la sociedad civil, todo lo cual ha motivado denuncias ante la ONU y redundó en un paulatino desengaño de la opinión pública ante el empleo de las fuerzas de defensa en el combate a los infractores de la ley.

Según algunas encuestas cualitativas, parte del electorado que emigró del PAN al PRI lo hizo con la esperanza de que haya un freno a la barbarie y está dispuesto a consentir algún pacto entre el gobierno y las bandas para alcanzar un cese –o una mitigación– de las hostilidades.

Predecir lo que vendrá en México puede resultar aventurado, principalmente porque el presidente entrante es, en rigor, un personaje tutelado por factores de poder “oscuros”, como señala Eduardo Cervantes, uno de los hombres de confianza de López Obrador. “Peña Nieto es igualito al Collor de Mello brasileño: un invento de la televisión para impedir el ascenso de la izquierda al gobierno. Será una marioneta de los que montaron el fraude para que gane, un rehén de las mafias. No tendrá ningún margen de independencia respecto de los dueños del dinero, su función será garantizar el salvaje proceso mexicano de acumulación del capital”. ■

1. Este testimonio, al igual que los siguientes, fueron obtenidos por entrevistas con el autor.

2. Edur Velazco Arregui, “México en el laberinto de la Guerra Deforme”, *Alegatos*, Universidad Autónoma Metropolitana, México DF, mayo de 2012.

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Persecución a la prensa

Según la Comisión Nacional de los Derechos Humanos de México, de 2000 a 2013 murieron 85 periodistas y cientos fueron amenazados de muerte o agredidos. Se acusa por estas muertes al crimen organizado y no a los funcionarios públicos. Empero, poco han hecho los gobiernos estatales y el federal para esclarecer estos crímenes.



© Phuriphat / Shutterstock

Telecomunicaciones. La ley reguladora fue aprobada en 2013.

Un panorama político confuso

La izquierda que no fue

por Jean-François Boyer*

Al asumir el Ejecutivo, Enrique Peña Nieto firmó el “Pacto por México” con los principales partidos políticos del país con el fin de fortalecer al Estado. Este hecho motivó la fractura de la izquierda (PRD), que al poco tiempo debió reconocer haber sido funcional a la estrategia del Presidente de aprobar las polémicas reformas estructurales (energética, educativa, fiscal...).

La gran prensa está a sus pies. Desde *Le Figaro* hasta *The Wall Street Journal*, pasando por *The New York Times* encomian al actual presidente de México. Para Enrique Peña Nieto, “joven”, “seductor”, “moderno”, el año 2013 terminó apoteósicamente: a fines de diciembre aprobó una reforma constitucional que libera los sectores de energía (electricidad, hidrocarburos y productos derivados) a la inversión privada, nacional y extranjera. Más aun: para lograrlo, consiguió dividir a la izquierda.

Volvamos un poco atrás. En el transcurso de los días que siguieron a la elección, en julio de 2012, tras la pronta derrota de Andrés Manuel López Obrador, candidato de una amplia coalición progresista, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) –principal partido de izquierda– y sus aliados manifestaron su enojo y estallaron las acusaciones de fraude y de compra de votos. Jesús Zambrano, presidente del PRD, exigió la anulación de la elección. La guerra parecía declarada entre el nuevo presidente y sus adversarios políticos.

Cinco meses más tarde, al día siguiente de la asunción de funciones de Peña Nieto, gran sorpresa: el propio Zambrano se mostraba al lado del Presidente, de los dirigentes del partido en el poder, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y de representantes del Partido Acción Nacional (PAN, derecha católica) para anunciar la firma del Pacto por México, una suerte de acuerdo de participación que se supone permite la adopción consensuada de las “reformas estructurales” que el país necesita.

La decisión de firmar el Pacto no fue tomada por el PRD en su conjunto. Se trató de una iniciativa personal del presidente del partido y de la tendencia socialdemócrata que lo controla. López Obrador, dirigente de un movimiento antiliberal y nacionalista llamado Morena (Movimiento de Regeneración Nacional), y las otras tendencias minoritarias del PRD se opusieron. Sintiendo venir la “traición”, al día siguiente de la elección presidencial, López Obrador renunció al PRD y anunció su intención de transformar el movimiento en partido político.

Zambrano, preocupado por el rechazo del electorado de izquierda, respondió entonces que el Pacto no preveía la reforma constitucional en materia energética, ni la privatización de Pemex –la sociedad que explota los hidrocarburos y sus derivados desde la nacionalización del petróleo en 1938–, ni la instauración de un impuesto sobre el valor agregado (IVA) sobre los medicamentos y los alimentos, medida fiscal muy impopular. En efecto, el texto no dice nada preciso sobre es-



tos temas. Pero nadie dudó de que se trataba de objetivos prioritarios para el nuevo presidente y para la derecha.

Todos comprendieron también que en adelante el PRD renunciaría a combatir al gobierno de manera conjunta, y que el apoyo del partido facilitaría la adopción rápida de las primeras reformas, criticadas algunas por la izquierda radical. Permitiría al Presidente mantener la promesa hecha a los inversores privados durante su campaña: adoptar una reforma energética antes del fin del año 2013. Martí Batres, presidente ejecutivo de Morena, nos resume la maniobra: “Si Peña Nieto hubiera tomado la decisión de hacer aprobar sus primeras reformas con el apoyo de la derecha únicamente, de manera indirecta habría reforzado a la izquierda, que hubiera podido aprovechar el descontento popular

Sintiendo venir la “traición” tras las presidenciales, López Obrador renunció al PRD.

y manifestarse masivamente en la calle. Por eso era necesario cooptar una parte con el fin de dividirla y de hacer creer a los electores de izquierda que la acción del gobierno iba en el sentido correcto”.

Habilidades tácticas

La presencia de Zambrano y de sus amigos de la conducción del PRD permitió entonces al presidente Peña Nieto mostrar su habilidad táctica. En el transcurso de 2013, negoció con ellos propuestas de leyes y de reformas que la izquierda moderada puede defender sin avergonzarse y que no satisfacen ni a la derecha ni a la izquierda radical. Fueron adoptadas –con el apoyo de los diputados y senadores fieles a Zambrano y de una cantidad fluctuante de parlamentarios del PAN– una reforma del sistema educativo, una ley antimonopolios y una reforma fiscal. El Presidente se presenta así como el campeón de la unidad nacional, que distribuye los golpes tanto a izquierda como a derecha cuando el interés supremo del país está en juego.

La reforma de la educación provocó la ira de muchos maestros y profesores, sometidos desde ahora a un sistema de evaluación que perjudica a los maestros de las provincias más

subdesarrolladas del país. La ley antimonopolios, que promueve la competencia en sectores clave, produjo malestar a Carlos Slim, el hombre más rico del mundo, que reina sin competencia sobre las telecomunicaciones mexicanas. Preocupa también a Televisa y a Televisión Azteca (enemigas juradas de la izquierda) que, desde hace veinte años, comparten el mercado de los medios electrónicos. La reforma fiscal ratifica la exención del IVA para los alimentos y medicamentos y reduce “nichos” que permiten a las grandes empresas evadir impuestos. Zambrano exclamaba, exultante, en octubre de 2013: “El proyecto de reforma fiscal retoma las ideas de la izquierda, esencialmente las del PRD. Son propuestas que hemos introducido en el Pacto por México” (1). Luego de la reforma energética, esta luna de miel entre una parte de la izquierda parlamentaria y el poder desorienta a los electores. En noviembre de 2013, nuevas peripecias. El PRD, que acababa de reafirmar durante un congreso extraordinario su voluntad de permanecer en el Pacto por México, anunció menos de una semana más tarde, a pocos días del debate sobre la reforma energética, que se retiraba. Reveló que la privatización de la explotación de los hidrocarburos estaba en marcha, sin la menor concesión del gobierno, y que sería adoptada al término de un procedimiento expeditivo inhabitual. Permanecer en el Pacto en estas condiciones sería suicida. Zambrano llamó por fin a manifestarse masivamente. Morena también.

Demasiado tarde: la calle respondió tímidamente. La explicación de semejante apatía hay que encontrarla en la crisis debida al enlentecimiento reciente de la economía estadounidense y a una inflación creciente que vuelve seductora la promesa de garantizar, a través de la privatización, mejores tarifas de la nafta, del gas y de la electricidad. Golpeada por los mensajes individualistas y consumistas de la televisión nacional y de la televisión por cable estadounidense, una parte importante de la población es sensible al argumento. El gobierno lo comprendió, y lanzó sobre este tema una formidable campaña publicitaria en todos los grandes medios.

Morena se abre camino

Pero hay algo más grave, nos explica Sergio Aguayo, profesor en la Universidad Colegio de México: “A diferencia del PT brasileño, institución unida y sólida que supo sacar provecho de los resultados de su gestión en las ciudades que controlaba, los partidos de izquierda mexicanos, desunidos, burocrá-

ticos, clientelistas y a menudo corruptos, no supieron ganar legitimidad. Tampoco supieron explotar para su ventaja el carisma de dirigentes como López Obrador y Cárdenas”.

A principios de enero de 2014, el divorcio entre Morena y los sectores “colaboracionistas” que dominan al PDR estaba consumado. Todo indica que Morena se las arreglará en adelante por sí solo. Presentó en la fiscalía una demanda de juicio penal contra Peña Nieto por “traición a la patria”. Un equipo jurídico especializado estudiará otras iniciativas susceptibles de debilitar al gobierno: destitución del Presidente por el Congreso y multiplicación de los *habeas corpus* ciudadanos para detener el establecimiento de nuevas medidas.

Pero, más allá de esta guerrilla legal, el movimiento elaboró una estrategia a largo plazo. Un miembro de su secretariado, que prefiere permanecer anónimo, afirmó lo siguiente: “Para anular las reformas hay una sola solución: la toma del poder en el Parlamento y en el Gobierno. Para nosotros está claro”. Lo útil de esta hipotética conquista sería un nuevo partido apoyado por un amplio movimiento social y por la calle. Esperando que el poder no recurra de nuevo al fraude, como en 2006...

Durante todo el año 2013, Morena luchó para obtener el estatuto de partido político. No sin esfuerzo. Las condiciones impuestas por el Instituto Federal Electoral para obtenerlo fueron severas. Las llenó a fines de enero de 2014, más ampliamente que lo previsto.

A corto plazo, la reconquista parece improbable. En las elecciones legislativas de 2015, Morena no podrá presentar candidatos comunes con el PRD: la ley excluye esta posibilidad para todo nuevo partido que tome parte en elecciones por primera vez. La izquierda dividida podría perder firmas. Y el PRD, su estatus de primera fuerza parlamentaria de oposición, pues muchos de sus cuadros y electores parecen dispuestos a unirse a López Obrador.

La derrota tendrá al menos el mérito de aclarar la situación, de recomponer un panorama político mexicano confuso y poco coherente. Se necesitaba la división de la izquierda, anunciada desde hace tiempo, para que una verdadera fuerza alternativa, un polo de resistencia al neoliberalismo, pueda emerger en el país de América Latina que más ha sufrido. ■

1. Véase “Propuesta de Reforma Hacendaria Federal retoma banderas del PRD. Zambrano”, 9-9-13, <http://tuvozenelpactomexico.prd.org.mx>

* Periodista.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola



El crimen organizado avanza sobre el Estado

México en guerra

por Jean-François Boyer*

Las decapitaciones, los cadáveres en fosas clandestinas o la desaparición de personas, como los 43 normalistas de Ayotzinapa, se han vuelto trágicamente cotidianos. Si bien es cierto que la guerra contra los narcos abonó este estado de violencia generalizada, las causas deben buscarse en un complejo entramado que involucra la complicidad del poder político, las disputas entre los carteles y un gran reservorio de mano de obra desempleada.

Los policías que ingresaron en la madrugada del 7 de noviembre de 2011 a la cárcel de Acapulco, la gran ciudad balnearia del Pacífico, no podían creer lo que veían: una veintena de prostitutas dormían en las celdas junto a los detenidos. La requisita que se realizó luego reservaba otras sorpresas: secuestraron un centenar de kilos de marihuana, televisores, lectores de CD, gallos de riña e incluso dos pavos reales, animales de compañía favoritos (junto con el jaguar) de famosos narcotraficantes. La anécdota resulta reveladora. Lenta pero ostensiblemente corroído por el crimen organizado, México ya no controla sus cárceles, ni vastos sectores de su territorio. Los narcos ya no se conforman con abastecer el mercado estadounidense de cocaína (1), anfetaminas y marihuana, corromper para proteger su negocio y masacrarse entre sí. Tras seis años de una “guerra” contra el tráfico de drogas lanzada por el entonces presidente Felipe Calderón –con el fin de recuperar su prestigio mancillado por las acusaciones de fraude en las elecciones de 2006–, y que movilizó a más de cuatrocientos mil policías y cincuenta mil soldados, amenazan hoy al Estado y sus instituciones de norte a sur de la República. Las principales víctimas de los mafiosos son las policías –municipales, regionales o federales–, porque los persiguen o colaboran con sus competidores.

Los carteles ya no dudan en enfrentarse a los convoyes del ejército o la armada en las regiones donde gobiernan de hecho. Es el caso de “La Familia” en la región de Tierra Caliente, en el estado de Michoacán, o Los Zetas en el noreste del estado de Tamaulipas. Estas dos organizaciones paramilitares actúan la mayoría de las veces en represalia, tras la ejecución o encarcelamiento de alguno de sus jefes. La violencia de los enfrentamientos demuestra que el crimen organizado dispone actualmente de un armamento pesado –capaz de hacer frente a blindados y ametralladoras– y de sistemas de comunicación ultramodernos que le permiten conocer los movimientos del adversario. ¿Cómo los obtiene? De la manera más legal del mundo, en las armerías del vecino del norte, o más discretamente, a través de los vendedores de armas estadounidenses.

La “guerra por las plazas”

La entonces Procuradora General de la República (PGR), Marisela Morales, hizo en 2012 un balance de las pérdidas registradas por las fuerzas del orden de diciembre de 2006 a junio de 2011: 2.888 soldados, personal naval, policías y agentes de los servicios de inteligencia. El 45% de ellos eran policías municipales, una cifra que sugiere que las comunas, células básicas de la organización política del país, soportan el mayor peso de la guerra.

Porque las mafias pretenden además imponer su ley a los poderes locales; por la sangre, si es necesario. Para ello, influyen cada día un poco más en el juego democrático y los procesos electorales. Treinta y dos alcaldes han sido asesinados desde 2006 [datos de 2012], la mayoría por el crimen organizado. El asesinato del “presidente municipal” (equivalente del alcalde) de la ciudad de La Piedad, en Michoacán, en noviembre de 2011, pareció un desafío lanzado al poder central: el hombre era uno de los principales apoyos de la candidatura de la hermana del presidente Calderón, Luisa María Calderón, al cargo de gobernadora del estado. En las regiones que considera estratégicas, la mafia influye también en las elecciones de los gobernadores.

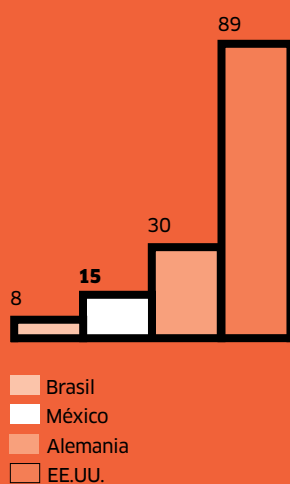
Ninguna institución escapa a esta voluntad hegemónica. Ni siquiera la Iglesia. En julio de 2007, Ricardo Junious, un sacerdote estadounidense de 70 años, pagó con su vida la campaña que impulsaba en los barrios populares de la capital contra la prostitución infantil y la venta de drogas a menores. El arzobispo de Durango, quien había declarado que “todo el mundo, salvo las autoridades” sabía dónde se escondía el jefe del cartel de Sinaloa, debió retractar sus dichos, precisando a la prensa que en adelante sería “sordo y mudo” (2). Entre el temor y la resignación, el país está cansado de contar a sus muertos: 55.671 desde 2006, según →



Nuevos camellos. En enero de 2015, un dron cargado con droga sintética que iba a cruzar la frontera de Tijuana cayó antes de llegar a destino en el centro comercial de la ciudad.

Posesión civil de armas de fuego

(armas cada 100 personas, 2007)



Inicios del narcotráfico

A fines del siglo XIX, en el noroeste mexicano se instalaron los trabajadores chinos que llegaban para el tendido de las vías férreas, quienes comenzaron a plantar opio en las sierras de Sinaloa. Hacia 1918, sobrevino el primer apoderamiento de la industria a manos de los rancheros sinaloenses en contra de los chinos, a quienes expulsaron y exterminaron.

→ el diario *La Jornada*; 65.000, según el semanario *Zeta*; aproximadamente 47.500, según la PGR. La credibilidad del gobierno se desmorona. Cuando, en noviembre de 2011, falleció el ministro del Interior Francisco Blake Mora, víctima según las autoridades de un accidente de helicóptero, la mayoría de los analistas y comentaristas mencionaron inmediatamente la hipótesis de un atentado. La preocupación crece cuando la población se entera de que las agencias antidrogas estadounidenses –en particular, la Drug Enforcement Agency (DEA)– actúan en el territorio nacional con el aval del gobierno mexicano, y cuando influyentes personalidades como Jorge Castañeda o Héctor Aguilar Camín mencionan la necesidad de una intervención directa de Estados Unidos en el conflicto, a través de un “Plan Colombia” versión mexicana (3). La guerra contra el narcotráfico reduce de manera evidente el margen de maniobra de México frente al gran vecino del norte. Desde el inicio de la campaña para las elecciones presidenciales de 2012, la mayoría de los medios de comunicación y los comentaristas autorizados imputaron la responsabilidad de este drama nacional al entonces presidente Calderón. Los más indulgentes (¿o los más condescendientes?) afirmaban que se lanzó en esta guerra de manera irreflexiva, sin haber medido el alcance del problema. Otros, basándose en testimonios de ex funcionarios cómplices del tráfico de drogas en la época en que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) dominaba el país (1928-2000), sugerían que la “cruzada” de Calderón consolidó el dominio del cartel de Sinaloa –del que sería cómplice– sobre sus rivales, en particular, el cartel del Golfo, Los Zetas y el cartel de Juárez (4). Finalmente, la

izquierda en su conjunto afirmaba que la militarización del país constituye una amenaza para los derechos humanos y la joven democracia mexicana. Se impone una breve mirada retrospectiva para comprender por qué la violencia criminal estalló repentinamente, en medio de la transición política que vio el fin del (muy largo) reinado del PRI con la victoria en 2000 de Vicente Fox, surgido al igual que Calderón del Partido Acción Nacional (PAN). Hasta entonces, las grandes organizaciones criminales ligadas al tráfico de drogas –como los carteles del Golfo, Guadalajara, Juárez y Tijuana– operaban a su antojo sin afectar demasiado la vida cotidiana del país. Gozando de la protección ofrecida por el Estado a su más alto nivel, los cargamentos de droga llegaban sin dificultades a la frontera estadounidense. Viejos Boeing y Caravelle despegaban de Colombia cargados con decenas de toneladas de cocaína y, aunque eran detectados por los radares instalados en América Central por la DEA, ingresaban en el espacio aéreo mexicano, y aterrizaban no lejos de la frontera. Balsas y lanchas rápidas descargaban discretamente los cargamentos en las costas de Yucatán, Veracruz, Sinaloa o Baja California. A fines de los años 1990, las investigaciones realizadas por la PGR, las principales agencias antidrogas estadounidenses y la jueza suiza Carla del Ponte revelaron el increíble alcance de la protección de la que gozaba el crimen organizado durante los sexenios de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. Los gobernadores de Chihuahua, Morelos, Tamaulipas, Quintana Roo, Veracruz y Sonora, todos miembros del PRI, fueron sospechados o imputados, al igual que varios directores de la policía judicial, generales miembros del Estado Mayor del Ejército, comandantes de regiones militares, así como ministros. Algunos narcos afirmaban que los secretarios privados de los dos anteúltimos presidentes –así como el hermano del presidente Salinas de Gortari, Raúl– formaban parte de estas redes. Un documento de la inteligencia militar mexicana que data de 1995 confirma estas acusaciones (5). A cambio de esta protección generosamente remunerada, el Estado imponía a los mafiosos no atacar a sus rivales y respetar sus territorios. El PRI, el partido-Estado, controlaba entonces suficientemente los engranajes de la administración y de la fuerza pública para imponer semejante acuerdo, y para hacerlo aplicar desde el gobierno central hasta las comunas, pasando por los gobiernos regionales. Pero todo cambió con la victoria de Fox. Tras la derrota del PRI, la mayoría de los altos funcionarios cómplices del crimen organizado fueron reemplazados. Al igual que las de 1997, las elecciones regionales y locales de 2000 llevaron al poder a gobernadores y alcaldes que ya no pertenecían al PRI. Por primera vez en veinte años, los narcos se encontraban frente a una multitud de interlocutores políticos que, por diversas razones, ya no se sentían obligados por los acuerdos anteriores. Esperando restablecer nuevos circuitos de corrupción en las al-

© Planetpix / Alamy / Latinstock



Los Zetas. Cartel integrado por ex policías, ex fuerzas especiales de ejércitos centroamericanos y pandilleros.

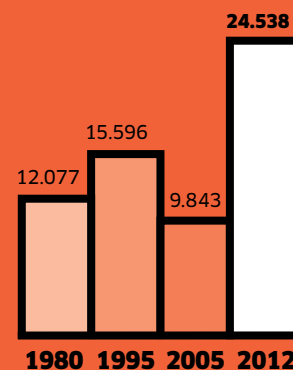
tas esferas del Estado, debían rediseñar rápidamente otras rutas de “tráfico hormiga”, para transportar la droga. Para controlar estas vías, no existía otro recurso, en el corto plazo, que corromper a los alcaldes y policías municipales que controlaban los puntos estratégicos de los nuevos itinerarios, de la frontera de Guatemala a la del norte. Las reglas de juego cam-

tener dificultades para instalarse en el comercio de la droga, se lanzaron a otras actividades (extorsión, secuestros, tráfico de inmigrantes y prostitución, juegos clandestinos, contrabando, falsificación...). Su objetivo era simple: extender su influencia al conjunto del país para maximizar su volumen de negocios. Para ello, no dudaron en atacar las plazas fuertes de los carteles tradicionales, aliándose a veces a mafias locales del mismo tipo que entrenaban y asesoraban, como la Familia Michoacana, en el oeste del país, en los márgenes de los feudos del cartel de Sinaloa. Tras la guerra por las “plazas”, comienza la batalla por los “territorios”.

Militarización de la sociedad

La generalización de la violencia no es pues directamente imputable a la decisión del presidente Calderón, tomada en 2006, de lanzar masivamente al ejército, la armada y la policía federal a la represión del crimen organizado. Es consecuencia de una reestructuración que se volvió inevitable por la alternancia política, y del surgimiento de una nueva forma de criminalidad. En cambio, la responsabilidad del actual presidente es evidente en otros puntos. Su gobierno optó por una estrategia errónea. A pesar de los golpes a los estados mayores de las mafias, la “guerra” no redujo el tráfico propiamente dicho: los veintidós jefes narcos detenidos o abatidos durante el sexenio de Calderón –de treinta y siete identificados por las autoridades– fueron inmediatamente reemplazados. En lo sustancial, nada cambió: en 2011, según el Departamento de Estado estadounidense, el 95% de la

Muertes por homicidio



En las regiones que considera estratégicas, la mafia influye también en las elecciones de los gobernadores.

biaron: los carteles se enfrentaron para adueñarse de nuevos bastiones. México descubrió lo que se denomina la “guerra por las plazas”.

La primera gran batalla de este nuevo conflicto se libró en Nuevo Laredo, en 2003, en la frontera entre Tamaulipas y Texas. Durante semanas, los pistoleros del cartel del Golfo se enfrentaron con los sicarios del cartel de Sinaloa; cada bando contaba con el apoyo de un sector de la fuerza pública. Según Edgardo Buscaglia, especialista en crimen organizado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en 2008, el 60% de las comunas del país fueron “capturadas o feudalizadas” por el narcotráfico (6).

La aparición de una nueva organización acabó de tornar la situación ingobernable. Tras la detención en 2003 del último jefe indiscutido del cartel del Golfo, Los Zetas, su brazo armado, se emanciparon de su tutela. Dirigidos por ex miembros de las fuerzas especiales del ejército, adoptaron “una estrategia más mafiosa que narcotraficante”, nos explica Luis Astorga, uno de los mejores especialistas en el tema. Al

cocaína consumida en Estados Unidos seguía pasando por México.

Por otra parte, el gobierno no combatió la corrupción. Ahora bien, allí reside el problema de fondo. Las confidencias de Ismael “El Mayo” Zambada al director del semanario *Proceso* lo confirman. A la pregunta “¿Por qué la guerra contra el narcotráfico está perdida?”, el más antiguo de los cabecillas de Sinaloa, sarcástico, respondía al periodista, el 3 de abril de 2010: “El narcotráfico está arraigado en la sociedad, al igual que la corrupción”. El gobierno se defiende de esta acusación de manera poco convincente, recordando que en 2010, 1.500 funcionarios y 500 empresarios fueron sancionados por casos de corrupción. La PGR precisa que el 28% de sus efectivos fueron despedidos en los dos últimos años. Pero nada se hizo para convencer a la opinión pública, la clase política y el mundo de los negocios de la voluntad gubernamental de atacar las raíces del mal. La lucha contra el lavado de dinero no dio mayores resultados, aunque se ha- ➔



© Noraluca013 / Shutterstock

Marihuana. En 2013 se inició el debate por su despenalización.



Iniciativa Mérida. El plan promovido por EE.UU. para luchar contra el narcotráfico ha justificado su injerencia política más prolongada en México y ha sido un verdadero fracaso.

Narcocorridos

“Una camioneta gris, con placas de California, la traían bien arreglada Pedro Márquez y su novia. Muchos dólares llevaban para cambiarlos por droga. [...] Su destino era Acapulco, así lo tenían planeado. Disfrutar luna de miel, y el regreso aprovecharlo con cien kilos de la fina, que en la gris habían clavado.” (*Una camioneta gris*, Los Tigres del Norte)

→ yan adoptado nuevas reglamentaciones fiscales y bancarias para combatirlo. El Banco de México publicó recientemente cifras preocupantes: durante el sexenio de Calderón, el sistema bancario nacional identificó más de 31.000 millones de dólares de origen ilícito, es decir, un 106% más que bajo la presidencia de Fox (2000-2006) (7). “El dinero sucio se invierte sobre todo en los estados del Norte, donde aparecen empresas prósperas en los sectores de la construcción, inmobiliario y hotelero. Sería fácil investigar sus ingresos”, nos explica el economista Rogelio Ramírez de la O. El jefe de la Unidad de Inteligencia Financiera de la Secretaría de Hacienda recuerda, por su parte, que la evaluación de las sumas blanqueadas cada año en México aún oscila entre 15.000 y 50.000 millones de dólares, es decir, entre el 3% y el 8% del PIB. Pero es en el terreno de los derechos humanos que el balance gubernamental es juzgado más severamente. Las fuerzas armadas y la policía federal implicadas en la represión resultan culpables de múltiples excesos. Varios civiles fueron asesinados por militares por no detenerse a tiempo en los cordones del ejército. Bravache, un oficial superior destinado a la dirección de la policía de Torreón, declaró a la prensa: “Si agarro a un zeta, lo mato. ¿Para qué interrogarlo? El ejército tiene su servicio de inteligencia, no necesita información adicional” (8). Una denuncia presentada por el abogado Netzai Sandoval y 28.000 ciudadanos mexicanos ante la Corte Penal Internacional (CPI) de La Haya pone en evidencia más de doscientos casos de torturas por parte de las fuerzas armadas. La mayoría de los prisioneros no

son presentados al Ministerio Público tras su detención, tal como lo exige la ley, y son interrogados en los cuarteles durante varios días.

El Ministerio de Defensa poco ha hecho para poner fin a la impunidad de la que gozan sus soldados. De 2006 a 2011, sólo veintinueve fueron condenados, mientras que la fiscalía militar instruyó 3.671 casos de violaciones graves a los derechos humanos. En resumen: el Estado da la impresión de no controlar más a su ejército ni a su policía. O lo que es peor, de querer militarizar la sociedad. Muchos mexicanos se sublevaron contra estas prácticas propias de una dictadura bananera de los años 70, que afectan además la imagen del ejército, una de las pocas instituciones hasta ahora respetadas por la mayoría de la población. A lo largo de 2011, el poeta Javier Sicilia, padre de un adolescente asesinado por los sicarios de Cuernavaca, logró reunir a un sector de la izquierda bajo el lema “¡No más sangre!”. Apoyado por la mayoría de las organizaciones no gubernamentales (ONG) nacionales, denunció el mal funcionamiento de los sistemas represivo y judicial. Esta campaña, aunque no haya sido masiva, despertó mayor preocupación en una opinión pública desconfiada, desencantada y cínica. Terminó desacreditando a la Presidencia de la República, única institución capaz de consolidar el frágil proceso de democratización de México. La ofensiva de Calderón se volvió pues contra el orden institucional que pretendía defender. El narcotráfico demostró estos últimos años que con o sin la complicidad activa del poder era capaz de poner en jaque al Estado y controlar una parte importante del territorio. Esta demostración tendrá sin duda consecuencias políticas. La sociedad parece haber adherido a la idea del regreso del PRI al poder: sólo éste sería capaz, dicen, de negociar con el narcotráfico y recuperar la paz... Con el triunfo de Enrique Peña Nieto en las presidenciales de 2012, los carteles obtuvieron su primera victoria sobre la democracia mexicana. ■

1. Según el Departamento de Estado estadounidense, en 2011, el 95% de la cocaína consumida en Estados Unidos pasaba por México. Según la misma fuente, entre 18 y 20 toneladas de heroína y 16.000 toneladas de marihuana (cifras de 2009) también transitan por el país. No existen cifras serias sobre las metanfetaminas.

2. Patrice Gouy, “Des catholiques mexicains se mobilisent contre la guerre de la drogue”, *La Croix*, París, 24-7-12.

3. Hernando Calvo Ospina, “En las fronteras del Plan Colombia”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2005.

4. Véase el testimonio del ex general Acosta Chaparro, condenado por colusión con el cartel de Juárez y luego liberado por la justicia militar, en Anabel Hernández, *Los Señores del Narco*, Grijalbo, México DF, 2011.

5. Véase *La Guerre perdue contre la drogue*, La Découverte, París, 2001.

6. “El narco ha feudalizado 60% de los municipios, alerta ONU”, *La Jornada*, México DF, 26-6-08.

7. Víctor Cardoso, “BdeM: en 2 sexenios panistas el crimen lavó más de 46,5 mil mdd”, *La Jornada*, 29-11-11.

8. “Si agarro a un zeta, lo mato. ¿Para qué interrogarlo?”, *La Jornada*, 13-3-11.

* Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde

Diversificación de los carteles

Los Caballeros del Acero

por Ladan Cher*

La guerra contra el narcotráfico destruyó algunos negocios de los carteles, obligándolos a reinventarse. En Lázaro Cárdenas, con la connivencia del poder local y de la policía, tomaron el control de las minas de acero y del principal puerto del Pacífico, desde donde exportan hacia China.

“**B**ienvenido a Lázaro Cárdenas, un puerto seguro.” Imposible no ver los carteles colocados en la entrada de esta pequeña ciudad situada en el sur de Michoacán, un estado de la costa oeste de México. Pero el mensaje expresa menos una descripción que una esperanza: la de ver a la región liberada de la amenaza de la inseguridad.

Rodeado de abundantes recursos de hierro, el puerto abre a las mercaderías locales diversas vías marítimas del Pacífico, particularmente hacia China. La ciudad cuenta con las más importantes instalaciones de la costa occidental mexicana, y diversos proyectos de expansión están en estudio. Desde comienzos de la década del 2000, el puerto cayó en manos de Los Caballeros Templarios, un cartel que hace estragos en el estado de Michoacán.

Narco-minería

El comercio del acero no es lo primero que viene a la mente cuando se piensa en las organizaciones criminales. Sin embargo, la “guerra contra las drogas” lanzada por el ex presidente Felipe Calderón (2006-2012) obligó a los carteles a diversificar sus actividades. Durante años, Los Caballeros Templarios habían utilizado el puerto de Lázaro Cárdenas como centro de importación de productos químicos chinos destinados a la producción de metanfetamina. La destrucción de una parte importante de los laboratorios donde fabricaban la sustancia los hizo sensibles a los encantos del mineral de hierro. Mera

adaptación de su *business model*, tal como lo resume Carlos Torres, periodista especializado en criminalidad: “Los Caballeros Templarios conocían bien esta región así como los mecanismos de abastecimiento de hierro, cuyo proceso es, en líneas generales, similar al que habían implementado para los productos químicos. Y, en ese terreno, el cartel contaba con años de experiencia”.

El control del puerto no fue más que una de las etapas de la estrategia de Los Caballeros Templarios para establecerse en el sector minero. Mediante un cóctel de intimidación, diplomacia y corrupción, se aseguraron luego el apoyo de funcionarios que pudieran cubrir cada una de sus operaciones, desde la extracción del mineral en las montañas que rodean Lázaro Cárdenas hasta su expedición en barcos, pasando por el transporte entre las minas y el embarcadero. Según Salvador Jara Guerrero (PRI), actual gobernador de Michoacán, alrededor de la mitad de las minas de la región de Michoacán habían caído bajo la órbita de Los Caballeros Templarios en el apogeo de su imperio del acero, en 2013.

No conforme con haberse apoderado de las minas y haber implementado circuitos de comercialización regulares, el cartel se infiltró en todos los niveles del aparato de Estado local, de manera de obtener las autorizaciones administrativas necesarias para su actividad.

“Ni siquiera la policía era confiable”, nos confiesa el gobernador Jara Guerrero. Según él, la corrupción en las altas esferas había vuelto a las autoridades locales total-

mente impotentes: “La única solución era una operación militar”.

Ésta se organizó el 4 de noviembre de 2013. En un lapso de pocos días, el ejército, la marina y la policía federal expulsaron al conjunto de las autoridades portuarias y suspendieron todas las actividades mineras de la región. Desde entonces, el puerto se encuentra bajo control militar. Muchos habitantes estiman sin embargo que el gobierno exagera los avances. Los Caballeros Templarios no habrían desaparecido; esperarían pacientemente la partida del ejército.

Para Los Caballeros Templarios, el interés por las minas se volvió una operación lucrativa. Bajo su égida, las exportaciones a China se dispararon, pasando de un millón y medio a cuatro millones de toneladas entre 2012 y 2013.

¿Habría que celebrar sin embargo esta ayuda al crecimiento? El cartel estaría totalmente a favor. Su jefe, Servando Gómez Martínez, quien se presenta como un Robin Hood, se considera más un benefactor que un asesino. Apodado también “la Tuta” (“el profesor”) recorre los pueblos estrechando manos de ciudadanos y entregando dinero. Se lo ve en varios videos que parecen spots de campañas políticas, destinados a promover la acción de Los Caballeros Templarios.

Con su llegada al sector legal de la explotación minera, el cartel deseó reforzar su imagen de buen padre de familia. ¿Acaso no logró un despegue de la actividad económica, allí donde el gobierno mexicano había fracasado con sus métodos comerciales “tradicionales”? En su entrevista con el canal británico Channel 4, Gómez hacía hincapié en su flota y su cartera de clientes extranjeros para presentarse no como un criminal sino como un hábil hombre de negocios...

“Ganaron mucho dinero y generaron cierta forma de desarrollo económico en la región de Michoacán creando empleos en el sector minero”, concede Carlos Vilalta, criminólogo del Centro de Investigación y Docencia Económicas. Antes de precisar: “Pero, para prosperar, los carteles deben infringir leyes y corromper a los poderes públicos. A la larga, este sistema se vuelve autodestructivo. El cartel es a la vez un depredador y un parásito que termina socavando al Estado”.

Un Estado en gran medida incapaz de desempeñar su papel en la lucha contra el comercio ilícito. Otros pretenden reemplazarlo. En su video de agosto de 2013, “la Tuta” justificaba el accionar de su cartel: “Alguien debe ocuparse de regular el comercio de la droga”. ■

*Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde



El mito de la energía

por Macario Schettino*

Principal sostén de la economía, el sector petrolero –a través de su insignia, Petróleos Mexicanos (Pemex)– es además pilar de la identidad mexicana desde su nacionalización por Lázaro Cárdenas en 1938. Sin embargo, la caída en el ritmo de producción de los últimos años y el agotamiento de la principal reserva, Cantarell, desembocaron en una reforma energética que terminó con el monopolio estatal y permitió la participación privada.

En 2008, el gobierno mexicano intentó reformar el marco jurídico de la energía. Específicamente, del petróleo. Se trató del más importante esfuerzo por modificar la manera en que México enfrenta sus requerimientos energéticos.

Sin embargo, no es posible entender el tema energético en México sin conocer, así sea superficialmente, la historia reciente del país. Por un lado, el petróleo ha sido el soporte de la economía mexicana en los últimos 30 años; cubre buena parte del desequilibrio comercial y entre 30% y 40% de las finanzas públicas. Por otro, en México el petróleo es un gran mito o, si se prefiere, el núcleo del mito fundacional de la comunidad imaginaria.

En realidad, los detalles de la reforma discutida y aprobada no tienen mucha importancia. Lo relevante es que Pemex expresa la concreción de la Revolución Mexicana, la referencia más clara del nacionalismo revolucionario, la construcción cultural que dio legitimidad al régimen autoritario que sufrió México durante el siglo XX. Al mismo tiempo, el petróleo es la explicación de por qué la transición política en México fue pacífica, pero también incompleta. Es esa telaña lo relevante: ideología, historia, economía y política.

Por eso, aunque parezca extraño, es necesario dedicarle un espacio a repasar cómo fue que se construyó el régimen de la Revolución Mexicana, porque el tema del petróleo en

México no es técnico ni económico. Es más: no se limita a la esfera política, sino que se articula con el gran mito en el que se sostiene la “identidad nacional”.

El México del siglo XX

Para México, el siglo XX es el siglo de la Revolución Mexicana, la guerra civil que dio origen a un régimen político muy particular, tal vez el único régimen corporativo exitoso del mundo. Su éxito debe buscarse precisamente en su capacidad de construir una fuente de legitimidad que le permitió gobernar el país por más de medio siglo sin enfrentar mayores dificultades. La Revolución Mexicana no es otra cosa que esa fuente de legitimidad: es una construcción cultural que le da sentido a la violencia, pero también a la historia nacional.

El proceso de construcción del mito fundacional se inició con los primeros vencedores de la guerra civil, genéricamente llamados “sonorenses” por el estado en que nacieron: Álvaro Obregón, presidente entre 1920 y 1924, quien sería asesinado a pocos días de regresar a la Presidencia, en 1928, y Plutarco Elías Calles, presidente entre 1924 y 1928 y el hombre fuerte que mantuvo el control político del país a partir del asesinato de Obregón, hasta su expulsión por orden de Lázaro Cárdenas, en 1935. En esos 15 años hubo en verdad pocos cambios en relación con lo que había sido el México de don Porfirio Díaz, el dictador que gobernó de 1884 a 1911 de forma

ininterrumpida y contra el cual, cuenta el mito revolucionario, se levantó el pueblo.

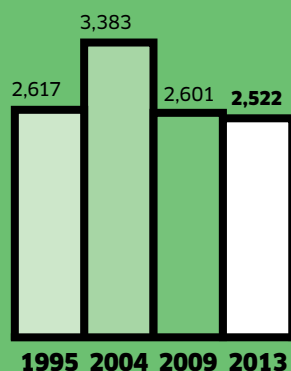
Es decir, Obregón y Calles no modificaron de manera sustancial la manera en que Díaz y Benito Juárez, presidente del país en varias ocasiones entre 1858 y 1872, habían gobernado México. El régimen político siguió siendo un régimen de hombres fuertes, mientras que la orientación económica mantuvo las mismas líneas iniciadas por Juárez y desarrolladas ampliamente por Porfirio. Se trataba de un “liberalismo autoritario” en el que las variantes eran muy pocas y circunstanciales. Más aún, los grandes cambios reflejados en la Constitución promulgada en 1917 no se tradujeron en hechos durante esos gobiernos. La hacienda, que en el mito es el símbolo del Porfiriato, siguió funcionando prácticamente sin cambios hasta 1936.

El verdadero cambio llegó con Lázaro Cárdenas. Fue él quien tuvo la habilidad no sólo de desplazar a Calles, sino de construir un régimen político distinto. En la esfera político-social, Cárdenas tomó los esbozos sindicalistas y construyó con ellos el pilar obrero del Estado. Lo hizo mediante movilizaciones no vistas antes ni después: en 1935, prácticamente uno de cada dos obreros se encontraba en huelga en algún momento del año. Cárdenas las utilizó para desplazar a Calles y para subordinar el movimiento laboral al Estado. De inmediato, neutralizó las movilizaciones y dirigió la acción pública →



Enrique Peña Nieto. Su promesa de campaña era el despegue económico del país. En 2013, México creció sólo 1,3% y en 2014 un 2,4%. En 2015, se recortó 0,7% del PIB el gasto público.

Producción de crudo
(millones de barriles por día)



→ hacia la reforma agraria, con lo cual destruyó la hacienda como unidad productiva relevante, se deshizo de los terratenientes como actores políticos y construyó el pilar campesino del Estado. En materia político-administrativa, Cárdenas subordinó a la Suprema Corte de Justicia mediante la eliminación de la inamovilidad de los ministros y el establecimiento de un período de seis años, coincidente con la Presidencia; subordinó a los gobernadores, desplazando a los callistas, y asumió el control del Banco de México a partir de 1938. No era necesario subordinar al Congreso, eso ya lo había hecho Calles.

En el área económica, la orientación “socialista” iniciada con Calles se transformó en un esquema corporativo pleno, en el que el presidente actuaba como el gran árbitro en las disputas obrero-patronales y era la cúspide de la pirámide corporativa que tiene en la base a los trabajadores y pequeños productores y en la cima, a líderes sindicales y empresariales burocratizados.

El Partido de la Revolución Mexicana (PRM) consolidó estos cambios.

El gran mito

La construcción del mito revolucionario, decíamos, se inició con los sonorenses. El problema de Estado que enfrentaron Obregón y Calles es el de la legitimidad. Si la única razón para sustituir a Díaz era su edad, ¿valía la pena la destrucción que diez años de guerra trajeron consigo? Después de 30 años de paz, los 30 de desórdenes revolucionarios fueron

traumáticos. La explicación de que esos desórdenes habían servido únicamente para sustituir a Porfirio no era suficiente. El carácter mítico del proceso se hacía necesario para dotar de legitimidad al nuevo orden. Este nuevo mito será el “nacionalismo revolucionario”, que retomó el canon liberal y lo aderezó de pueblo. Porque esa será la gran excusa: Porfirio traicionó al liberalismo al abandonar al pueblo a la miseria y entregar los bienes nacionales al extranjero. Por eso, Díaz no sólo debía ser defenestrado, sino borrado de la historia, execrado como un tirano miserable.

El proceso de construcción de esta nueva forma de nacionalismo se extendió entre 1920 y 1938. Se inició con la muerte de Venustiano Carranza y terminó en 1938, con la nacionalización del petróleo y la fundación del PRM. O, dicho de otra forma, con la fundación del régimen que gobernará al país el resto del siglo.

El petróleo y el mito

Como se ha dicho, fue Lázaro Cárdenas el gran constructor del régimen en México. Fue él quien logró organizar a obreros y campesinos desde el Estado, quien subordinó a los otros poderes y órdenes de gobierno y quien culminó su obra con la nacionalización de la industria petrolera, convirtiéndola en la gran victoria de México frente al Imperio y, por lo mismo, en el centro de la historia nacional. En ese contexto, la nacionalización no fue un asunto técnico o económico, sino una decisión política de la más alta importancia. Y no sólo para México, puesto que fue Cárdenas quien fijó un camino que, con el tiempo, seguirían muchos otros países: la riqueza del subsuelo debe ser de la nación.

Es precisamente este carácter de la industria petrolera en México lo que la convierte en un tema que excede las discusiones normales. Al transformarse en la acción que consolidó el régimen de la Revolución y que de hecho terminó el proceso de su construcción, la nacionalización de la industria petrolera no fue una medida de política económica normal. Fue “histórica” en todo sentido.

Fue tal la importancia de esta medida que, con el tiempo, a veces se olvida que México no era un país petrolero. Lo había sido antes y recuperaría una posición de privilegio hacia fines de la década de 1970. Pero en 1938, cuando se ordenó la nacionalización, la producción apenas alcanzaba para el consumo interno y siguió siendo así por los siguientes 35 años.

El descubrimiento y explotación de la zona de la Huasteca –que ocupa partes de Veracruz, San Luis Potosí y Tamaulipas– permitió un primer auge de la industria a partir de 1911 y hasta 1921. Cuando esa primera zona redujo su producción, las empresas ya no invirtieron lo suficiente como para recuperarla: en ese mismo año, 1921, se descubrió petróleo en la bahía de Maracaibo, Venezuela, de mejor calidad y



Los 43. Los normalistas de Ayotzinapa fueron detenidos por la Policía Municipal de Iguala y luego desaparecidos.

más fácil de extraer que el que había en México. Además, la Constitución promulgada en 1917 había modificado las condiciones: desde entonces, el subsuelo era propiedad de la nación y las concesiones otorgadas previamente habían sido desconocidas.

A los petroleros no les gustó la idea de que México se declarase dueño de los recursos del subsuelo y exigieron que el artículo 27 no se aplicase de forma retroactiva, de manera de respetarse las concesiones previas. Hubo dos arreglos temporales, pero cuando Cárdenas llegó al gobierno la relación nuevamente se descompuso.

El 20 de julio de 1936, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM) se reunió en asamblea para crear su primer contrato colectivo de trabajo. Aunque al principio las empresas no lo vieron con malos ojos, las cláusulas les parecieron excesivas, puesto que, según sus cálculos, la carga laboral ascendía a 65 millones de pesos. El conflicto fue largo. A mediados de 1937, las empresas pusieron como límite a las peticiones obreras un máximo de 14 millones de pesos, que la Confederación de Trabajadores de México (CTM) estuvo a punto de aceptar, pero que finalmente rechazó.

El 18 de diciembre de 1937, la Junta de Conciliación emitió un fallo por el cual ordenó a las compañías petroleras pagar poco más de 26 millones de pesos. Las empresas lo rechazaron y presentaron un amparo. Los primeros meses de 1938 fueron bastante difíciles, puesto que ya había fuertes presiones sobre las reservas internacionales del Banco de México. Las empresas petroleras aprovecharon la

situación para sacar sus depósitos del país, lo que puso el tipo de cambio en una situación muy precaria. Cárdenas respondió incrementando los aranceles para reducir las importaciones.

El 1º de marzo de 1938, la Suprema Corte rechazó el amparo de las empresas y confirmó el pago de 26 millones de pesos. La Junta de Conciliación puso como fecha límite para el cumplimiento de esa obligación el 7 de marzo. El 8 de marzo se abrió una suspensión judicial hasta el 12, pero las empresas comunicaron al embajador estadounidense, Josephus Daniels, que preferían perder sus intereses en México antes que aceptar las demandas del gobierno. Ese mismo día Cárdenas mantuvo una reunión con los representantes de las empresas y, posteriormente, con su gabinete. Ante la disparidad de criterios entre sus colaboradores, el presidente tomó la decisión de expropiar la industria si las circunstancias así lo requerían.

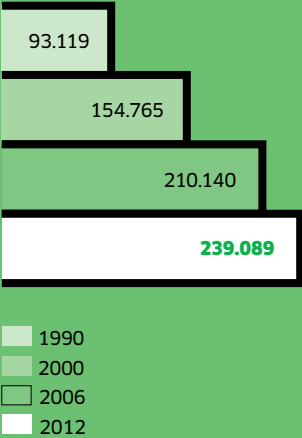
Unos días después, el 12 de marzo de 1938, Alemania y Austria se unificaron. El *Anschluss* concentró la atención de las potencias del mundo, países de origen de las empresas petroleras establecidas en México. El 15 de marzo, la Junta de Conciliación notificó a las empresas que debían cumplir sus obligaciones antes de las cinco de la tarde de ese día. Se negaron. Al día siguiente, según el embajador Daniels, las empresas habían aceptado pagar los 26 millones, pero no se ponían de acuerdo en las cláusulas administrativas. El 18, Cárdenas intentó nuevamente negociar con las empresas, pero una vez más no fue posible llegar a un acuerdo en materia administrativa. Y entonces, a las diez de la noche del 18 de marzo de 1938, Cárdenas anunció por radio que se procedía a expropiar la industria petrolera.

El petróleo y la economía nacional

En aquel momento, México producía unos 100.000 barriles diarios de petróleo, un volumen bajo que se mantuvo desde inicios de los años 30 hasta prácticamente el final de la Segunda Guerra Mundial. Después, conforme comenzó a aumentar la demanda interna, se lograría incrementar la producción. Sin embargo, México prácticamente no empezó a exportar petróleo desde la expropiación de la industria hasta mediados de la década de 1970. De hecho, cuando en 1973 la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) estableció el embargo petrolero que elevó el precio del crudo de los tradicionales tres dólares por barril a cerca de doce, México todavía era un importador neto. Sin embargo, fue esa alza la que le permitió al país comenzar a producir petróleo que a tres dólares no era viable, ubicado en la plataforma marina de la península de Yucatán.

Por aquella época se descubrió en esa zona uno de los mantos petroleros más grandes del mundo. En 1979 se extrajeron los primeros barriles de Cantarell. Ese manto no sólo se estimaba en más de 30.000 →

Población penitenciaria



Crisis del petróleo

La caída del precio del petróleo tuvo un impacto directo sobre la economía: el peso se ha depreciado, la Bolsa se ha desinflado y el desánimo ha resurgido. Pemex cerró el 2014 con las mayores pérdidas de su historia y para 2015 anunció un recorte del 11,5% de su presupuesto.



Escuelas Normales Rurales. Nacieron al calor de la Revolución para acercar la educación a las comunidades más pobres. Hoy son objeto de represión e indiferencia por parte del Estado.

La Bestia

Así llaman al tren de carga que cruza México de Sur a Norte llevando ilegalmente a miles de centroamericanos hacia Estados Unidos. Una de las principales amenazas de la travesía es el cartel de Los Zetas que extorsiona a los migrantes o los secuestra para el tráfico de personas. En 2010, en la masacre de Tamaulipas, ejecutaron a 72 personas.

→ millones de barriles, sino que además podía producir a un ritmo inusualmente elevado. Hacia 1981 Cantarell ya podía producir un millón de barriles diarios, lo que convirtió a México en lo que siempre había pensado que era: una potencia petrolera.

El momento en que esto ocurrió era, además, muy especial. Desde 1965, la manera en que México había logrado crecer había comenzado a agotarse. Como buena parte del mundo occidental, el país había logrado tasas de crecimiento espectaculares en la posguerra. Entre 1946 y 1971, México creció a un 3% anual por habitante. Como otros países de América Latina, el crecimiento mexicano se explicaba en buena medida gracias a la expansión de su frontera de producción, que permitió incorporar cada vez más terreno sembrable. Durante tres décadas, nuevas hectáreas se incorporaban conforme la población crecía, y en la misma proporción. El incremento en el rendimiento aportaba el crecimiento por habitante. Pero a partir de 1965 la bonanza ya no podía continuar.

Sin embargo, se decidió seguir creciendo, lo que creó la necesidad de obtener de alguna manera lo que la tierra ya no podía dar. Así, México inició un proceso de endeudamiento externo. A partir de 1971, este proceso comenzó a acelerarse debido al abandono de Bretton Woods, que liberó el movimiento internacional de capitales, y poco después gracias al incremento de los precios del petróleo. Esta alza impulsó un proceso inflacionario mundial pero también liberó grandes cantidades de dinero a través de las millonarias ganancias de los países productores de petróleo, que el sistema financiero

se encargó de colocar en aquellos países que, como México, querían mantener un ritmo de crecimiento por encima de sus posibilidades.

La deuda externa mexicana, de cerca de 2.000 millones de dólares en 1964, se había duplicado en 1970, y multiplicado por diez hacia 1976. En términos del PIB, en ese año la deuda ya superaba el 30%, y su servicio provocó una devaluación brusca del peso. La crisis económica no fue más profunda gracias a que el petróleo se había convertido ya en una importante fuente de dólares. A partir de 1974, México se convirtió nuevamente en un país exportador, y desde 1976 se sabía que en la plataforma continental del Golfo había suficiente petróleo para convertir al país en una potencia. Cantarell, aunque entró en explotación tres años después, fue la gran riqueza que le permitió al presidente José López Portillo anunciar, en su toma de posesión de fines de 1976, un futuro excepcional para el país.

Hacia la segunda mitad de los años 70 México era ya una economía casi totalmente cerrada, fuertemente dependiente del endeudamiento externo y, por lo tanto, del petróleo como fuente de dólares para cumplir con los pagos de la deuda. Sin embargo, en esa década no estaba tan claro que México se encaminara al desastre. Por el contrario, la creencia general, tanto en el gobierno como en el sector privado e incluso en la población, era que el país se transformaría en una potencia económica global.

En 1980, Estados Unidos decidió enfrentar el problema inflacionario en que se encontraba. Paul Volcker, presidente de la Reserva Federal, elevó las tasas de interés de referencia. La tasa pasó de 8% en la segunda mitad de los 70 a más de 15% en 1980. La tasa Prime, utilizada por los bancos para prestar a sus clientes preferenciales, entre ellos México, alcanzó 22%. La deuda externa ahogaba al país. Los flujos destinados a su servicio pasaron de 6.000 millones de dólares anuales entre 1974 y 1978 a 12.000 en 1979, 21.000 en 1980 y 27.000 en 1981. Las exportaciones de petróleo, que se suponía financiarían este endeudamiento, no podían sostener el incremento.

La historia económica de México en los años 70 es muy similar a la de cualquier país latinoamericano. Todos habían seguido un camino de crecimiento basado en el agotamiento de los recursos, que llegó a su fin en los 60. Los fondos internacionales disponibles en los 70 permitieron mantener un nivel de crecimiento que no tenía ningún sentido, pero que resultaba muy valioso para los políticos. Fueron los años de dictaduras en muchos países sudamericanos, y fueron esas dictaduras las que incrementaron la deuda para poder sostenerse. En México ocurrió algo similar, aunque por mucho tiempo el régimen no fue ubicado en la misma categoría de las dictaduras sudamericanas.

Cuando estalló la crisis de la deuda, en 1982 y precisamente en México, los regímenes autoritarios de Sudamérica tuvieron que dejar el poder. Sin

legitimidad y sin dinero, su único sostén era la represión, que nunca garantiza mucho tiempo. En México, en cambio, el petróleo generaba suficiente dinero como para que la crisis no acabara con el régimen. Sin duda, el país vivió una situación económica muy grave a partir de 1982, pero que no puso en riesgo al Estado. Esto cambió en 1986, cuando el precio del petróleo experimentó una fuerte baja, que se sumó a la destrucción provocada por los terremotos de septiembre de 1985 y al cansancio luego de tres años de crisis económica. Todo esto puso al país en una situación muy complicada. Gracias a la celebración del Mundial de Fútbol de ese año y a la decisión del gobierno de abandonar todo control fiscal, México no entró en caos. En 1986, el déficit alcanzó el 16% del PIB y la inflación superó el 100% anual, rumbo a una hiperinflación.

Así, en 1986 comenzó en México un proceso de cambio político de gran importancia, que dio lugar a lo que actualmente [inicios de 2009] se vive en el país. Ese proceso de cambio fue pacífico y paulatino gracias a que México descansa en el petróleo, que cubre cada año entre 30% y 40% de los ingresos del gobierno y aporta 7.000 millones de dólares anuales que permiten mantener un déficit en el resto del comercio exterior. En suma, desde fines de los años 70 México descansa en el petróleo o, más específicamente, en el milagro de Cantarell.

El fin del milagro y la búsqueda de la reforma

Cantarell fue un milagro, pero tal vez haya producido más daños que beneficios. Como en *La perla* de John Steinbeck, el milagro se transformó en maldición. Sin Cantarell, la producción hubiera sido de 1,2 millones de barriles diarios entre 1979 y 2008, lo que no alcanza siquiera a cubrir el consumo interno, que promedia 1,3 millones de barriles diarios de 1984 a 2008.

Cantarell alcanzó su punto máximo de producción en 2004, 2,125 millones de barriles diarios (mbd). A partir de entonces, el manto entró en declinación a un ritmo acelerado. En 2008 apenas alcanzaba a superar, en el promedio anual, un millón de barriles (1,01 mbd). Este ritmo de caída ha frustrado las expectativas de Pemex, que año tras año ha pronosticado que la declinación se detendría.

Y así llegamos al debate sobre la reforma petrolera. Fue precisamente este comportamiento del gran manto de Cantarell lo que desató la necesidad de modificar la forma de operación de la empresa petrolera mexicana. Si bien Pemex ha sido ineficiente en prácticamente todos los rubros desde siempre, esa ineficiencia no resultaba importante cuando el volumen de recursos producido alcanzaba para mantener las finanzas públicas y las cuentas externas. Pero eso ya no será posible.

En 2008, el valor neto de Pemex, sin contar las reservas de petróleo, que son de la Nación, era prácticamente cero. Sus activos sumaban 1,28 billones de pesos (114.000 millones de dólares), pero sus pasivos eran prácticamente del mismo tamaño.

La reforma y la política mexicana actual

En México, no hubo un Congreso independiente del Ejecutivo sino hasta 1997. Desde tiempos de Benito Juárez, en 1871, el Congreso se ha subordinado al presidente de la República, y no fue sino hasta que el partido hegemónico, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), dejó de serlo, que México tuvo un Poder Legislativo capaz de tomar decisiones.

Así, ante la necesidad de modificar profundamente la situación de la industria petrolera y frente a la capacidad mostrada por la Legislatura, el presidente Felipe Calderón envió un conjunto de iniciativas de reforma a las leyes relacionadas con este tema. Como ocurrió con otras reformas, el Congreso pudo discutir, pero las decisiones no alcanzaron la profundidad suficiente. En el caso de la reforma energética, las discusiones fueron muy aparatosas. Pero se trataba de fuegos de artificio. En el fondo, el problema de esta reforma, como en otras, se vincula a la dificultad de la clase política mexicana para entender el proceso de cambio que vive el país.

Después de un régimen autoritario que logró construir un argumento legitimador tan sólido como fue el nacionalismo revolucionario, resulta muy difícil salir de esa lógica. Tanto el PRI como el Partido de la Revolución Democrática (PRD) comparten esa herencia “revolucionaria”, que cobra sentido con la nacionalización de la industria petrolera. Por lo tanto, les es muy complicado enfrentar el tema energético sin caer en ese sesgo ideológico.

La otra fuerza política importante, el Partido Acción Nacional (PAN), tradicionalmente opuesto a esa ideología revolucionaria, no ha podido enfrentar a los grupos de interés creados durante décadas de régimen revolucionario: sindicatos corporativos, centrales campesinas, empresarios oligopólicos. La transición política en México, suave gracias al petróleo, se mantiene incompleta por la misma razón.

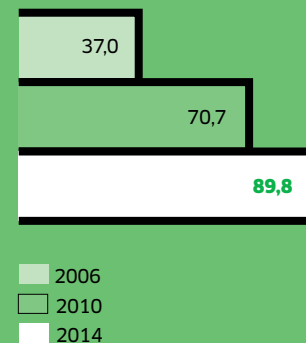
Pero Cantarell, el milagro que sostuvo a México en las últimas tres décadas, se termina, y con él la capacidad exportadora del país. No habrá ya cómo financiar las cuentas externas ni las cuentas públicas. Y esto ocurre cuando el mundo entero se hunde en una crisis de gran magnitud. La historia de México está por cambiar. ■

*Economista e historiador. Ex coordinador de Planeación en el Gobierno del Distrito Federal, ex director de Negocios del periódico *El Universal* y ex director de Investigación del Tec.

Este artículo fue originalmente publicado en *Nueva Sociedad*, N° 220, Buenos Aires, marzo-abril de 2009.

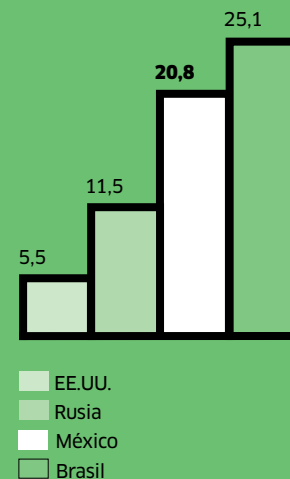
Presupuesto de las Fuerzas Armadas

(en miles de millones de pesos)



Tasa de homicidios

(cada 100 mil personas, 2009-2010)





3

México hacia afuera

TAN CERCA Y TAN LEJOS DEL NORTE

La ocupación estadounidense de territorio mexicano hacia mediados del siglo XIX construyó una relación de desconfianza entre ambos países. Sin embargo, hacia el fin de la Guerra Fría se produjo un viraje diplomático que terminó con la política latinoamericanista de Los Pinos y se alineó a los intereses de Washington. El impacto del TLC de América del Norte, la intervención en materia de seguridad y la política migratoria son algunas de las aristas más sensibles de este vínculo desigual.





Pérdida de la soberanía alimentaria

La agonía del campo

por Anne Vigna*

Desde su implementación en 1994, los efectos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) sobre la agricultura de México han sido devastadores. Los productos agrícolas estadounidenses inundaron al país y arruinaron a millones de campesinos. Los beneficios del acuerdo no compensan los daños, que afectan también al sector industrial.

Primero de enero de 2008. Hora cero. Bajo una gran pancarta que dice “Sin maíz no hay país”, miles de agricultores mexicanos forman una cadena humana en Ciudad Juárez, en la frontera con Estados Unidos. Es el aniversario del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en vigencia desde el 1º de enero de 1994 entre Canadá, México y Estados Unidos. Los campesinos se manifiestan contra la liberalización total de los intercambios agrícolas que comenzaba a inicios de 2008. Desde entonces el maíz, los porotos, el azúcar y la leche en polvo, productos básicos de la alimentación mexicana, ya no tienen ningún impuesto a la importación.

En varias ciudades hay reclamos de que se renegocie el TLCAN. Según las organizaciones campesinas, el balance de este Tratado es dramático: “Dos millones de empleos agrícolas perdidos, dos millones de hectáreas en barbecho y ocho millones de agricultores mexicanos obligados a emigrar a Estados Unidos”, resume Víctor Suárez, director de la Asociación de Empresas Comerciales Rurales. Una realidad que la investigadora estadounidense Laura Carlsen expresa así: “Cada hora, México importa 1,5 millones de dólares de alimentos, y en el transcurso de esa misma hora, treinta granjeros mexicanos pasan a Estados Unidos” (1).

La competencia entre los productos agrícolas no ha hecho más que agravar las desigualdades ya abismales entre esos países. Carlos Salazar, representante de los productores mexicanos de maíz, explica: “Nosotros cultivamos 27 millones de hectáreas y Estados Unidos 2.179 millones. Los subsidios a la producción

son de 700 dólares para un campesino mexicano, y de 21.000 dólares para un granjero estadounidense. El rendimiento es de 8,4 toneladas por hectárea en Estados Unidos, de 7,2 toneladas en Canadá, y de 2,5 toneladas en México”.

Invasión estadounidense

Sin embargo, la renegociación del capítulo agrícola del TLCAN no está incluida en la agenda. Incluso en enero de 2007 México negó su apoyo a Ottawa para una acción que intentó ante la Organización Mundial del Comercio (OMC) contra los subsidios que se otorgan a los productores estadounidenses de maíz.

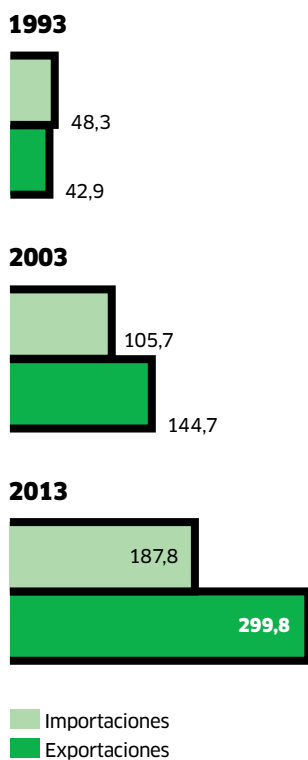
El entonces ministro de Agricultura, Alberto Cárdenas, debía tranquilizar a los productores y también a los consumidores porque por esa fecha la “crisis de la tortilla”, el alimento básico de la población, reavivaba la polémica sobre la dependencia del país respecto del maíz estadounidense. El incesante aumento del precio de la tortilla a lo largo del año 2006 (14%) estuvo a punto de desatar, en enero de 2007, una crisis social de gran amplitud. En ese aumento intervino la especulación y el uso cada vez más frecuente en Estados Unidos del maíz para producir etanol, que empuja los precios hacia arriba y reduce el aprovisionamiento con fines alimentarios. Ahora bien, desde que el TLCAN entró en vigencia, México se volvió dependiente de la producción estadounidense de este cereal, subsidiado, y por consiguiente de menor precio. Esas importaciones masivas llevaron a los campesinos a la ruina. Cualquier aumento del costo de la tortilla amenaza →



Golpe al campo. A causa del TLCAN, la producción agrícola se estancó o disminuyó, acelerando la concentración del sector agroalimentario en unas pocas compañías.

Intercambio comercial con Estados Unidos

(en miles de millones de dólares)



→ con hambrear a millones de mexicanos. Por eso, a comienzos del año 2007, las marchas de mujeres golpeando cacerolas en las calles de México obligaron al gobierno a importar 600.000 toneladas suplementarias de maíz blanco estadounidense, a crear un fondo de urgencia y a establecer un precio máximo.

Desde 1994, México triplicó sus importaciones de cereales. El 40% de sus necesidades alimentarias depende de ellas: el 60% del arroz, el 50% del trigo, el 23% del maíz y la casi totalidad de la soja. Así, el país desembolsa más de un tercio de las divisas que obtiene de la exportación de petróleo.

Los productos básicos, y también los derivados agroalimentarios estadounidenses, han invadido el país. Una de las consecuencias inesperadas de esta modificación de los hábitos se manifiesta en un aumento de la obesidad, que sufre el 30% de los adultos, mientras el 40% tiene sobrepeso.

La crisis de la agricultura es reconocida incluso por el Banco Mundial. Se considera al sector primario como el gran perdedor del TLCAN. Los investigadores matizan esta constatación precisando que ninguno de los dos lados ha respetado las cláusulas agrícolas del Tratado. Si lo hubieran hecho, las consecuencias del Tratado habrían sido, según ellos, menos dramáticas.

Por el lado mexicano, se admite que el gobierno “sacrificó” a la agricultura durante las negociaciones. Una decisión criminal, ya que en 1994 más de un tercio de la población era rural. Y además, México nunca aplicó las medidas de protección previstas para los productos sensibles, entre los cuales está el maíz. Así, desde 1996, México decidió unilateralmente la entrada

masiva, más allá de las cuotas autorizadas, y sin impuestos, de maíz estadounidense.

A la inversa, del lado estadounidense, los poderes legislativo y ejecutivo se afanaron en imponer una serie de embargos sobre los productos mexicanos, violando tanto los acuerdos como sus propias leyes. Los productores de tomates de Sinaloa debieron luchar cuatro años para obtener la autorización de exportar a Estados Unidos, que “protegia” a sus productores de Florida, mientras que los productores de palta de Michoacán sufren la aplicación de “reglas sanitarias”, establecidas únicamente para frenar la competencia del Sur.

Además, el gobierno de México eliminó la mayoría de los programas de ayuda al mundo rural: según la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), el apoyo a los productores pasó del 28% del ingreso agrícola bruto en 1991-1993, al 14% en 2004-2006 y benefició sobre todo a las explotaciones más grandes. Al mismo tiempo, Estados Unidos duplicó sus ayudas, en particular los subsidios a la exportación.

El Instituto para la Agricultura y la Política Comercial, un centro de investigación sobre el impacto de la liberalización en el mundo rural, estudió el *dumping* estadounidense desde la implementación del TLCAN, a partir de cinco productos (2). El trigo se vendió un 43% más barato que su costo real; la soja el 25%; el maíz el 13%; el arroz el 35% y el algodón el 61%. En 2002 las organizaciones agrícolas mexicanas denunciaron a la Farm Hill, la ley de programación agrícola estadounidense, porque los subsidios, sólo para el maíz, representaban diez veces el presupuesto total de la agricultura de su país.

Para responder a las críticas, el Ministerio de Agricultura mexicano brindó otras cifras. Recordó que, entre 1994 y 2007, la producción de maíz había aumentado, pasando de 18,2 millones de toneladas a 23,7 millones de toneladas: “El TLCAN abrió un mercado de 430 millones de consumidores, donde México se convirtió en el principal proveedor de frutas y verduras de Estados Unidos” (3).

Se los llama los “pocos ganadores del TLCAN”: son las grandes explotaciones del norte del país, con frecuencia propiedad de sociedades estadounidenses, donde los obreros agrícolas trabajan en las peores condiciones. La riqueza agrícola se encuentra concentrada en las manos del 3% de los productores. Entre 1995 y 2004, el Producto Interno Bruto (PIB) agrícola mexicano tuvo un crecimiento anual del 1,9%, una tasa mucho más baja que la del resto de América Latina y América Central: Argentina (2,6%), Bolivia (3%), Brasil (3%), Costa Rica (4,1%), Guatemala (2,8%) (4).

Pero el Ministerio de Economía mexicano relativiza esas consecuencias. En su opinión, los resultados agrícolas no permiten, por sí solos, juzgar la relación comercial entre Estados Unidos y México. “Tenemos más para ganar si proseguimos la integración con América del Norte. Otros sectores que no son la agricultura son hoy más importantes para nuestra economía. Y globalmente, el balance del TLCAN es muy

positivo”, anunciaba James Salazar Salinas, entonces subdirector del servicio “negociaciones comerciales” del ministerio. Para sus defensores, el TLCAN habría cumplido su función al aumentar considerablemente los intercambios entre los asociados.

El comercio bilateral entre México y Estados Unidos aumentó en promedio más del 10% anual. México llegó a ser el tercer socio comercial de Estados Unidos y el segundo mercado para los productos estadounidenses. El intercambio con Canadá creció a más del doble, aun cuando su volumen siga siendo modesto. El Tratado también permitió aumentar considerablemente la inversión extranjera directa (IED). Entre 1994 y 2006, las empresas estadounidenses invirtieron 120.000 millones de dólares en México, es decir, más del 60% de las inversiones totales realizadas en el país.

Pero estas cifras descarnadas no expresan la realidad que vive la población. Porque el aumento del intercambio comercial no creó todos los empleos que se esperaban: sólo 80.000 en promedio anual, para 730.000 mexicanos que ingresan al mercado de trabajo (5).

Declive de las maquiladoras

Por otra parte, esos nuevos puestos de trabajo correspondían mayoritariamente a las maquiladoras, esas fábricas de ensamblaje de componentes importados de (y reexportados a) Estados Unidos: “La teoría liberal clásica, según la cual la apertura comercial aumenta la oferta de empleos en los países que tienen abundante mano de obra, quedó totalmente desmentida”, evalúa Sandra Polaski, investigadora del Carnegie Endowment for International Peace (6), que cuestiona a las maquiladoras.

El auge de las maquiladoras, que aparecieron en los años 60, se amplificó con el TLCAN. Sin embargo, muy rápidamente, la importación de materiales sin impuesto redujo considerablemente los efectos indirectos que el sector habría podido generar en la economía nacional y en particular en el empleo. “Actualmente las maquiladoras importan el 97% de sus materiales –constata Polaski–. Y este modelo se reproduce en el sector industrial clásico, donde la producción depende ampliamente de componentes importados que, antes de 1994, eran suministrados por fabricantes mexicanos.”

Este sistema fragilizó las finanzas de México, obligando a reducir los gastos sociales y a utilizar más ingresos del petróleo para equilibrar su presupuesto. Además, explica Enrique Peter Dussel, doctor en Economía de la Universidad de México (UNAM): “La importación de productos de alto valor agregado hace que la balanza comercial con Estados Unidos sea, en valor, deficitaria. Y esto, a pesar del espectacular aumento del volumen de las exportaciones”.

Desde 2001, las maquiladoras pierden velocidad; un fenómeno que los defensores del TLCAN atribuyen, un poco apresuradamente, al “efecto 11 de Septiembre”. El Banco Mundial estima que “los beneficios que México pudo obtener del TLCAN se han agotado” y que “la caída del empleo en el sector de las maquila-

doras va a acentuarse”. Una manera de decir que otros países emergentes han ganado posiciones en la clasificación de los lugares de producción más rentables.

Según el Banco Mundial, los salarios mexicanos son cuatro veces más elevados que los salarios chinos. México fue el primer país “de bajos salarios” que firmó un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Pero a medida que Washington fue firmando estos acuerdos con otros Estados, y que nuevos países accedieron a la OMC, las ventajas relativas del Tratado se atenuaron. Por otra parte, México fue el último país en aceptar las condiciones para el ingreso de China a la OMC, en 2001. Y con razón: esa entrada ocasionó una competencia feroz para los sectores clave de su economía de exportación, como el automotor, el textil y el electrónico. Desde 2003 China es, delante de México, el segundo exportador a Estados Unidos.

El aumento de la productividad, necesario para el mantenimiento de la competitividad de las empresas, no acarreo un aumento de los salarios. Las remuneraciones tampoco convergieron con las de América del Norte. La desigualdad de los ingresos no dejó de crecer en los tres países desde la implementación del TLCAN, pero fue en México donde ese crecimiento fue mayor. En comparación con el período anterior (1984-1994), el 10% de los hogares mexicanos tuvo un aumento en sus ingresos, pero el 90% sufrió disminuciones o un estancamiento.

Entonces, ¿de qué viven los mexicanos? La mitad de la población activa obtiene un ingreso complementario de un empleo informal, y un tercio de la población depende del apoyo financiero de parientes que emigraron al extranjero, las famosas “remesas”. En 1995, éstas representaban 3.600 millones de dólares; en 2006, llegaron a 23.000 millones de dólares (7).

Sin embargo el TLCAN, según sus promotores, debía frenar la emigración. Pero la realidad resultó muy diferente: entre 1980 y 1994 la migración aumentó un 95%; de 1994 a 2006, el 453% (8). ■

1. Laura Carlsen, *NAFTA Free Trade Myths Lead to Farm Failure in Mexico*, Americas Program Policy Report, Washington DC, diciembre de 2007.

2. *United States Dumping on World Agricultural Markets*, The Institute for Agriculture and Trade Policy (IATP), Cancún, 2004.

3. Boletín de prensa del Ministerio de Agricultura, México, diciembre de 2007.

4. *América Latina: indicadores de alimentación y agricultura*, Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Roma, noviembre de 2004.

5. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática de México (INEGI) y Secretaría de Trabajo y Previsión Social (STPS), *Encuesta Industrial Mensual*, Servicio de Información y Estadística, México.

6. *Lecciones del TLCAN para el hemisferio*, estudio solicitado por la ONU para la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, San Pablo, Brasil, junio de 2004.

7. *Las remesas familiares en México, inversión de los recursos de migrantes*, Banco Central de México, febrero de 2007.

8. Darío López Villar, *Migración de mexicanos desde y hacia Estados Unidos: estadísticas, problemáticas y retos*, Dirección de Análisis y Estudios Demográficos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México, 2006.

*Periodista.

Traducción: Lucía Vera

Impacto comercial

Tras 20 años de vigencia del TLCAN, el comercio exterior aumentó en 540%: las exportaciones lo hicieron en 614% y las importaciones en 467%. Esta apertura modificó la composición de las exportaciones: en 1985 eran materias primas, petróleo y minerales, y en 2013 el 79% eran manufacturas.



© Kudin / Shutterstock

Maíz. Principal cultivo y alimento del país.



Tijuana. Migrantes a la espera de cruzar la frontera hacia Estados Unidos.

El gran viraje de la diplomacia mexicana

La integración silenciosa

por Carlos Fazio*

Desde los años 60 hasta fines de los 80, México fue célebre por su política pacifista y latinoamericanista: colaboró en la resolución de diversos conflictos de la región, condenó la dictadura de Anastasio Somoza, mantuvo relaciones diplomáticas con Cuba. Pero tras el fin de la Guerra Fría, comenzaría el alineamiento con Estados Unidos y su integración a Norteamérica.

Durante los gobiernos de José López Portillo y Miguel de la Madrid, la diplomacia de Tlatelolco –entonces sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México– era conocida en el mundo por su profesionalismo y apego a los principios de la autodeterminación de los pueblos, la no intervención, la solución pacífica de las controversias, la proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales y la igualdad jurídica de los Estados (1).

Bajo las gestiones de los secretarios Jorge Castañeda y Álvarez (1979-1982) y Bernardo Sepúlveda (1982-1988), la Cancillería mexicana tuvo gran protagonismo regional, marcado por una clara inflexión pacifista y latinoamericanista: rompió relaciones diplomáticas con la dictadura de Anastasio Somoza, acelerando su caída y la llegada al poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional (mayo de 1979); suscribió la Declaración Franco-Mexicana que reconoció al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional como fuerza beligerante en El Salvador (1981), e impulsó la creación del Grupo Contadora (1983), instancia multilateral para la promoción de la paz en Centroamérica (2), cuya continuidad fue el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política (1986), conocido como Grupo de Río (desde

2010, Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC).

No obstante, al término de la Guerra Fría, estrategias al servicio de los intereses empresariales y geoestratégicos de Estados Unidos diseñaron una serie de medidas tendientes a una “integración silenciosa” de México a Norteamérica, como espacio geopolítico para la competencia interimperialista por los mercados y los recursos naturales. El paso inicial fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, 1994), concebido no sólo en función de las modificaciones económicas y financieras sino también en el orden “político” y de “seguridad nacional” de Estados Unidos.

Según el ex director de la CIA, William Colby, el TLCAN fue el instrumento para “desvanecer” la soberanía y “reorientar” el papel y la existencia misma del Estado Nacional Mexicano. A partir de entonces, con la mira puesta en los recursos petroleros y gasíferos de su vecino del sur, la Casa Blanca trazó una estrategia que, con eje en lo que se dio en llamar el “neoliberalismo disciplinario”, marcaría los límites de la vocación principista y latinoamericanista del Estado mexicano. En 2002, México sería incorporado *de facto* al “perímetro de seguridad” del territorio continental de la superpotencia, bajo control del Comando Norte del Pentágono.

Tras 72 años ininterrumpidos de dominio político del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el cambio de siglo coincidió con la llegada al gobierno de Vicente Fox y el Partido Acción Nacional (PAN, conservador). Fox nombró canciller a Jorge G. Castañeda Gutman (hijo del ex secretario de Relaciones de López Portillo), quien en un virtual acto de parricidio modificaría de cuajo los postulados de la diplomacia mexicana. Enamorado del marketing y la propaganda especulativa, merced a su humor cambiante y a una conducción personalista de la política exterior de México, Castañeda junior renegó de unos principios diplomáticos que habían sido definidos como política de Estado y elevados a rango constitucional. En aras de una “nueva diplomacia activa” y “pragmática”, mediante lo que definió como una “cesión inteligente” de la soberanía, encaminó al país hacia un total alineamiento político-ideológico subordinado a Washington.

El fin de la solidaridad con Cuba

Los primeros signos del cambio afloraron durante la 57 Sesión de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, en abril de 2001. Si bien México se abstuvo en la votación que condenó a Cuba, por primera vez manifestó preocupación por la violación de las garantías individuales en la isla, alejándose de →



Industria automotriz. México es el octavo productor mundial de vehículos y el primero de América Latina. El 83% de la producción se exporta, en especial a los países del TLCAN.

Solidaridad internacional

Desde mediados del siglo XX, la diplomacia de México se rigió por los principios de no intervención en otros países y de libre determinación de los pueblos. Esta conducta y su estabilidad política permitieron que fuera un importante refugio para los exiliados de las dictaduras latinoamericanas.

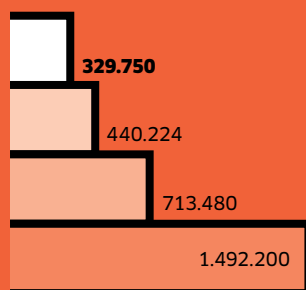
→ una política exterior que desde comienzos de los años 60 había estado regida por su solidaridad con la Revolución Cubana. Entonces, en plena Guerra Fría, bajo el paraguas de la Organización de Estados Americanos (OEA), Estados Unidos había logrado expulsar a Cuba del organismo regional (Punta del Este, 1962) y el rompimiento de relaciones conjuntas (Washington, 1964). La excepción fue México, que reafirmó así su independencia simbólica –más que real– de su vecino del norte.

De manera contradictoria, Castañeda había invitado a México al senador republicano Jesse Helms, un ultraconservador responsable indirecto de las políticas migratorias de Estados Unidos que habían provocado la muerte de decenas de mexicanos. A la vez, en febrero de 2002 el canciller abrió las puertas del consulado de México en Miami a la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA), facilitando desde allí el envío de dinero, computadoras y propaganda para la subversión en la isla. Pronto se supo que la FNCA había realizado aportes ilegales a la campaña de Fox y que el mandatario era objeto de una investigación del Instituto Federal Electoral (3).

Pero otro episodio relevante tuvo lugar durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Financiamiento del Desarrollo, en Monterrey, el 21 de marzo de 2002. Al término de su discurso el presidente Fidel Castro informó a la Asamblea que debía abandonar el recinto “debido a una situación especial” creada por su participación en la cumbre. El hecho generó polémica, y días después el periódico cubano *Granma* responsabilizó al canciller mexicano por el incidente, y exigió “el cese de las provocaciones, insultos, mentiras y macabros planes del señor Castañeda contra Cuba”.

Cantidad de efectivos de las Fuerzas Armadas

(2012)



México
 Colombia
 Brasil
 EE.UU.

El 19 de abril México votó contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, y días después Castro hizo pública la grabación de una conversación telefónica con Fox, previa a la cumbre en Monterrey, que develaba a un presidente de México azorado y turbado, pidiéndole a Fidel que se retirara antes de que llegara George W. Bush: el famoso “comes y te vas”.

El “trabajo sucio” de Fox

En noviembre de 2005 se produciría un nuevo desaguisado de la política exterior foxista. En el marco de la IV Cumbre de Presidentes de las Américas, celebrada en noviembre en Mar del Plata, Argentina, los presidentes Vicente Fox y Hugo Chávez protagonizaron una confrontación que a la postre derivó en el retiro recíproco de embajadores, y dejó la relación bilateral a nivel de encargados de negocios. El difereando tuvo como eje la discusión sobre la utilidad y viabilidad del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que en la coyuntura –con muchos matices– enfrentaba a regímenes neoliberales pro-estadounidenses con gobiernos nacionalistas y reformistas que habían impregnado a su gestión de cierto contenido social.

Fox y Chávez habían llegado a Mar del Plata como vanguardia de dos posiciones divergentes sobre los procesos de integración comercial a escala continental: el ALCA y el ALBA (Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe). En el marco de la creciente resistencia al Consenso de Washington, un bloque de gobiernos regionales y movimientos sociales puso en entredicho la capacidad de mandar del presidente George W. Bush, presente en la cumbre. El ALCA formaba parte de la agenda de Bush, y fue contra él y su proyecto que se preparó la III Cumbre de los Pueblos de América.

A su vez, como “cabildero oficioso” de Washington, el papel de Fox era alinear a los países que conformaban el *mare nostrum* de Estados Unidos (México y el Caribe) e impulsar la “ecuación 27 a 5” –citada alegremente por el canciller Luis Ernesto Derbez, sucesor de Castañeda–, que supuestamente reflejaba un abrumador apoyo al ALCA. Como dijo Rosario Green, ex canciller de México y ex embajadora en Argentina, Fox fue a hacer el “trabajo sucio” de Estados Unidos, a “dividir” a América Latina. Intervencionista, se enfrentó al Mercosur, obstruyó la cumbre y se malquistó con el presidente Néstor Kirchner, quien acusó a Fox de “ser sumiso ante Estados Unidos” y “confundir la diplomacia con pleitesía”.

De allí las acusaciones altisonantes de Chávez, cuando dijo que Fox se “arrodillaba” ante Estados Unidos y lo llamó “cachorro del imperio”. Azuzado por Washington, el conflicto llegaría a su clímax el 14 de noviembre de ese año, cuando las cancillerías de México y Caracas retiraron sus embajadores, mientras Fox advertía que estaba dispuesto a llegar a la ruptura total de relaciones diplomáticas.

Calderón y Peña Nieto

Destruída por el foxismo, durante el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012) la política exterior de México enmendaría parcialmente su curso. Calderón había prometido construir una “relación de largo aliento estratégica con Cuba” y “normalizar” los vínculos con Venezuela. Sin embargo, hizo del mandatario colombiano Álvaro Uribe su principal aliado, y en abril de 2008 tácitamente lo exoneró por la matanza de La Angostura, Ecuador, donde perdieron la vida cuatro estudiantes mexicanos a raíz del bombardeo del Ejército colombiano a un campamento de las FARC.

Ese mismo año, en octubre, tras un encuentro entre Calderón y el canciller cubano Felipe Pérez Roque, las relaciones de México con la isla superaron el periodo de parálisis y casi ruptura. Sin embargo, en lo que pareció formar parte de una “diplomacia paralela”, Calderón permitió que su partido, Acción Nacional, y la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA), dirigida por su correligionario Manuel Espino, realizaran acciones de desestabilización contra Cuba y Venezuela, orquestadas por la CIA y la USAID (4). En ese contexto, la “operación cicatriz” entre México y Cuba culminaría en Salvador de Bahía, Brasil, el 16 de diciembre de 2008, cuando en el marco de la Cumbre de los Jefes de Estado del Mercosur, Felipe Calderón y Raúl Castro pusieron punto final a los desencuentros.

Mientras tanto, Norteamérica se había venido consolidando como un espacio geopolítico para la competencia capitalista con los mega-bloques de Europa

rechazo” luego de que los presidentes José Mujica de Uruguay y Evo Morales de Bolivia, por separado, calificaran a México como un Estado fallido, a raíz de los trágicos hechos de Iguala, donde fueron detenido-desaparecidos 43 estudiantes de la normal rural de Ayotzinapa, en Guerrero.

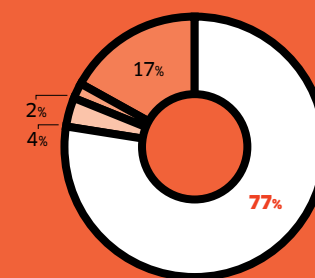
Por su parte, la noticia del deshielo de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos sorprendió descolocado a México. En un artículo publicado en el diario *El Universal*, Meade celebró la disposición al diálogo de Cuba “en temas como el comercio, la democracia y los derechos humanos” (6). En buen romance, reivindicó la agenda de Washington. A su vez, Jorge Alcocer, subsecretario para América del Norte de la Cancillería, declaró que México debía reanudar las negociaciones con la isla para la explotación de los hidrocarburos del Golfo de México (7), apetecidos por los grupos petroleros texanos desde los años 70.

Con respecto a Venezuela, en marzo de 2015, bajo presión de Washington y la ultraderecha continental, y ante el mutismo de Peña Nieto, los ex presidentes Ernesto Zedillo y Felipe Calderón enviaron una carta a Nicolás Maduro expresando preocupación por el deterioro económico y político en el país sudamericano.

En un mundo regido por violentos cambios geopolíticos, cuando América Latina y el Caribe son el teatro de operaciones de un choque político y económico entre Estados Unidos y potencias emergentes como China y Rusia, México es una pieza clave en el proceso de restauración conservadora de Washington. Hasta ahora,

Inmigrantes en México

(en porcentaje, 2013)



■ Estados Unidos
■ Guatemala
■ España
■ Resto del mundo

El TLCAN fue el instrumento para “desvanecer” la soberanía y “reorientar” el papel y la existencia misma del Estado Mexicano.

Comunitaria y Asia-Pacífico, y al proyecto hegemónico de Estados Unidos se sumaría la incorporación de México al Acuerdo Transpacífico (TTP) (5), cuya finalidad era construir un cerco militar, económico, comercial y financiero en torno a China, y sabotear a los países miembros del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica).

En mayo de 2013, en Cali, durante la VII Cumbre de la Alianza del Pacífico –dirigida a torpedear los procesos de integración latinoamericana en curso, en particular a las naciones del ALBA y aislar a Brasil y Argentina–, los países latinoamericanos del TTP (Colombia, Perú y Chile) contaron con la fervorosa participación del sucesor de Calderón, Enrique Peña Nieto.

Heredero de la catástrofe humanitaria del calderonismo –con un saldo de 150 mil muertos y 30 mil desaparecidos–, Peña Nieto estrechó vínculos con el presidente Juan Manuel Santos y nombró asesor de seguridad al general de la Policía Nacional de Colombia, Óscar Naranjo, hombre de paja de Washington. Pero la violencia criminal y estatal no cesó en México. Y hacia finales de 2014, el canciller mexicano, José Antonio Meade, manifestó “sorpresa” y “un categórico

y tras la normalización de relaciones con Caracas y La Habana, la Cancillería mexicana ha podido resistir las presiones de la Casa Blanca para que se sume a la guerra encubierta para un cambio de régimen en Venezuela; pero ello podría cambiar a mediano o corto plazo.

1. Principios que forman parte de la fracción X del artículo 89 de la Constitución Mexicana, a partir de su publicación en el *Diario Oficial de la Federación* del 11 de mayo de 1988.
2. El Castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México, sería la sede de la firma de sendos acuerdos de paz entre las guerrillas de El Salvador y Guatemala con sus respectivos gobiernos.
3. Carlos Fazio, “Fondos del exterior a la campaña foxista”, *La Jornada*, 3 y 4 de julio de 2003.
4. Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos, dependiente del Departamento de Estado.
5. El ingreso de México al Transpacific Partnership data de octubre de 2012. El TTP está integrado por: Estados Unidos, Canadá, México, Perú, Chile, Australia, Brunei, Malasia, Nueva Zelanda, Singapur y Vietnam.
6. José Antonio Meade K., “México siempre cerca de Cuba y EU”, *El Universal*, 22-12-14.
7. Ciro Pérez Silva, “México debe acordar con EU y Cuba explotación de recursos en el Golfo”, *La Jornada*, 22-12-14.

*Periodista y académico universitario, colaborador de *La Jornada*.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

El arduo camino a la tierra prometida

Fronteras de cristal

por Hervé Revelli*

Diariamente miles de mexicanos y centroamericanos intentan cruzar, sorteando todo tipo de obstáculos -desde el Ejército, hasta los narcos- hacia Estados Unidos. Para enfrentar el problema, el gobierno mexicano insiste en endurecer los controles -como el Plan Frontera Sur anunciado en 2014-, pero así termina incitando a los migrantes a tomar caminos aun más peligrosos.



© Eliana Aporte / Reuters / Latinstock

Ciudad Hidalgo, en el estado de Chiapas. La ciudad ha sido construida sobre la orilla mexicana del Río Suchiate, frontera natural con su vecina Guatemala. Desde aquí parten los trenes de carga que abordan cada día cientos de emigrantes centroamericanos con la intención de llegar clandestinamente a Estados Unidos, atravesando México. Sentados a la sombra de un vagón, un grupo de jóvenes hondureños acecha la partida del próximo convoy. La noche anterior atravesaron el río en una de las balsas que van y vienen desde ambas orillas. “Vamos pal’ norte”, explica Dixie, un joven de 25 años. “En Honduras era soldador; pasaba los días esperando en la calle, junto a decenas de otros trabajadores, que alguien deseara contratarme por unas horas o unos días y no ganaba lo suficiente para que mi familia viviese decentemente. Tengo un hermano que vive en Houston; si llego hasta allá, me conseguiré trabajo”, agrega.

Las locomotoras rugen, señal de una próxima partida. Solos o en pequeños grupos, hombres, mujeres, niños salen de los arbustos, de improvisados refugios o de los hoteles miserables donde pasaron la noche, se agrupan alrededor del tren, comienzan a treparse a los vagones. Hondureños, guatemaltecos (1), salvadoreños, algunos nicaragüenses y sudamericanos. Entre los emigrantes reina cierta tensión. Algunos recogen piedras y palos para defenderse de las bandas criminales que atacan a los clandestinos. Para eludir los frecuentes controles del ejército o la policía, los emigrantes deben a veces saltar del tren en marcha y los accidentes, en ocasiones mortales, son numerosos. “Pero mejor morir aquí, tratando de escapar, que de hambre y de vergüenza en nuestro país”, se escucha a menudo.

En los años 80, las guerras que devastaron América Central, fomentadas por la política militarista del presidente Ronald Reagan, obligaron a cientos de miles de personas a buscar refugio en México y en Estados Unidos.

Zona tapón

Cuatrocientos mil emigrantes, principalmente mexicanos y centroamericanos, cruzan ilegalmente cada año la frontera de Estados Unidos. Los hombres no son los únicos que parten. Según un documento del Forum Migrations (2), las mujeres que intentan la aventura son cada vez más; los menores constituyen aproximadamente el 20% del contingente. La migración provisional tiende a tornarse permanente.

Más aun cuando la degradación de las condiciones de vida no es el único factor que contribuye a este proceso. Tornando más difi-

ciles las idas y vueltas entre Estados Unidos y el país de origen, el endurecimiento de las políticas migratorias incita a los emigrantes a establecerse definitivamente en el país que los acoge.

Estacionados alrededor de la delegación regional del Instituto Nacional de Migraciones (INM), en Tapachula (Chiapas), una quincena de autobuses se dispone a repatriar a 565 clandestinos detenidos en el territorio mexicano. Un joven salvadoreño, para quien esta expulsión no es más que uno de los contratiempos previsibles del viaje, desafía a los agentes del INM: “Hasta pronto”, les dice... Una de las tantas escenas que se repiten cotidianamente: 120.315 centroamericanos que ingresaron irregularmente a México fueron deportados en 2002. Entre 1998 y 2001, habían sido alrededor de 600.000.

A partir de febrero de 2001, poco después de haber asumido, el presidente Vicente Fox recibió a George W. Bush y abordaron juntos la cuestión, crucial para los mexicanos, de los acuerdos migratorios entre ambos países. En una conferencia de prensa ese mismo año, Santiago Creel, portavoz del gobierno mexicano, declaraba: “Nuestro gobierno está dispuesto a incrementar las medidas tendientes a detener a los extranjeros que atraviesan el país con destino a Estados Unidos, a cambio de mayores facilidades para los mexicanos que trabajan en Estados Unidos”. Unas semanas más tarde, anunciaba la puesta en marcha del Plan Sur: “Este plan, que no se dio a conocer públicamente, representa un esfuerzo sin precedentes para cortar el flujo de inmigrantes, drogas y armas que atraviesa el país, proveniente de América Central” (3). Multiplicación de los puestos de control migratorio, mayor presencia militar y policial en la región comprendida entre el Istmo de Tehuantepec y la frontera Sur de México. “Con el Plan Sur, el gobierno mexicano reproduce el modelo de control de la frontera Norte llevado a cabo por Estados Unidos”, señala Juan Manuel Sandoval, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

En efecto, el fortalecimiento de los dispositivos de control de la inmigración es una preocupación constante de los huéspedes de la Casa Blanca. El rol de zona tapón asignado a México se torna aun más determinante desde que este país firmó junto a Canadá y Estados Unidos el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). “Colaborando con las autoridades estadounidenses para localizar, detener y deportar a los inmigrantes centroamericanos clandestinos, estableciendo medidas de control *made in USA* en la región limítrofe entre México y América Central, Mé-

xico se convirtió en un país frontera que une y separa Norteamérica del resto del continente, con el cual la zona de articulación será el corredor Puebla-Panamá”, estima Sandoval. La regionalización de las políticas migratorias se concibe desde entonces como “el fundamento de un proyecto de integración económica continental en el cual los capitales podrán circular libremente, pero no la fuerza de trabajo”.

Al poner en marcha el Plan Sur a partir de julio de 2001, las autoridades mexicanas niegan sin embargo haber cedido a las presiones de Washington y alegan la lucha contra el tráfico de drogas, armas y seres humanos. “No estamos aquí para criminalizar a los emigrantes –insiste Roberto Espinoza, delegado regional del INM en Tapachula–. Estamos aquí para protegerlos, hacerles comprender los riesgos que corren al querer cruzar clandestinamente nuestro país”. Pero, objeta Fabienne Venet, presidenta de la Asociación Sin Fronteras, “la implicación del ejército y de la policía en tareas relacionadas con la inmigración contribuye a criminalizarla, favorece la corrupción y la impunidad y genera en nuestra sociedad sentimientos xenófobos. Las redes de tráfico de seres humanos se fortalecen. Las rutas utilizadas por los emigrantes se desvían hacia las zonas más inhóspitas, como los bosques del Petén guatemalteco. Mujeres y niños, de por sí los más vulnerables, ven su situación aun más debilitada”.

Extorsiones, violaciones, asesinatos; emigrantes mutilados por las ruedas de los trenes, asfixiados en los remolques de camiones o abandonados en plena selva por pasadores sin escrúpulos... “La mayoría de las víctimas continúan siendo anónimas”, estima el padre Flor María, director de la Casa del Emigrante, quien señala: “En el léxico de los emigrantes, el estado de Chiapas es ‘la bestia’ que devora a quienes se aventuran en su territorio, o ‘el cementerio sin cruces’”.

Para responder a las acusaciones que involucran a policías y militares en numerosos casos de corrupción y violación de los derechos humanos de los emigrantes, el gobierno mexicano ha creado, desde 1996, los Grupos Beta Sur, una unidad de elite que supuestamente ofrece protección y asistencia a los emigrantes. Emilio Rojas Cervantes, ex agente de los Grupos Beta Sur, lamenta los desvíos de esta unidad, contaminada por la corrupción. “Hay grandes intereses en juego –comenta, manteniendo el anonimato, un funcionario local–. La emigración es un negocio floreciente, pero existe también la prostitución, el contrabando, el tráfico de armas y de drogas... Fíjese en la ciudad: circula mucho dinero.”

La prosperidad de Tapachula y su región contrasta efectivamente con el resto del estado de Chiapas, uno de los más pobres de México. Una prosperidad debida, esencialmente, a su situación de ciudad fronteriza y de centro de la emigración.

Los programas de deportación son un negocio para las compañías privadas de transporte, la mayoría propiedad de caciques locales. Los emigrantes guatemaltecos proveen lo esencial de la mano de obra barata (trabajadores agrícolas, empleadas domésticas, pescadores) y particulares o pequeños patrones han adquirido la costumbre de venir a contratar, de manera totalmente informal, a clandestinos (albañiles, soldados, pintores, mecánicos) que recalzan en la Casa del Emigrante. Entre informalidad e ilegalidad, los límites son imprecisos. Entre las dos orillas del Río Suchiate, cientos de “hormigas” se dedican al contrabando menor en las narices de los aduaneros.

En la estación de Ciudad Hidalgo, teléfono celular en la cintura, un “coyote” cuida a un grupo de emigrantes, que aloja y acompaña en el tren por unos cientos de pesos. A cambio de más, puede conseguirles un lugar en la locomotora, sobornando a los mecánicos. El tren partirá cuando éstos hayan recibido una cantidad de dinero suficiente. Este pasador, que cuenta con la protección de un empleado municipal, reconoce dedicarse a otro negocio más lucrativo: recluta centroamericanas para hombres de negocios o políticos mexicanos. Una vez terminado su “servicio”, las chicas esperan ganarse su pasaje a Estados Unidos.

Al multiplicar los obstáculos para atravesar el país, el Plan Sur aumenta la apuesta, para beneficio de organizaciones criminales que disponen de una logística sofisticada y mayores medios de corrupción... sin por ello desalentar a quienes pretenden emigrar.

“Los flujos migratorios son consecuencia de las elecciones económicas impuestas a nuestros países por los organismos financieros internacionales –señala David Vásquez Méndez, del Centro de Defensa de los Derechos Humanos Fray Matías Cordova–. Al producir las mismas causas los mismos efectos, es probable que con la creación del Área de Libre Comercio de las Américas se incremente el éxodo de centroamericanos.” ■

1. Los guatemaltecos constituyen la comunidad de emigrantes más importante que transita por México.

2. Véase *México entre sus dos fronteras*, Foro Migraciones 2000-2001.

3. *The Washington Post*, 18-6-01.

*Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde

Tijuana-San Diego

Separadas por un mismo muro

por Pablo Bransburg*

A pesar de su proximidad geográfica, las ciudades que conforman el corredor fronterizo más transitado del mundo –el paso de San Ysidro o “la línea” para los mexicanos– se encuentran muy lejos por sus desigualdades económicas y sociales.



© Sververdis Vasilis / Shutterstock

Deportación. Miles de ilegales son expulsados de EE.UU. cada año.

La frontera entre México y Estados Unidos es una frontera notablemente desigual. De una extensión de 3.200 kilómetros, está circundada por una población superior a los 10 millones de habitantes, con la mayoría viviendo del lado mexicano. Allí, la densidad demográfica es tres veces superior a la estadounidense. Pero la desigualdad es sobre todo económica. Estados Unidos tiene tres veces más población que México y un PIB 24 veces mayor.

Esta desigualdad es perceptible en los complejos urbanos binacionales y corredores transfronterizos que han ido formándose por décadas y que hoy constituyen ejes muy dinámicos, apoyados en los capitales estadounidenses y asiáticos y en la explotación de la mano de obra mexicana, así como en el tráfico ilegal de personas, drogas, armas, mercancías y capitales.

Históricamente, los estadounidenses han visto a la frontera mexicana como una zona de impunidad. Hollywood construyó un amplio imaginario que ayudó a forjar una imagen ideológica y cultural de la frontera sur como un espacio de anarquía y maldad. Hoy, la impunidad opera en otro sentido, y de manera más lucrativa, permitiendo a los capitales estadounidenses y de otras latitudes usar el territorio fronterizo como un espacio para la localización de inversiones que, por sus efectos sociales o ambientales, no podrían prosperar en territorios del llamado Primer Mundo.

Por otra parte, cerca de 500.000 trabajadores indocumentados cruzan cada año esta frontera en forma clandestina en busca de un trabajo en Estados Unidos. Porque el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre México, Estados Unidos y Canadá no establece el libre tránsito de sus ciudadanos. Así, desde 1994, año en que el tratado entró en

vigor, cerca de 8.000 inmigrantes murieron intentando atravesar la frontera ilegalmente [datos de 2011].

En ese marco, se destaca la frontera Tijuana-San Diego, la más concurrida del mundo: 60 millones de cruces cada año. Un punto donde el Sur se encuentra con el Norte, donde el centro se encuentra con la periferia. Un encuentro que se realiza a través de muros y de un mundo de desconexiones. Porque existe, entre las ciudades de San Diego (Estados Unidos) y Tijuana (México), un perfil arquitectónico que refleja fielmente las contradicciones existentes entre el Norte, un mundo tecno-globalizado y desarrollado, y el Sur, un mundo que lucha por sus propias identidades culturales, globalizado en la pobreza económica y en la inestabilidad social asociada al inevitable declive medioambiental.

San Diego convirtió a Tijuana en una ciudad extra-muros desde la construcción de la primera barrera en los 70. Así, los muros divisorios han ido estructurando las estrategias de diseño urbano de ambas ciudades. En Tijuana, la fuerza productiva de la industria maquiladora (cerca de 900 maquiladoras, la mayor producción de televisores del mundo) habita en asentamientos irregulares construidos en su mayoría con materiales reciclados que San Diego desecha en el lado mexicano de la frontera. Este tipo de urbanismo informal supera los proyectos habitacionales promovidos por el sector privado y el gobierno: el desarrollo de emplazamientos populares irregulares invade el territorio a un promedio de tres hectáreas diarias.

Ambas ciudades, con sus propias contradicciones, hacen que cada una, a su estilo, sufra un trastorno patológico de malestar... ■

*Arquitecto.

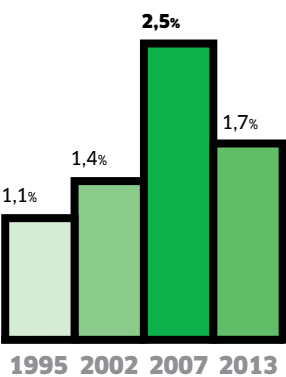
Fragmento del artículo “Arquitecturas borderline”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2011.

Donde el Sur se encuentra con el Norte

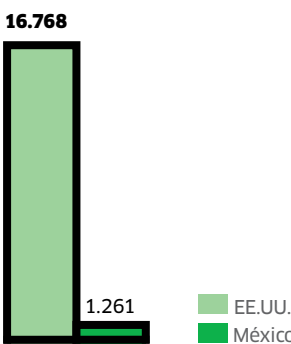
Mexicanos en EE.UU.
(en millones)



Ingresos por remesas
(como % del PIB mexicano)



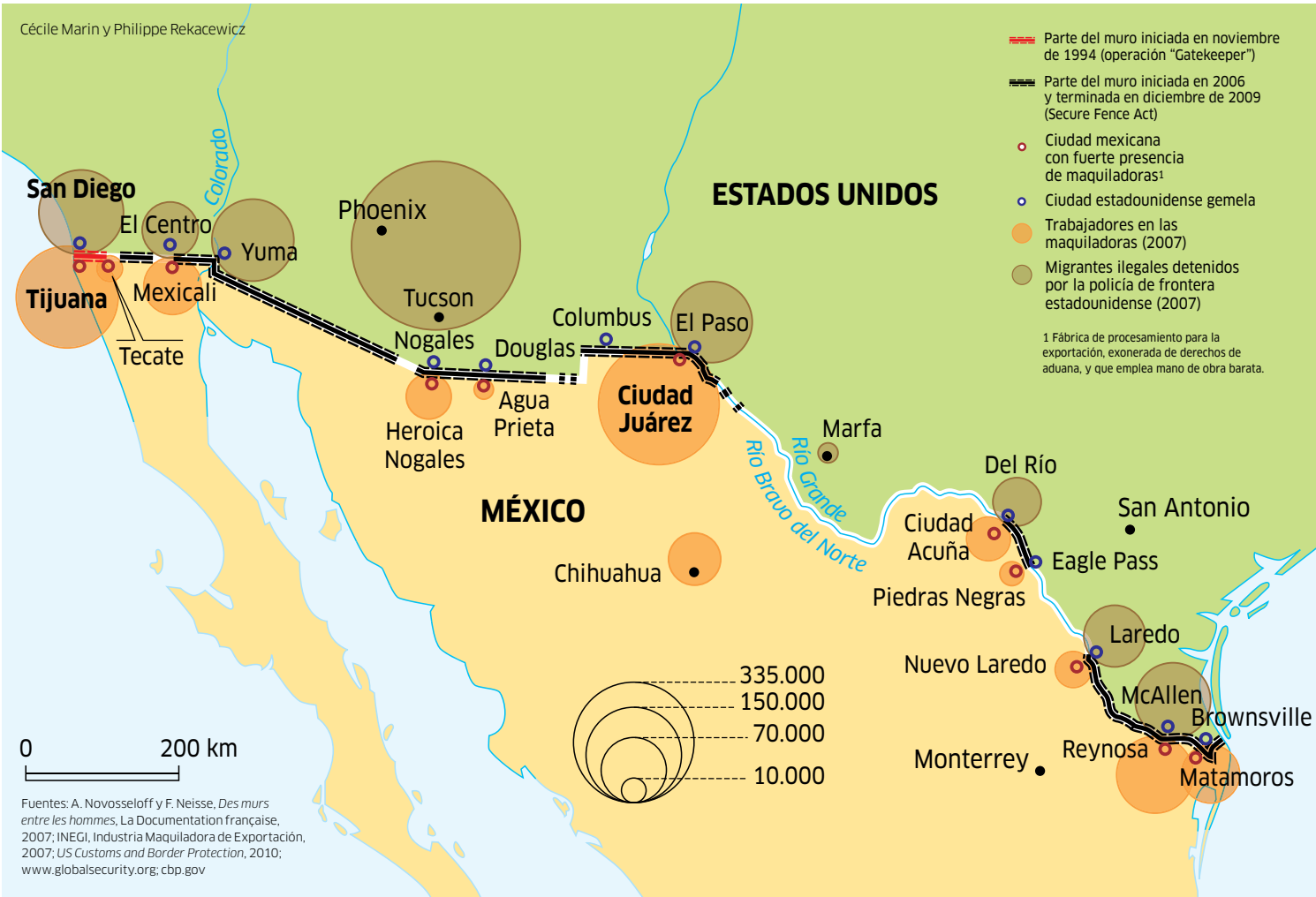
Comparación PIB
(en miles de millones de dólares, 2013)



6,1 millones de mexicanos

Es decir, cerca de la mitad de los mexicanos en Estados Unidos, carecían de permiso de residencia en 2011.

El “muro de la vergüenza”





4

Lo vivido, lo pensado,
lo imaginado

UNA IDENTIDAD MULTICULTURAL

Heredera de una rica y ancestral tradición de los pueblos mesoamericanos, la cultura mexicana se caracteriza por una enorme diversidad. Desde la majestuosidad arquitectónica, pasando por la música, las letras, el cine, la pintura o las artesanías, y con el empuje del nacionalismo revolucionario, el pueblo mexicano ha logrado construir una fuerte impronta nacional a partir de su vital pluralidad.



Frida Kahlo

La pintura sobre la propia piel

por John Berger*

La cultura mexicana es indisociable de los nombres de Frida Kahlo y su marido, el muralista Diego Rivera. La poliomielitis en su infancia y un terrible accidente de tránsito en su juventud hicieron de la vida de Frida un calvario de dolor físico. De esta intimidad con el sufrimiento se nutre su arte, en el que ella, como protagonista, se funde con el soporte de sus cuadros.

Me preparaba para ir a ver la exposición “Diego Rivera y Frida Kahlo” (1), no para escribir un artículo, sino por interés personal y más por ella que por él. En efecto, para estudiar a Diego Rivera hay que atravesar el Atlántico e ir a ver sus gigantescos frescos murales: no son transportables. Comparada con la suya, la obra de Frida parece estar constituida por miniaturas. El Elefante y la Mariposa, tales fueron sus seudónimos respectivos, aunque a Frida su padre la llamaba la Paloma. Cuando Frida murió, en julio de 1954, dejó ciento cincuenta pequeños cuadros, un tercio de los cuales entran en la categoría de los autorretratos.

¡Frida Kahlo! Como todos los nombres legendarios, parecería que ese nombre estaba completamente inventado, pero no era así. Ya en vida, Frida era una leyenda en México y también –aunque en un círculo más restringido de artistas– en París. Actualmente, constituye una leyenda universal, cuya historia fue contada en numerosas oportunidades, y muy bien, por ella misma, por Diego y, más tarde, por muchos otros testigos y biógrafos: la niña víctima de la polio, la muchacha nuevamente deformada de una manera horrorosa en un accidente de tránsito, la joven mujer que descubre, gracias a Diego, la pintura y el comunismo, sus mutuas pasiones, su casamiento, su divorcio, su segundo casamiento, su relación con Trotsky, su odio por los gringos, la amputación de una pierna, su probable suicidio para escapar al sufrimiento, su belleza, su sensualidad, su humor, su sensación de soledad.

Existe una excelente película mexicana sobre ella dirigida por Paul Leduc, una buena novela de Le Clézio titulada *Diego y Frida* (2), un apasionante ensayo de Carlos Fuentes escrito como introducción a su diario íntimo, sin olvidar numerosos estudios de historiadores del arte que se dedicaron a situar su obra en relación con el arte popular mexicano, el surrealismo, el comunismo o el feminismo. Por eso no me pareció necesario agregar nada más a todo lo que se escribió sobre ella. Sobre todo porque sus pinturas dicen muy bien lo que quieren decir, aunque lo hagan de una manera misteriosa.

Un sentido agudo del tacto

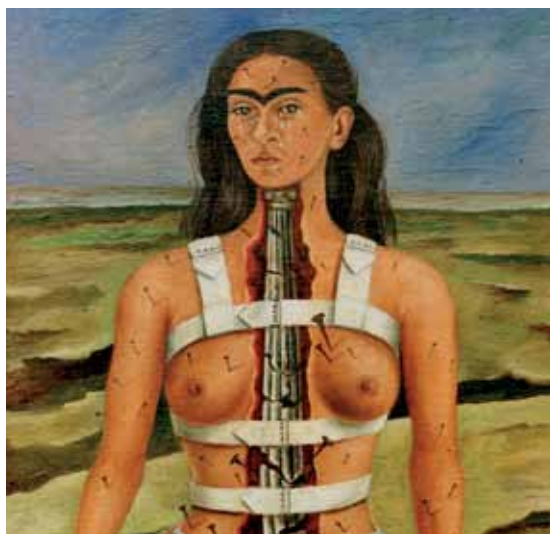
Iba, entonces, a la exposición sencillamente para ver. Pero, para mi gran sorpresa, descubrí algo muy simple, que se volvió posible porque estaba contemplando, no reproducciones, sino los propios cuadros; un descubrimiento tan simple, tan evidente, que parece obvio; tal vez sea por esta razón que nadie habló al respecto. Y por eso necesito tomar la pluma.

Sólo una pequeña cantidad de las pinturas de Frida están pintadas sobre tela: la mayoría lo están en metal o masonita, material de una superficie tan lisa como la del metal. Pero por más fina que fuera la trama de la tela, resistía a la visión de Frida y la distorsionaba, lo que llevaba a la artista a poner mucha pasta en sus pinceladas y en las formas que pintaba, a volverlas demasiado plásticas, demasiado públicas, demasiado épicas, es decir, demasiado parecidas a las obras del Elefante (aunque se seguían distinguiendo →

“Viva la vida”

“Cada tic-tac es un segundo de la vida que pasa, huye, y no se repite. Y hay en ella tanta intensidad, tanto interés, que el problema es sólo saberla vivir. Que cada uno lo resuelva como pueda.” (Extracto del diario de Frida Kahlo)

© Album / akg-images / Latinstock



La columna rota (1944). Ese año, por el deterioro de su salud, tuvo que llevar durante meses un corsé de acero.



Trotsky. Exiliado en México, mantuvo un breve romance con Frida.

→ perceptiblemente de éstas). Para preservar la integridad de su visión, tuvo que pintar en una superficie tan lisa como la piel. Aun en los días en los que el dolor o la enfermedad la postraban en la cama, cada mañana pasaba horas arreglándose y cada mañana anunciaba: “Me visto para el paraíso”. No cuesta mucho imaginar el reflejo de su cara en el espejo, las cejas oscuras que se juntaban de manera natural y que su rímel acentuaba y transformaba en un paréntesis negro sobre sus ojos indescriptibles (ojos que uno sólo puede recordar si cierra los suyos).

Lo mismo ocurría cuando pintaba, era como si dibujara, pintara o escribiera sobre su propia piel. Si lo lograba, adivinaría que tenía una doble facultad de sentir: el soporte sentiría tan bien como la mano que pinta, ya que los nervios de uno y otra estaban unidos a la misma corteza cerebral. Cuando Frida se autorretrata y sobre la piel de su frente pinta un pequeño retrato de Diego con un ojo pintado en la frente, no quedan muchas dudas de que, entre otras cosas, está confesando haber alimentado esa ilusión. Convertida en pintora, Frida Kahlo, con pinceles de pelo fino como pestañas, produjo con meticulosidad imágenes que aspiran a poseer la sensibilidad de su propia piel, una sensibilidad agudizada por su deseo y exacerbada por su sufrimiento. Para expresar sus sentimientos y su nostalgia ontológica, Frida pintó diversas partes del cuerpo, corazón, útero, glándulas mamarias o columna vertebral: desde hace mucho tiempo, ese simbolismo corporal es objeto de numerosos comentarios. Es verdad que ella lo usó como sólo una mujer podía hacerlo y como ninguna otra lo había hecho antes (aunque, a su manera, también Diego recurrió a veces a un simbolismo similar). Pero lo esencial no es

eso: sin su manera tan particular de pintar, esos símbolos habrían quedado como curiosidades surrealistas. Ahora bien, esa manera remite al sentido del tacto, el doble tacto de la mano y del soporte concebido como una piel.

Basta con ver la forma en la que pinta pelos y cabellos, los que cubren los brazos de sus monos domésticos o los propios, a lo largo de la línea de la frente y las sienas. Cada trazo del pincel crece como un pelo de un poro de la piel del cuerpo. Gesto y sustancia son uno solo. En otros cuadros, las gotas de leche que perlan un pezón, las gotas de sangre que brotan de una herida o incluso las lágrimas que emanan de sus ojos tienen esa misma identidad corporal: la gota de pintura no describe el líquido corporal, sino que parece ser su doble. En una pintura llamada “La columna rota”, su cuerpo está atravesado por clavos y da la impresión de que la artista los sostenía entre los dientes y los iba clavando uno a uno con la ayuda de un martillo. Ese es el sentido agudo del tacto que convierte en única a su pintura.

De allí la pregunta: ¿cómo puede ser que una pintora tan absorbida por su propia imagen nunca haya caído en el narcisismo? Se ha intentado explicar esa paradoja característica mencionando a Van Gogh o Rembrandt, quienes también dejaron numerosos autorretratos. Pero la comparación es tan fácil como inexacta. Hay que volver al sufrimiento y a la perspectiva en la que Frida concibió ese sufrimiento, cada vez que éste le daba un poco de respiro. Ser capaz de sufrir es, como su arte no deja de lamentarlo, la primera condición para sentir. La sensibilidad de su propio cuerpo mutilado la hizo tomar conciencia de la piel de todo aquello que vive, árboles, frutas, agua, pájaros y, por supuesto, los demás, hombres y mujeres. Por eso, al pintar su propia imagen directamente sobre la piel, por decirlo así, lo que expresa es todo el mundo sensible.

Los críticos dicen que la obra de Francis Bacon se centraba en el tema del sufrimiento. Sin embargo, en el arte de este pintor, el sufrimiento es observado como a través de una pantalla, como se puede observar a través del vidrio del lavarropas la ropa sucia que se está lavando. La obra de Frida Kahlo es lo opuesto de la de Francis Bacon. En la de Frida no hay pantalla; ella observa, con los ojos pegados al objeto, mientras que sus dedos trabajan, puntada tras puntada, no en coser un vestido, sino en suturar una herida. Su arte se dirige al dolor, con la boca apretada contra la piel que sufre, habla del sentir y de sus deseos, de su crueldad, de sus apodos íntimos. La poesía del gran poeta argentino Juan Gelman ofrece una intimidad comparable con el sufrimiento:

esa mujer pide limosna en un crepúsculo de ollas
que lava con furor / con sangre / con olvido /
encenderla es como poner en la vitrola un disco de
gardel /
caen calles de fuego de su barrio irrompible

y una mujer y un hombre que caminan atados al delantal de penas con que se pone a lavar / igual que mi madre lavando pisos cada día / para que el día tenga una perla en los pies (3).

En las décadas de 1970 y 1980, Juan Gelman, en el exilio, compuso gran parte de sus poemas, que suelen centrarse en el tema de los compañeros, entre los cuales se encuentran su hijo y su nuera, que la Junta Militar argentina hizo desaparecer. Es una poesía en la que los martirizados vuelven a compartir el sufrimiento de los que los lloran. Su tiempo está fuera del tiempo, en un lugar en el que los sufrimientos se reencontran y bailan y donde los afligidos se citan con lo que perdieron. El futuro y el pasado no tienen lugar aquí, serían absurdos: no hay más que el presente, la inmensa modestia del presente que siempre reivindica todo, excepto las mentiras.

Sufrimiento y resistencia

Esta poesía nos permite captar un aspecto de la pintura de Frida Kahlo, ese aspecto que la distingue radicalmente de la de Diego Rivera como de la de cualquiera de sus contemporáneos mexicanos. Rivera ubicaba sus figuras en un espacio que había dominado y que pertenecía al futuro; las colocó allí como monumentos pintados para el futuro. Y el futuro llegó (pero no el que él había imaginado) y se volvió a ir, abandonando las figuras a su soledad. En los cuadros de Kahlo, no hay futuro, sino sólo un presente inmensamente modesto que asume todo y al que por un instante vuelven las cosas pintadas que miramos, esas cosas que ya eran recuerdos aun antes de haber sido pintadas, recuerdos de la piel.

Por lo tanto, necesitamos volver al sencillo gesto por medio del cual Frida pone pigmentos de color en las superficies lisas que eligió pintar. Tendida en su cama o acurrucada en su silla, con un minúsculo pincel en la mano en la que cada dedo tiene un anillo, ella recuerda lo que tocó, lo que estaba allí cuando no estaba el sufrimiento. El contacto con un piso encerado, por ejemplo, la textura del caucho de la rueda de su silla de ruedas, el plumón de un pollito o la superficie cristalina de una roca; y los pinta como nadie más. Y esa habilidad discreta –que era realmente muy discreta– proviene de lo que he denominado el sentido del doble tacto, consecuencia de que ella se imaginaba que pintaba su propia piel.

Hay un autorretrato suyo (de 1943) en el que aparece tendida en un paisaje rocoso mientras una planta brota de su cuerpo y sus venas se unen a las venas de las hojas. Detrás de ella, unas rocas más bien planas se extienden hasta perderse de vista, un poco como las olas de un mar petrificado. Y, sin embargo, a lo que esas rocas se parecen, precisamente, es a lo que habría podido sentir en la piel de su espalda y sus piernas si se hubiera acostado sobre ellas. Frida siempre estuvo acostada contra todo lo que pintó, estrechamente, mejilla con mejilla.



La epopeya de México. El mural de Diego Rivera en el Palacio Nacional (México DF) retrata el mundo precolombino, las luchas del pueblo mexicano y el futuro socialista.

Que se haya convertido en una leyenda universal se debe en parte al hecho de que, en esa época ensombrecida por el nuevo orden mundial, compartir el sufrimiento se volvió una de las condiciones previas esenciales para recuperar la dignidad y la esperanza. Hay muchos sufrimientos imposibles de compartir. Pero la voluntad de compartir el sufrimiento, si puede compartirse. Y ese compartir, inevitablemente insuficiente, suscita una resistencia. Volvamos a darle la palabra a Juan Gelman:

la esperanza fracasa muchas veces,
el dolor jamás
por eso algunos creen
que más vale dolor conocido
que dolor por conocer
creen que la esperanza es ilusión
son los ilusos del dolor (4).

Frida Kahlo nunca fue ilusa. En su último cuadro, que pintó justo antes de morir, escribió: “Viva la Vida”. ■

Frida por Carlos Fuentes

“La muerte le llega [...] como muerte mexicana, distinta de la muerte europea, que es vista como finalidad, en tanto que para nosotros la muerte es origen. [...] Frida tenía la inteligencia de burlarse de la muerte, con la muerte. [...] Para ella la muerte es una salida enorme y muy callada.”

1. “Diego Rivera - Frida Kahlo, regards croisés”, Fundación Dina Vierny - Museo Maillol, París, del 17 de junio al 30 de septiembre de 1998.

2. Jean-Marie Le Clézio, *Diego y Frida*, Temas de hoy, Barcelona, 2002.

3. Juan Gelman, “Cerezas” (à Elisabeth), en *Unthinkable Tenderness: Selected Poems*, traducido del español al inglés por Joan Lindgren, University of California Press, Berkeley, 1997 [Título original: “Cerezas” (a Elizabeth), en *En abierta oscuridad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1993].

4. “Les floués”, *ibid.* [Título original: “Los ilusos”, *Diario de Poesía* n° 1, Buenos Aires, invierno de 1986].

*Novelista, poeta, pintor y crítico de arte inglés.

Traducción: Bárbara Poey Sowerby

Juan Rulfo, arte y política en México

La memoria subterránea

por Federico Casiraghi*

La breve pero fundamental obra rulfiana (*El llano en llamas*, 1953 y *Pedro Páramo*, 1955) refleja la esencia del mundo rural mexicano con todas sus contradicciones y su envolvente misterio. Su palabra narrativa ha dejado el rastro singular de las grandes transformaciones del México de la primera mitad del siglo XX: en los fantasmas que habitan Comala va la muerte del viejo país semicolonial...



*Juan Rulfo, surco de voz hundida
en las grietas vitales de la memoria.
Hoy rezo, quedito,
para que desde la tierra
donde nace tu palabra
siga tu alma conjurando la pena.*

F. C.

Minúscula emoción me dio el año pasado cuando escuché la voz de Gabriel García Márquez, meciéndose dulcemente en una cinta magneto-fónica de su época, contar su bautismo de fuego como escritor. El momento trascendental en que alguien llamado Juan Rulfo le había espantado el sueño. Había llegado a México el mismo día en que Hemingway se pegó el tiro de la muerte, el 2 de julio de 1961. Tenía 32 años, una novela publicada y tres libros clandestinos, pero todavía estaba en la búsqueda de una identidad narrativa. No lo conocía a Rulfo; jamás lo había sentido nombrar. “Lea esa vaina, carajo, para que aprenda”, le soltó su compañero de pensión mientras le arrojaba una edición de *Pedro Páramo* encima. Tal fue la conmoción que le causó a “Gabo” la lectura de esa novela, que alcanzó a leerla dos veces en una noche. Al día siguiente continuó con *El llano en llamas* y aún así no lograba salir del deslumbramiento. En los años siguientes sería capaz de recitar de memoria *Pedro Páramo*, al derecho y al revés, o de identificar con exactitud sorprendente a qué página de su edición correspondía determinado episodio de la novela.

En mi experiencia personal siempre quise escribir sobre él, hablar de él, aunque estuviera solo y tuviera que platicarme a mí mismo; aún antes de que su obra cayera en mis manos adolescentes. Como si una semilla se me hubiese sembrado desde el nacimiento. Es que cuando lo leí por primera vez me sucedió como con los grandes amores: sufrí un temblor empalagado de vértigo lúdico y nada más entraba o salía de mí que no fuera su cadencia poética, su forma de narrar, sus silencios más que sus palabras. Entonces comprendí que su escritura me marcaría para toda la vida. Después, sólo después, supe que era un hito fundamental de la literatura latinoamericana. Así, poquito a poco, “se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era ese señor”, un tal Juan Rulfo. Por eso estoy escribiendo este artículo.

Por estos caminos misteriosos, a veces líricos, a veces desmesurados, la literatura rulfiana se fue imponiendo con asombrosa violencia poética sobre todos nosotros, como un fantasma mítico que se niega a morir. Como los

personajes de *Pedro Páramo*, vaga atemporalmente alrededor nuestro. Nos circunda y nos contiene al mismo tiempo. Vive en todo lo que pareciera muerto de nuestra cultura popular. Por eso su legado merece revisarse, sobre todo en los tiempos convulsionados que atraviesa México, y en el contexto de una América Latina que persiste tenazmente en la lucha por su emancipación e integración.

Viaje a los orígenes

La figura de Rulfo es un enigma abierto, irresuelto. Los académicos, los críticos literarios, los intelectuales, todos se han desvelado por comprender el significado y la influencia de su obra. Sin embargo, pocos se interesaron por su interacción con el proceso político del país y de la región. Pienso –en ese sentido– que su obra es un viaje hacia los orígenes del México del siglo XX, a los prolegómenos de la formación de la conciencia nacional de un país fundamental en las luchas sociales y políticas de América Latina.

Fue un escritor inusual, que renegó siempre de las academias, que dio muy pocas entrevistas públicas. Al decir del padre Enrique Angellelli, tuvo un oído puesto en los libros y el otro en el pueblo desposeído de México. Nació en un año fundacional para el país (1917) en el seno de una familia acomodada, pero en una zona predominantemente campesina, pobre y relegada. Su infancia signada por la violencia de las revueltas cristeras, con los gritos de la Revolución Mexicana todavía ardiendo en el aire, le brindó un contexto poético y trágico a la vez.

La muerte lo sorprendió de manera temprana. Su padre y varios de sus tíos fueron asesinados por los cristeros de modo sangriento. Su madre moriría de tristeza pocos años después; su familia entera caería en desgracia. Una desgracia que lo forzó a pasar varios años en un orfanato en el Distrito Federal. Ya de adulto, una silenciosa inquietud lo indujo a regresar a su pueblo natal, Apulco, Jalisco.

Este regreso al mundo ritual de la infancia le brindó la oportunidad de adentrarse en el espíritu de su pueblo, sus costumbres, sus formas arcaicas, sus creencias, sus arquetipos. Así, Rulfo internalizó la voz del pueblo rural mexicano con todas sus contradicciones: la corrupción y la solidaridad, la cobardía y el coraje, el sometimiento y la rebeldía, la frustración y la esperanza. Descubrió las artes olvidadas del lenguaje popular, la ligazón de la sangre con la tierra y una pulsión inmemorial de resistencia contra la muerte. Un mundo que iría progresivamente sedimentándose en el inconsciente literario del escritor en el que luego se convertiría.

Una marca indeleble

Sus primeros cuentos se publicaron en un país completamente distinto. La oligarquía había sido desplazada y el general Lázaro Cárdenas conducía un proceso nacional revolucionario que transformó la estructura productiva del país, erosionó seriamente sus bases semicoloniales y empoderó económica y políticamente a los sectores populares, especialmente al campesinado y la clase obrera industrial.

Después de un largo proceso de inmovilismo y fuertes tensiones por la hegemonía hacia el interior del bloque revolucionario –período que podría situarse entre el alumbramiento de la primera Constitución Social de América Latina (1917) y su ascenso al poder (1934)– Cárdenas cristalizó finalmente el profundo sacudimiento político que había significado la Revolución Mexicana.

No creo que sea casualidad que la recopilación de los cuentos de Juan Rulfo aparezca publicada con el título de *El llano en llamas* en 1953. Tampoco que dos años después se produzca el parto literario fundamental, *Pedro Páramo*. Estos hechos coinciden con un momento de institucionalización de las conquistas sociales. Por tanto, pareciera evidente que el proceso creativo de Rulfo se entrelaza con las transformaciones que su país va experimentando, con la democratización de la cultura nacional, con la irrupción de las masas populares en su vida política.

Un síntoma de esta simbiosis es la aparición del Estado como gran articulador de las fuerzas sociales y la extinción concomitante de los viejos cacicazgos locales tan bien representados en *Pedro Páramo*, en relación a Comala, Contla y toda esa égida de pueblos campesinos y artesanos de la época de la Revolución. En los fantasmas que habitan todavía Comala (incluido el patrón de todos los patrones, “Don Pedro”), va la muerte del viejo país semicolonial desfilando entre murmullos, vagando por las calles desiertas de un lugar que ya no está, no existe.

Por eso podemos decir que el arte de Rulfo fue esencialmente nacional y profundamente popular. Como predicaba Ricardo Carpani, todas las grandes obras de la literatura y el arte latinoamericanos llevan esta marca indeleble. Nacen en la urdimbre de la historia y retornan a ella con el pulso acelerado, marcando el ritmo y la carga emotiva de las tensiones sociales.

Tal vez por eso, en las décadas siguientes, la producción narrativa de Rulfo se fue apagando. Replegado a la tarea pública al frente del Instituto Nacional Indigenista, su voz se fue desvaneciendo en un silencio íntimo, como si el hombre fuera desterrado de su propia obra literaria, de su patria creativa.

Casi en paralelo, miméticamente, el sistema político mexicano se fue deshaciendo de todo su sentido plebeyo y democrático. El Estado fue secuestrado en beneficio exclusivo de las élites y pasó a estar controlado cada vez más por la burguesía nacional y el imperialismo norteamericano. La impronta popular del cardenismo agonizó largos años, e ingresó definitivamente en el ocaso a partir de mediados de la década del 60. Con su desaparición, la cuestión social sería condenada a ocupar un lugar del que no regresaría jamás. De este modo, año tras año, la fuerza poderosa de la Revolución Mexicana fue consumiéndose en la letanía, sumergiéndose a toda una sociedad en el escepticismo y la corrupción generalizada.

La desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa representa un momento culminante y figurativo de la crisis que vive México. Algo despierta en la conciencia popular. La sucesión de movilizaciones marca el regreso de la democracia de las calles. Algo se está moviendo, se desplaza, rebrota. Más que nunca, México necesita volver a mirarse a los ojos, recrear su pasado heroico, reconstruir todo un lenguaje épico que le están maniatando.

Pancho Villa recoge sus enseres de combate y monta en su caballo con crines de rebeldía. Galopa montaña abajo en dirección al llano, llevando el corazón en la charretera de guerra y la dignidad por sombrero. Emiliano Zapata irrumpe en una balacera atravesando con justicia las filas del ejército oligárquico. Su figura fantasmal se recorta en el humo de las municiones. Su puño en alto ordena la carga de las montoneras campesinas.

¿Qué tan moribundos se oyen estos murmullos que vienen deambulando desde el callejón histórico de México? ¿Estarán mudos, agonizantes, o seguirán audibles como las voces de esos personajes quiméricos de *Pedro Páramo*? Mientras pienso esto, un libro de Juan Rulfo –el mismo que conservo desde la adolescencia– descansa sobre el escritorio. ¿Acaso no late allí un lenguaje chamánico, capaz de desenterrar tradiciones o costumbres que permanecen olvidadas, una alforja que resguarda la memoria subterránea de un pueblo? Quizá, tal vez, los mexicanos caigan nuevamente bajo el embrujo de su fuego sagrado. Entonces, estoy seguro, el régimen neoliberal y criminal que hoy maneja los hilos del país se extinguirá, como la vida tiránica de Pedro Páramo, dando “*un golpe seco contra la tierra*” y desmoronándose “*como si fuera un montón de piedras*”.

*Abogado y escritor.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

LINOL





Un itinerario urbano en México DF

La eternidad de lo imperfecto

por Juan Villoro*

Ciudad en permanente transformación, parece imposible representar a México DF por entero. Sin embargo, las síntesis caprichosas pueden transmitir algo de su esencia: en la marea intransitable de autos, los helicópteros hacen las veces de faro extraviado en las alturas, mientras que los habitantes dejan su huella en las calles por medio de las intervenciones espontáneas.

Con muchas las estrategias para entender una ciudad. En el primer trecho del siglo XX, Walter Benjamin aconsejaba perderse en ella de manera propositiva, como si se paseara por un bosque. Esto requería de talento, pero también de aprendizaje; el paisaje urbano aún tenía signos de referencia que impedían el extravío absoluto. Las megalópolis llegaron para alterar la noción de espacio y descentrar a sus habitantes. Hoy en día, moverse por Tokio, Calcuta, San Pablo o la ciudad de México es un ejercicio que se asocia más con el tiempo que con el espacio. No hay un mapa definido para esos traslados sin fin, donde el medio de transporte resulta más significativo que el entorno. En su novela *Mao II*, Don DeLillo comenta que Nueva York se caracteriza por que nadie quiere estar más de diez minutos en el mismo sitio. Esta ansiedad de movimiento define el tono crispado de la ciudad.

La mayoría de las grandes urbes dependen del deseo de pasar de un lugar a otro; sin embargo, trasladarse es un desafío tan severo que las obras públicas se conciben con frecuencia como una metáfora de la viabilidad y no como forma real de desplazamiento. En la ciudad de México las travesías se articulan más como una ruta de evacuación que como un paseo. La idea benjaminiana de conocer las calles a través de un recorrido sin destino preciso no puede ser una meta deseable, porque es el inevitable punto de partida de cualquiera que se ponga en marcha. Hace poco, una amiga pasó por mi hija para llevarla a una fiesta infantil. Me sorprendió que en el asiento trasero llevara una almohada. “Es para que duerma un rato: vamos muy lejos.”

La única manera de volver tolerable un recorrido agotador consiste en suponer que el auto no es un medio de transporte sino una vivienda. Surcar el DF es, en el mejor de los casos, una actividad para niñas dormidas. Por desgracia, la mayoría de los viajeros dormitan en la forzada convivencia del microbús o el vagón del metro, y el resto lucha por un trozo de ciudad a bordo de un coche. Dos tribus inmensas se desplazan a diario, los sonámbulos y los insomnes: cinco millones de pasajeros van aletargados en el metro y cinco millones sufren ataques de nervios en los automóviles.

En estas circunstancias, resulta casi imposible tener una representación de conjunto de la ciudad. La idea de orden o de traza urbana unitaria es ajena a un sitio que opera como una asamblea de ciudades. El barrio de Santa Fe, donde se concentra el gran capital, podría ser un suburbio de Houston, en la misma medida en que la zona de Chalco podría integrar una degradada periferia de Pakistán.

Esta visión fragmentada, rota, discontinua, es común a los millones de capitalinos que se desconciertan al abandonar su ruta acostumbrada. Hace mucho que la figura del *flâneur* que pasea con intenciones de perderse en pos de una sorpresa fue sustituida por la del deportado que ansía volver a casa. En Chilangópolis, la Odisea es la aventura de lo diario; ningún desafío supera al de volver a salvo al punto de partida.

La mayoría de las ciudades crece en torno a una naturaleza definida: un monte, un lago, un río, una ladera entre el mar y la montaña. ¿Cómo orientarse en un sitio sin señas de referencia? El aire capitalino es →

Tenochtitlán

Los aztecas fundaron la ciudad en 1325 por una profecía: el dios Huitzilopochtli, dios de la guerra, anunció al pueblo la llegada a su Tierra Prometida el día en que se apareció en el camino un águila devorando una serpiente sobre un nopal. Esa imagen es el emblema nacional.

© Jgorzynik / Shutterstock



Teotihuacán. Magnífico testimonio del imperio azteca.

8,851

millones

Viven en el DF. Incluyendo la zona metropolitana (más de 21 millones de habitantes) es la décima ciudad más poblada del mundo.

→ recorrido por helicópteros que informan de la situación vial y los muchos lugares por los que resulta imposible avanzar. Para quienes se desplazan en coche la cartografía es un paisaje conjetural que llega a través de la radio. Si en Tokio Roland Barthes percibió una ciudad desestructurada, carente de centro, hecha de orillas sucesivas, el testigo de la ciudad de México percibe una marea detenida e intransitable, donde un helicóptero hace las veces de faro extraviado en las alturas y aconseja usar “vías alternas”, nombre que otorgamos a la realidad paralela a la que no podremos acceder.

La ciudad conserva algunas zonas habitables (Tlalpan, San Ángel, Coyoacán), derivadas de la imaginación renacentista, barrios que confluyen en plazas y fueron pensados para peatones más o menos intrépidos, dispuestos a sortear empedrados y banquetas desiguales. El siglo XVIII vio la consolidación de una ciudad española que se proponía civilizar por medio del espacio y se postulaba como una ética en piedra. Inspirado en la utopía de Moro, el virrey de Mendoza quiso organizar la traza de la ciudad como una retícula perfecta. Otras ideas urbanas fueron menos conscientes del mensaje que transmitían pero siguieron la idea renacentista de que la plaza pública adiestra a sus usuarios. Borges dejó una parábola perfecta sobre la forma en que la ciudad edifica a sus habitantes. En “Historia del guerrero y de la cautiva” narra el drama de Droctulft, un bárbaro que llega a destruir Ravena en una época incierta. Droctulft forma parte de una horda que solo conoce las estepas y los pantanos sin fin. Antes de la batalla decide recorrer el sitio que ha llegado a destruir. Contempla escalinatas, plazas, balaustradas, torres, arcos, balcones, terrazas, piedras que responden a un propósito que desconoce pero que sin duda lo excede. La ciudad se extiende en un discurso indecifrado para su burdo intelecto, pero claramente superior. Entre esas calles, el advenedizo se siente disminuido, como un perro o un niño indefenso, y comienza, secretamente, a admirarlas. Droctulft se sabe incapaz de destruir Ravena, cambia de bando y muere en defensa de ese sitio. Borges comenta que no se trata de un traidor sino de un converso, un guerrero civilizado por el entorno.

El sentido ético de la ciudad renacentista, organizado en torno a espacios públicos y edificios religiosos, resulta difícil de percibir en el mundo contemporáneo. Hay un momento en que la desmesura asfixia el orden anterior o lo reduce a una reserva del pasado, un remanente digno de prestigio pretérito, una “zona turística”. Rem Koolhaas ha trabajado el tema de la escala de las ciudades, los momentos en que la densidad de la población estimula la arquitectura o la rechaza. Hacer ciudad depende de un diálogo entre espacio y demografía. Pasar de la talla S a la XL conlleva severos cambios de comportamiento urbano. En la ciudad de México el pasado virreinal y el Art Nouveau de la colonia Condesa existen como resto histórico, un patrimonio que, en el mejor de los casos, se preserva, pero que no define la estructura de la ciudad ni su modelo de crecimiento.

¿Qué sentido de la estética dimana de un amasijo como la ciudad de México, donde solo unos cuantos barrios antiguos conservan un diseño habitable para la vida común? La representación más común y eficaz de este territorio es la del caos. Fue ahí donde Carlos Monsiváis encontró que la vida se articulaba en “rituales del caos” y donde Serge Gruzinski se refirió a la proliferación de lo multitudinario como “caos de dobles”. Pero la descripción de la ciudad como caótica no implica por fuerza una crítica ni un lamento desesperado. Se trata, más bien, de un retrato de su peculiar condición operativa.

Caos y ornato

A pesar del desconcierto, la megalópolis suele ser tocada por la estética. En la mayoría de los casos, no se trata de proyectos de artistas ni de iniciativas de gobierno. Los habitantes hacen suya la calle en la medida en que la alteran y dejan ahí su huella. Rara vez estos gestos se inscriben en una estética codificada por el arte moderno. Su principio rector consiste en hacer acto de presencia: “estuve aquí”, dejar una impronta, como las manos rojas en las ciudades mayas o las huellas de pies en los códices prehispánicos, testimonio de que el incommensurable espacio pudo ser atravesado.

La noción que articula estas espontáneas muestras estéticas es la de “instalación adicional”. Con ese nombre, el fotógrafo Francisco Mata Rosas ha captado objetos que el habitante anónimo organiza con un sentido más hedónico que utilitario. Lo primero que veo al salir de mi casa es, precisamente, una instalación accidental: un cable de luz del que cuelga un par de zapatos. En la siguiente calle, un rectángulo de césped ha sido cubierto por botellas de agua que lo protegen de las intenciones escatológicas de los perros; un poco más allá, el tronco de un árbol está tapizado de chicles. Resulta imposible recorrer la ciudad sin encontrar muestras de una extraña pasión decorativa.

Territorio del desgaste, edificado sobre ruinas para producir más ruinas, la ciudad de México no acaba de ser demolida en gran ciudad. En todas partes surge el estruendo del taladro o la picota; la mayoría de las veces, resulta imposible saber si se edifica o se destruye.

En la capital de México no es necesario moverse para mudar de escenario. La ciudad migra hacia sí misma, se desplaza, adquiere otra piel, un rostro que es siempre una máscara en espera de otra máscara.

En este teatro de las transfiguraciones el gusto combate lo provisional (que aquí es sinónimo de la norma) para rescatar algo, imponer una voluntad en la marea de los desechos. La pieza suelta, desprendida de su uso original, adquiere la segunda vida del adorno. Ninguna artesanía se practica tanto en Chihuahua como el reciclaje.

De pronto, en un estacionamiento descubres una lavadora llena de cabezas de muñecos. Alguien decidió que se veía mejor así. Si la pieza se exhibiera en Documenta o en la Bienal de Venecia, pertenecería por contexto al arte conceptual. En la ciudad de

México tiene otro sentido; entre otras cosas porque la ciudad entera se parece mucho a esa instalación.

Las instalaciones espontáneas dependen menos de una vocación artística que de un afán de expresar identidad. Aunque alguien decide que eso se ve bien (o “bonito”), su motivación esencial no es mostrar una destreza sino resignificar la basura por medio de un arreglo donde la estética no es un fin expresivo sino un medio de conservación. Como el embalsamador o el taxidermista, el instalador accidental requiere de un desperdicio para ponerle punto final y sustraerlo al trabajo demoledor del tiempo. Ante los saldos de la vida diaria, el habitante inventa objetos mixtos, desordena en forma personal el caos y así se expresa.

¿Qué sentido del gusto se pone en juego? El chilango afecto a lanzar zapatos a los cables de luz no piensa en la belleza intrínseca de sus materiales; se acerca, por un lado, al artista barroco que odia el vacío y distorsiona lo existente hasta sus últimas posibilidades, y por otro, al posmoderno que incorpora citas del pasado (lo que fue de otra manera vuelve como fragmento, extemporáneo ensamblaje de piezas dispersas).

Esta cultura del ornato no depende de tradición estética alguna ni puede someterse a la crítica en curso: pone en juego las posibilidades de perdurar de lo imperfecto. En la ciudad donde todo se destruye alguien decide que lo inservible, lo que no da para más, se transforme en seña, presencia que acompaña, talismán tribal.

El avasallante deterioro urbano ha traído así un placer compensatorio: si algo se descompone, puede servir de adorno. Como todo sucumbirá, nada más atesorable que lo ya demolido.

Uno de los temas más fascinantes de estas instalaciones es que logran por vía del azar uno de los propósitos centrales del arte: el objeto único. Los coches y las ropas de lujo crean un espejismo de singularidad. Se proponen como “exclusivos” y rara vez lo son. En cambio, a fuerza de desgastarse, los vehículos y las ropas comunes se revisten de curiosa personalidad: “Un viejo camión de la llanura adquiere, por las vicisitudes de su propia evolución, ese esta-



El pueblo a la universidad y la universidad al pueblo. Mural de Siqueiros en la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México, una de las academias más importantes del continente.

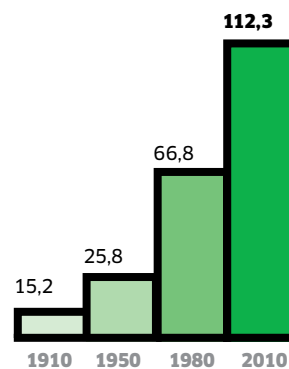
liaridad, afiliado a la serie (aunque se trate de una edición limitada para coleccionistas).

Galería de galerías, la ciudad de México se alza sobre basamentos prehispánicos y practica a diario la arqueología exprés de la chatarra: lo que se rompió ayer alcanza hoy la eternidad, se sustrae a la cronología porque está al margen del uso y solo cumple la función de ser visto. En su condición de resto, las instalaciones espontáneas dicen mucho más de lo que dijeron en su versión original. El instalador accidental convierte la basura en un retablo duradero que comenta la fugacidad del entorno.

Vista desde las alturas, la ciudad de México es una mancha urbana; vista desde la cercanía más próxima, es un muestrario de destrozos. Ciudad sin forma, encuentra sentido en la deformación del uso.

Las calles de la ciudad son un estacionamiento que a veces se mueve. Nada más lógico que ahí un

Crecimiento demográfico (población total, en millones)



El avasallante deterioro urbano ha traído así un placer compensatorio: si algo se descompone, puede servir de adorno.

tuto de objeto único que es la finalidad principal del arte”. Las abolladuras, las calcomanías, los letreros, el volante forrado de peluche, las cuentas de plástico en los rines, la cola de castor en la antena y, sobre todo, las heridas del tiempo en la carrocería, cargan de significado al viejo camión. Por el contrario, el bruñido modelo que se exhibe en un aparador carece de otras señas de identidad que las planeadas por el diseñador: un producto de catálogo, incapaz de pecu-

cementerio de automóviles parezca una unidad habitacional. En una instalación accidental captada por Mata Rosas, los coches se encaraman unos sobre otros como metáfora de los barrios que vendrán.

Los zapatos en los cables de luz ofrecen otra parábola del tránsito. Como en las calles no hay salida, los últimos pasos deben darse en las alturas. Los zapatos muertos van al más allá. En la ciudad intransitable, el paraíso del paseante consiste en pisar el cielo.

Museo de Antropología

Construido en 1964, es sin duda uno de los museos más importantes del mundo. Cuenta con 11 salas de arqueología y 11 salas de etnografía permanentes que resguardan el patrimonio cultural e histórico de los pueblos prehispánicos: mexicas, mayas, toltecas, de la costa del Golfo, etc.

© Jess Kraft / Shutterstock



Plaza Carso. Ubicado en el área de Nuevo Polanco en D.F., el moderno complejo fue construido en 2008. Cuenta con un sector corporativo, otro residencial, un centro comercial, dos museos y un teatro.

© ChameleonsEye / Shutterstock



Cuauhtémoc. Último tlatoani (gobernante) mexica.

Ciudades de la memoria

¿A qué pertenencia aspira el capitalino? La idea de lujo es hoy la de aislamiento, la *gated community*, la ciudadela autosuficiente e inexpugnable, sitiada por los bárbaros. La inseguridad y la desurbanización han producido esa extraña alternativa donde el bienestar significa estar al margen. Aunque el enclaustramiento se opone al principio mismo de la ciudad, cada vez son más frecuentes los proyectos que pretenden sustraerse a la experiencia urbana compartida.

Si la Ravena del cuento de Borges afecta incluso a quien ignora el vocabulario elemental de las piedras, la ciudad de México puede confundir al más curtido de los hermeneutas. En mi infancia, la idea de orden era representada por el mapa de París “a vuelo de pájaro” que teníamos en la pared, una cartografía donde los edificios aparecían dibujados como escenario de cuento de hadas. Ese espacio sigue dominando en lo fundamental la vida simbólica de la capital francesa. Desde hace siglos los personajes literarios toman las mismas calles parisinas: D’Artagnan avanza por la Rue de la Huchette por la que mucho tiempo después Horacio Oliveira avanzará en *Rayuela*.

Para quienes llevamos medio siglo en la ciudad, las transformaciones nos confunden por partida doble porque recordamos lo que estuvo antes. La ciudad actual se superpone a las ciudades de la memoria.

Nací en 1956, cuando la capital tenía cuatro millones de habitantes, el escenario que Carlos Fuentes aún pudo captar como un todo en su novela *La región más transparente*, publicada dos años después. La megalópolis que hoy tratamos de atravesar alberga entre 16 y 18 millones de habitantes (el margen de

error, la imprecisa zona que cambia en los sondeos, es del tamaño de Barcelona). La experiencia de vivir en un sitio en incesante deconstrucción tiene que ver con alteraciones físicas pero también con una reconfiguración de la memoria. Muchos rincones que fueron emblemáticos han dejado de existir. Pensemos, tan solo, en lo que se destruyó en el terremoto de 1985. Dependiendo de cada biografía, la ciudad virtual, alimentada por el recuerdo, puede ser más intensa y decisiva que la transfigurada ciudad que nos consta a diario.

Evocar la ciudad perdida puede ser atributo de la nostalgia, pero no siempre es así. Muchas de las zonas devastadas eran tan espantosas como las que las sustituyeron y algunas transformaciones implican mejoras.

Desde un punto de vista operativo, para el capitalino el pasado existe como una orientación posible, una elaboración de sentido. El referente de lo que estuvo ahí hace habitable la ciudad. En un territorio mutable, el ciudadano construye capas de significado, crea una geografía paralela, hecha de evocaciones que no siempre son nostálgicas; se trata, sencillamente, de resistir el caos articulándolo en una historia. Saber que una vía rápida llevó el nombre de soltera de Eugenia y estuvo recorrida por palmeras mejora poco la situación actual pero facilita la noción de pertenencia. En *Sobre la historia natural de la destrucción*, Sebald observa que la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial llevó a una posterior derrota cultural. El sentido de culpa ante la ignominia cometida privó a los alemanes de reconocerse, también ellos, como víctimas de la destrucción. Ante

los escombros, el chilango se siente menos culpable, no desvía la mirada como los alemanes de posguerra (Sebald comenta que en un tren de 1946 o 1947 era posible distinguir a los extranjeros porque eran los únicos que se atrevían a ver por las ventanas); sin embargo, también él requiere de un mecanismo compensatorio para sobrellevar la destrucción, y uno de los más eficaces es la memoria, que establece un vínculo con la ciudad oculta por el presente que aún significa algo para quienes la conocieron.

La operación literaria de buscar el esqueleto urbano, el paisaje fosilizado bajo las apariencias, ha sido común a escritores de mi generación de distintas latitudes. ¿A qué otra estrategia podemos acudir para narrar un espacio evanescente?

El primer método de conocimiento que tuve de la ciudad de México significó una moral que tardé mucho en entender. A los 10 o 12 años expandí mi conocimiento de las calles. La invitación al viaje llegó en la forma de un camión repartidor de leche. Eran tiempos en que la leche se vendía en botellas y se llevaba a domicilio. Los encargados de la tarea tenían un confuso prestigio erótico: iban de casa en casa y en apariencia a veces tardaban demasiado en salir; de varios vecinos se afirmaba que eran “hijos del lechero”.

La reputación de los libertinos en tránsito me interesó menos que el hecho esencial de que repartieran mi bebida favorita. Uno de los camiones pertenecía a una compañía llamada “El Olvido”. Aquel nombre, apropiado para una pequeña ranchería, desapareció del mercado y nunca llegué a probar sus productos. Me intrigaba el tamaño más bien pequeño del camión del que bajaba un hombre con un par de canastillas llenas de botellas. En ese momento, un amigo y yo subíamos al camión y nos ocultábamos detrás de las botellas. La parte trasera se iba vaciando con las entregas, o llenando de cascos vacíos, semitransparentes, que dificultaban el escondite, hasta que el repartidor nos descubría y nos bajaba del camión.

Nos encontrábamos de pronto en cualquier parte de la ciudad. El juego consistía en volver a casa, de polizones en un tranvía o un camión urbano, pues no llevábamos dinero. Aunque nunca llegamos a la terminal, a veces tardábamos dos horas en volver a casa. Conocí la ciudad de entonces de manera inconexa. La ida era un camino ciego y el regreso un rodeo abigarrado. Había que movilizar el conocimiento para perderse y comprobar la eficacia de ese conocimiento para regresar. Esta forma fragmentaria de articular la ciudad se parece mucho al entendimiento posterior que tuve de ella.

En su libro de memorias *Pelando la cebolla*, Günter Grass observa: “Como a los niños, al recuerdo le gusta jugar al escondite”. La relación entre el pasado y el secreto es esencial a la literatura. Muchas veces lo que buscamos en ese país extraño debe ser deducido, investigado, perseguido con denuedo. A la distancia, me parece significativo haber estado oculto en ese camión que recorría la ciudad como si me

adiestrara para el ejercicio posterior de buscar recuerdos proclives, también ellos, a esconderse.

Los desplazamientos a bordo de “El Olvido” me prepararon para imaginar y suponer una ciudad que nunca conoceré del todo y articular ahí zonas dispersas. Con el tiempo, el nombre del camión cobró el significado opuesto.

Aprendí a valorar aquel medio de transporte muchos años después cuando me convertí a la cultura del café. Quedaba poco de mi afición por la leche y buscaba espacios más bien sedentarios, ruidosas zonas de conversación. Sin embargo, el chorro de leche en el café cortado llegaba como un telegrama de otro tiempo.

En *Poética del café*, Antoni Martí Monterde resalta el papel de un cuento de Edgar Allan Poe, “El hombre de la multitud”, para entender al sujeto contemporáneo, que pasa de la singularidad a la condición de masa. La trama comienza y termina en el entorno del café, observatorio protegido de la procelosa marea callejera.

El café ofrece una encrucijada donde la vida se mezcla. No es casual que muchos escritores hayan tenido ahí sus miradores sociales: Ramón Gómez de la Serna en el Pombo de Madrid, Claudio Magris en el San Marco de Trieste, Karl Kraus en el Central de Viena, Jean-Paul Sartre en el Deux Magots de París, Fernando Pessoa en el Martinho da Arcadas de Lisboa, Juan Rulfo en el Ágora de la ciudad de México. Tampoco, que numerosos grupos literarios hayan surgido de tertulias de café. ¿Hay otra forma de conocer la ciudad en clave sedentaria? Si el paseante entiende el territorio por lo que mira, el hombre de café entiende la época por lo que escucha.

La leche representaba para mí la errancia y el extravío; el café, el impulso de fijeza. Toda ciudad está atravesada por tensiones nómadas y sedentarias.

Sus chismes más eficaces suelen ser propagados por dos discursos de muy distinta circulación: el movetizo de los taxistas y el fijo de los peluqueros. El café cortado es la metáfora que funde ambos sistemas; el brebaje del sedentario afectado por lo que viene de lejos.

Resulta ya imposible representar la ciudad de México por entero; sin embargo, las síntesis caprichosas pueden transmitir algo de su esencia. Al menos eso piensa quien descubrió la estética del fragmento a bordo de un camión repartidor de leche y solo conoció los barrios donde era descubierto.

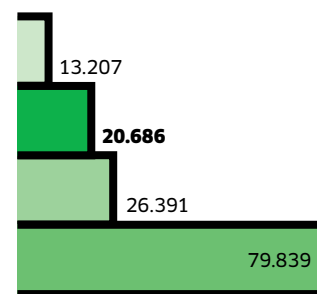
Estar en la ciudad sin ser absorbido por ella, ver a los otros en el momento en que se sustraen a su codificada conducta habitual, son los ejercicios que permite la cafetería. El uso urbano esencial a ese recinto es la conversación, cuyo método ignora las conclusiones y solo aspira a la progresión.

Lo infinito requiere de estrategias para volverse próximo. La ciudad de México es inagotable de un modo provisional. Como una taza de café cortado. ■

*Escritor mexicano, autor de novelas, cuentos, crónicas y ensayos. Este artículo fue originalmente publicado en *Nueva Sociedad*, N° 212, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 2007.

Industria editorial

(número de títulos publicados, 2010)



Colombia
México
Argentina
España



Bordado. Una marca de identidad de la cultura mexicana.

© Christian Vines / Shutterstock



5

Lo que vendrá

DE LA PROTESTA A LA PROPUESTA

El levantamiento zapatista de 1994 no impidió la profundización del rumbo neoliberal aún hoy vigente; las manifestaciones estudiantiles de 2012 no lograron detener el retorno del PRI al poder, y los reclamos actuales por justicia para las víctimas de la violencia no consiguen acabar con la impunidad de la que gozan estos crímenes, ni frenar el avance del narcotráfico en todos los niveles del Estado. El divorcio entre una población desengañada y un liderazgo político incapaz de canalizar estas demandas amenaza a la democracia mexicana.

DE ESPALDAS A SUDAMÉRICA

La vía mexicana

por Federico Vázquez*

Durante mucho tiempo México compartió, y en ocasiones anticipó, el destino de la región: la Revolución de 1910, las reformas sociales de Lázaro Cárdenas, la adopción del neoliberalismo en la década de 1980. Pero a diferencia de sus pares latinoamericanos, la debacle de este proceso económico en los albores del nuevo milenio no condujo a un estallido social, ni a la consiguiente transformación institucional. Por el contrario, un sólido y opaco aparato político hegemonizado por el PRI permitió profundizar el modelo de libremercado a través de la firma del TLC de América del Norte y abonó el terreno para un avance desenfrenado del narcotráfico.

Como en ocasiones anteriores, a mediados de los años 90 México parecía anunciar el destino del conjunto de América Latina. Al igual que el resto del continente, había atravesado la década perdida de los años 80, y a fines de los años 30, había sido pionero de las políticas nacionalistas y de reforma social que luego se implementaron en muchos otros países. Aún antes, había inaugurado el siglo XX con la primera revolución social y política, marcando un faro de referencia para todos los movimientos populares de América Latina. Tocaba ahora un momento menos glorioso, pero que parecía igualmente inexorable: el alineamiento con Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial que había ganado la Guerra Fría.

Ese fue, a fin de cuentas, el camino mexicano que asfaltó la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con Estados Unidos y Canadá, puesto en marcha el 1º de enero de 1994. Desde el otro extremo del continente, una Argentina que también atravesaba la ola neoliberal miraba esa firma como el adelanto de una película que, tarde o temprano, llegaría a sus cines.

Sin embargo, esa opción, que parecía anticipar la de toda la región, terminó siendo un destino nacional; o algo más. Así como Brasil cumple un rol preponderante en la región sudamericana, México –todavía más claramente– fue un factor determinante para subsumir a toda América Central en el proyecto de anexión económica con Estados Unidos.

En ese sentido, 1994 fue el réquiem de un largo sueño geográfico y político: el de la existencia de una unidad latinoamericana. La invocación de “América Latina” sigue teniendo un sentido de pertenencia cultural e identitaria, pero se volvió un concepto vacío para pensar la dinámica política y económica de allí en adelante.

Un lustro después de aquel 1994, Hugo Chávez ganó su primera elección en Venezuela, y tres años más tarde, Lula consiguió lo propio en Brasil. En poco tiempo, el color de Sudamérica viró completamente. Nueve años después del “enganche” mexicano al mercado norteamericano, el proyecto del ALCA fue rechazado por una nueva corriente política en América del Sur, escenificada en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata, a fines de 2005.

El corte geográfico entre México y América del Sur terminó plasmándose, incluso, en la conformación de un organismo internacional, de límites impensados décadas atrás, como la UNASUR. El límite político entre las dos Américas ya no es el Río Bravo sino el Istmo de Panamá.

Poder y contrapoder

Habría que preguntarse por las razones de ese camino nacional que separó a México de la dinámica del Sur. Sería sencillo buscar las particularidades de un país inabarcable, no sólo por su tamaño, sino por el abigarrado crisol social y cultural que lo compone. Sin embargo, lo cierto es que en los años 80 la crisis de deuda mexicana tuvo una traducción en varios países de América del Sur (como Perú o Argentina, por citar los casos más



Santa Muerte. Aunque no reconocida por la Iglesia Católica, es una deidad muy popular en México. Su origen es sincrético: nace del cruce entre la religión cristiana y el culto a los muertos de los pueblos prehispánicos.

graves), mientras que la implementación de políticas neoliberales a comienzos de los 90 también fue un denominador común, lo que volvió frecuente la comparación de la presidencia de Carlos Salinas de Gortari con las de Carlos Saúl Menem, Fernando Collor de Mello o Alberto Fujimori.

El avance del neoliberalismo también creó un lenguaje común de la “resistencia”: si bien el movimiento zapatista no tuvo una exportación práctica fronteras afuera, las cartas del Subcomandante Marcos fueron leídas con fruición por toda la izquierda latinoamericana, que intentaba ver allí alguna clave explicativa del fracaso histórico de las décadas anteriores, así como un aliento para la necesaria recomposición programática (y estética). Por algunos años, Chiapas fue pensado y discutido en las universidades públicas argentinas o en los foros de izquierda en Brasil, cuestionó los formatos envejecidos de la guerrilla en Colombia, envalentonó el resurgimiento de la identidad indígena en Bolivia...

Pero volvamos al poder antes de indagar en su resistencia. Por allí aparecen algunas primeras claves: si en América del Sur las experiencias neoliberales fueron paridas mediante crisis institucionales (cuando no sociales) demasiado evidentes, en México la fortaleza del sistema político que construyó el Partido Revolucionario Institucional (PRI) a lo largo de siete décadas permitió hacer el traspaso de modelo con críticas y protestas, pero sin caer en el precipicio. El Caracazo en Venezuela, los saqueos en Argentina y el adelantamiento del nuevo gobierno, el *impeachment* a Collor de Mello con movilizaciones en las calles, el exótico autogolpe de Fujimori en

Perú fueron todos signos de que el cambio hacia una política de libre mercado había alterado las bases políticas y de cohesión de esos Estados, que no podían salir de semejante trasmutación sin romper los moldes institucionales.

Lo que demostró el año 1994 en México es que el poder político y económico del país estaba lo suficientemente fuerte y cohesionado como para fundar un nuevo rumbo hacia tierras desconocidas (las páginas anteriores de este *Explorador* profundizan en el grado de alteración económica y social que supuso la firma del TLCAN) sin poner en peligro la institucionalidad y, aún más, sin que el sistema político se viera modificado sensiblemente.

La prueba es que el factor disruptivo más notorio fue la aparición de una guerrilla campesina, en el extremo sur del país, que se alzó el mismo día en que entró en vigencia el acuerdo (1), pero que tuvo más éxito como usina de debate al interior de la izquierda mexicana, latinoamericana e incluso mundial, que como alteración del orden político y social mexicano. De hecho, el PRI conservó el poder un sexenio más con la presidencia gris de Ernesto Zedillo. Los otros dos partidos que se disputaron el gobierno en las sucesivas elecciones, el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), maltrechos pero vigentes como esqueletos del sistema, ya existían antes del gran viraje nacional del 94. Es decir, México cambió la dirección del barco y se amarró al destino norteamericano, sin que eso haya convulsionado los pilares de su sistema político interno, como sí ocurrió con las demás experiencias neoliberales de Sudamérica.

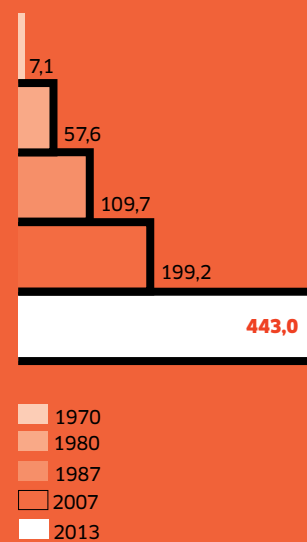


Panorama económico

México es una de las 15 economías más grandes del mundo y la segunda de América Latina, detrás de Brasil. En la última década ha crecido en forma modesta, pero constante. Sin embargo persisten grandes brechas entre ricos y pobres, entre los estados del norte y los del sur, y entre la población urbana y la rural.

Stock de deuda externa total

(en miles de millones de dólares)



El desafío de Morena

En 2012, Manuel López Obrador se retiró del PRD luego de 23 años y fundó el Movimiento de Renovación Nacional. Aunque desde mediados de 2014 Morena es oficialmente un partido, deberá obtener el 3% de los sufragios en las elecciones intermedias de junio de 2015 para conservar su registro ante el Instituto Nacional Electoral (INE).

© Anne Lewis / Alamy / Latinstock



Virgen de Guadalupe. Según la tradición, “la Patrona de México” se le apareció cuatro veces a Juan Diego Cuauhtlatotzin en el cerro del Tepeyac. La última vez fue el 12 de diciembre de 1531, fecha en que se celebra su culto.

© asharkyu / Shutterstock



Agave. Sirve para la fabricación de mezcal y tequila.

→ Pero si encontramos esta particular fuerza por parte del poder en México, también habría que detenerse en analizar las formas que asumió el contrapoder social y político en el país. El zapatismo, como emergente simbólico de esa resistencia, además de las características ya señaladas, mostró sus aspiraciones y límites doce años después de su irrupción armada, cuando decidió abandonar el reducto de la selva Lacandona y realizar una serie de marchas en todo el país durante la campaña presidencial de 2006.

“La otra campaña” fue un espejo invertido de las expectativas que había sembrado la candidatura de Manuel López Obrador en grandes franjas de la izquierda política y social mexicana. El candidato del PRD parecía reconstruir el sueño de un proyecto nacional progresista, después del intento fallido de Cuauhtémoc Cárdenas una década atrás.

En aquel año, después del gobierno de Vicente Fox, primer presidente del PAN luego de la larga hegemonía del PRI y con las secuelas visibles de la apertura económica, la candidatura de López Obrador asomaba como una opción real de poder. En esa encrucijada, el zapatismo junto a otras fuerzas sociales recorrió el país bajo la premisa de que no existía ninguna diferencia entre los tres candidatos a la presidencia, Felipe Calderón (PAN), Manuel López Obrador (PRD) y Roberto Madrazo (PRI). En una entrevista en los estudios de Televisa de DF, tres semanas antes de las elecciones, el Subcomandante Marcos fue contundente: “El 2 de julio tres mediocres se van a disputar un negocio”.

Tras el escrutinio, el conteo oficial arrojó un empate sin antecedentes para un país del tamaño de México: Felipe Calderón sacó 35,89% y Manuel López Obrador 35,33%. Menos de 250.000 votos de diferencia en un

electorado de 40.000.000... A pesar de las protestas por fraude que duraron meses, Calderón asumió la presidencia, prolongando el programa neoliberal.

Sería injusto y superficial acusar al zapatismo y a “la otra campaña” de obstruir el triunfo de un hipotético gobierno de centroizquierda, lo que no impide pensar que una de las claves que obtura un posible cambio político en México se encuentra en el divorcio entre la movilización social y los liderazgos políticos que compiten electoralmente y podrían representarlo, al menos parcialmente. De la célebre frase de John Holloway “cambiar el mundo sin tomar el poder”, en México, parece que sólo funcionó la segunda parte de la ecuación.

En el contexto electoral de 2012, con un gobierno del PAN en retirada que sufrió la crisis financiera de 2008, una guerra abierta contra el narcotráfico que dejó miles de muertos y un deterioro de las cifras de pobreza y exclusión, nuevamente hubo algunos síntomas de inconformidad social. El más destacado, tal vez, fue el movimiento “YoSoy132”, conformado por estudiantes universitarios, que se extendió en las redes sociales y fue homologado a otros movimientos de protesta como los indignados de España. Uno de los factores aglutinantes del movimiento fue la crítica frontal a los medios de comunicación concentrados por el apoyo explícito a Enrique Peña Nieto, un candidato modélico para el retorno edulcorado de la maquinaria político-estatal del PRI al gobierno federal.

Según el documento que leyeron los estudiantes en la puerta de la empresa Televisa, “YoSoy132” es un “movimiento estudiantil y social, político, apartidista, pacífico, autónomo, antineoliberal, independiente de los partidos, candidatos y organizaciones que responden a un programa electoral”. Si bien lograron ha-

cerse oír en medio de la campaña electoral, no alteraron el curso de los acontecimientos, y el 1º de julio de 2012 el candidato del PRI ganó las elecciones.

Un PRD desgastado insistió con la candidatura de López Obrador, quien esta vez perdió por siete puntos frente a Peña Nieto. A partir de allí, la descomposición del partido que podía llevar a México a una senda similar a la de los países sudamericanos fue rápida y violenta. López Obrador decidió retirarse para convertir a su espacio (Movimiento de Recuperación Nacional, MORENA) en partido político. El golpe de gracia al partido fue el secuestro en septiembre de 2014 de los estudiantes de Ayotzinapa, cometido por la fuerza de seguridad local en connivencia con un grupo narco bajo control del municipio de Iguala, gobernado por el PRD. Pocas semanas después, el propio fundador del partido, Cuauhtémoc Cárdenas, renunció a la dirección del mismo.

Así, aquella vieja escisión por izquierda del PRI, que buscaba recuperar las bases ideológicas del cardenismo y la herencia simbólica de la Revolución Mexicana, naufragó antes de llegar al Palacio de Los Pinos. Como señala el escritor y político Paco Ignacio Taibo II: “la quiebra del PRD como partido político de izquierda, crea un nivel de desconfianza profundo [de la sociedad] en las estructuras partidarias. MORENA hereda esto, aunque no sea nuestro fracaso” (2).

Una de las grandes virtudes de la democracia es que siempre da revancha. No obstante, al menos por lo que deja ver la coyuntura actual, las perspectivas de un cambio progresista en México parecen una utopía lejana.

El monstruo

Desde hace años el narcotráfico se volvió un *trending topic* de la actualidad mexicana. Al igual que las mafias o las guerras, el narcotráfico no tiene quien lo defienda, lo cual lleva a la paradójica situación de ser un monstruo sin padres, al que todos señalan con el dedo, pero para el que faltan respuestas reales.

Como bien reseña la nota de Jean-François Boyer (página 41), el narcotráfico no hizo más que avanzar sobre las estructuras estatales en estos años. Desde la firma del TLC, el comercio ilegal de drogas aumentó notablemente en la frontera norte de México. El otro cambio fue el pasaje de los grandes carteles a estruc-



© Papa Bravo / Shutterstock

Asimetrías territoriales. Los estados más pobres son los del sur (Guerrero, Chiapas y Oaxaca), que no han crecido en las dos últimas décadas al ritmo de los de la región centro norte.

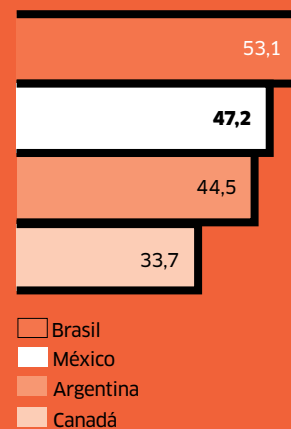
policía. El secuestro de los estudiantes de Ayotzinapa demuestra hasta qué punto existe una connivencia entre las estructuras estatales locales y las bandas narcos.

La reflexión sobre el problema del narcotráfico tiene muchas aristas (el debate por la legalización, el vínculo entre país vendedor y país consumidor, la migración que produce, la violencia social que desparra, etc.). Pero en función del recorrido de esta nota, cabe señalar que, como bestia de mercado que satisface una demanda, el narco no dudó en apoyarse en las estructuras estatales para sobrevivir a las aventuras del capitalismo “sin ley” en el cual se mueve. Tremenda lección para la sociedad mexicana: mientras el reclamo social parece llevarse mejor con consignas libertarias que denostan al “poder”, entendido como lo “institucional”, el narco comprendió que debía meterse allí, a un nivel político capilar, para encontrar el refugio y el reaseguro de la continuidad de su comercio, venga quien venga. La experiencia histórica es que, en las últimas décadas, mal no le fue.

Frente a esto, la respuesta política ha sido un péndulo entre la guerra (como intentó, con un saldo de

Desigualdad

(Coeficiente de Gini, 2010-2011)



México fue un factor determinante para subsumir a toda América Central en el proyecto de anexión económica con Estados Unidos.

turas más pequeñas, pero muy territorializadas, que con mucho éxito lograron perforar las instituciones policiales, políticas y judiciales de los estados y municipios de todo México. Se podría decir que el narco ya no necesita poner al Presidente de la República; le resulta más eficaz tener un ejército de alcaldes y jefes de

miles de muertos, la presidencia de Calderón entre 2006 y 2012) y la negociación (como había sido durante los años del PRI, y ahora parece querer recuperar Peña Nieto). Esos cambios, más allá de tener profundas consecuencias en la vida de los mexicanos, comparten lo fundamental: el narco como un →

#Yosoy132

En mayo de 2011, 131 estudiantes hicieron circular un video en el que acreditaban su identidad, para confirmar que una manifestación de protesta contra el presidente Peña Nieto había sido una auténtica expresión de descontento, y no un boicot como pretendían hacer creer desde algunos sectores. Ser "132" significa sumarse a esa iniciativa.

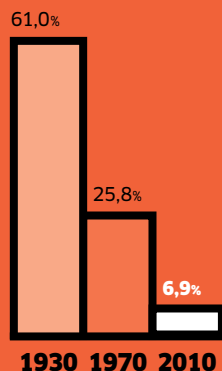
© Tonis Valling / Shutterstock



Diversidad chiapaneca. De sus 111 municipios, 58 son considerados de mayoría indígena.

Población analfabeta de 15 años y más

(en porcentaje)



→ animal ajeno, el Estado como un conjunto de instituciones que a lo sumo debe funcionar como una “barrera” de contención. Hasta ahora, ningún gobierno parece querer admitir que el problema está en la naturaleza misma de ese Estado: al no estar democratizado, al no incorporar las demandas sociales, al seguir siendo un coto de caza de las elites, es una presa muy fácil para el narcotráfico, así como para cualquier otro poder corporativo.

La persistencia del neoliberalismo

¿Existe, como se señala en la nota de Darío Pignotti (página 35) una “rebelión pendiente” en México? ¿O, por el contrario, estamos ante un país que podría definirse como una “potencia mediana”, que ya ha elegido un rumbo y un tipo de inserción internacional por las próximas décadas?

Si se repasa la economía mexicana de la última década, se observa a simple vista que, salvo el período 2008-2009 en que recibió directamente el cimbronazo de la crisis financiera mundial, y en particular la caída de la demanda norteamericana, el país experimenta un crecimiento moderado casi todos los años. Esa “normalización” económica mexicana, bien distinta al crecimiento a tasas chinas de otros países de la región, pero también exenta de frenos y convulsiones (salvo los dos años ya mencionados), muestra el aspecto positivo del enganche a la locomotora del Norte. En 1990 la mitad de los bienes que exportaba México eran materias primas. Desde la firma del TLC, esa ecuación cambió radicalmente, y hoy las dos terceras partes de sus exportaciones están conformadas por productos de mediano y alto nivel tecnológico (celulares, computadoras, automóviles).

Ahora bien, esta mejora económica (sería muy discutible si se trata de una vía al desarrollo, dado el gra-

do de dependencia que tiene respecto a una economía externa) no tiene un correlato en otros aspectos, como los niveles de pobreza. La cifra es elocuente: si en 1992 el 53,1% vivía bajo la línea de pobreza, veinte años después, ese porcentaje se mantuvo congelado, con una disminución de sólo 1 punto porcentual. Se calcula que, actualmente, hay 54 millones de pobres en México sobre una población total de unos 110 millones.

Asimismo, el país registra un desempeño muy negativo en otras variables centrales, como la participación del salario en la economía. Según estudios de la Cepal, México ocupa el anteúltimo lugar en ese rubro comparado con todos los demás países latinoamericanos.

El recorrido inverso al de otros países de la región es notorio: en Argentina, Venezuela o Brasil, la última década vino con desempeños económicos dispares en términos macro (años muy buenos, otros regulares, otros de grandes desajustes), pero en todos los casos se logró una curva ascendente en términos de recuperación social y calidad de vida. La famosa nueva clase media brasileña, los programas de cobertura social en Venezuela, la recuperación del salario real en Argentina aportaron un piso de estabilidad social desconocido años atrás.

Otro dato perturbador es que, aún siendo un país productor de petróleo, México importa la mitad del combustible que utiliza. Diez años atrás era apenas un cuarto. Producir barriles de petróleo no es lo mismo que tener la capacidad para refinarlos, por lo que es Estados Unidos quien vende en el mercado mexicano ingentes cantidades de combustible procesado en plantas norteamericanas.

Frente a este panorama, la nueva reforma energética, impulsada al comienzo del gobierno de Peña Nieto y hoy ya en vigencia, difícilmente revierta esta tendencia: la empresa estatal Pemex deberá competir con las grandes empresas privadas internacionales para hacerse de contratos de concesión de los yacimientos. Y las firmas podrán, por primera vez desde la nacionalización del petróleo por Lázaro Cárdenas en 1938, tener un control vertical del negocio (exploración, perforación, extracción, refinación, distribución). Esto supone una pérdida mayor de las capacidades de Pemex, quien estructuró la empresa en base a su condición estatal-monopólica.

Pero aún más preocupante es el esperable impacto a corto plazo de la reforma, una vez que comience a efectivizarse la apertura del negocio a empresas como Shell, Chevron o BP. En un sendero que Argentina conoce de memoria, los millones de dólares frescos que ingresan con la apertura petrolera a las firmas privadas, antes que ir a investigación y exploración, suelen dirigirse a pozos existentes o, al menos, cuyo potencial ya se conoce. Situación que, si bien puede llevar a un rápido aumento de la producción, en pocos años también conduce a un agotamiento acelerado de las reservas energéticas del país.

La diferencia con el caso argentino es que, al menos por ahora, no se plantea la privatización de la



Narcopolítica. En pleno contexto electoral, Aidé Nava González, candidata del PRD en Ahuacutzingo, Guerrero, fue decapitada. Durante la última década han sido asesinados 60 miembros del PRD en ese estado.

empresa estatal. En términos discursivos, el gobierno de Peña Nieto sostuvo que “Pemex es un gran orgullo nacional”, lo cual no deja de ser casi un deber político en un país donde casi un tercio del presupuesto federal sale de las arcas de la empresa petrolera.

Desde ya que la caída abrupta del precio del petróleo durante 2014 refuerza los apetitos de una ganancia lo más fácil y rápida posible por parte de las empresas privadas, sembrando aún más dudas sobre las posibilidades de un “boom” inversor de largo aliento.

La otra gran reforma impulsada por Peña Nieto es la educativa. México, desde hace años, se caracteriza por destinar grandes recursos públicos a la educación.

Ahora bien, la reforma de Peña Nieto no apunta a este tipo de problemas, sino a la profesionalización docente, mediante un mayor control sobre las capacitaciones y la implementación de modalidades más competitivas para el ascenso en el escalafón laboral.

Además de estas reformas, el equipo económico de Peña Nieto asumió como objetivo de gestión sostener una reducción del gasto público bajo la premisa de “mejorarlo” y hacerlo más “eficiente”. Para 2015 se prevé una disminución del 0,7% del PIB, pero según anunció el propio Presidente, esta política de austeridad “a la mexicana” seguirá en el 2016.

En definitiva, el repaso histórico de las últimas décadas y las señales del presente mexicano no dejan

Reformas estructurales

El gobierno de Peña Nieto aprobó gran diversidad de reformas con mayor o menor aceptación: la energética (que permite la participación privada en Pemex), la fiscal (para incrementar la recaudación), la educativa (con fuerte oposición de parte de los sindicatos), la de las telecomunicaciones (para reducir los monopolios), la electoral y la financiera.

La economía mexicana de la última década, salvo el período 2008-2009, experimenta un crecimiento moderado casi todos los años.

Según la ley, debería ser el 8% del PIB, aunque en los últimos años la cifra fue cercana al 6%. Sin embargo, la pobreza estructural y las fallas del sistema hacen que estos recursos no sean suficientes para mitigar males endémicos en el país, como el analfabetismo.

A finales de 2012, tres estados con mucha pobreza como Guerrero, Chiapas y Oaxaca tenían un 15% de analfabetismo en la población adolescente. Un número alarmante, incluso para el contexto latinoamericano. Según el “Panorama educativo 2014” elaborado por la OCDE, México tiene una de las matrículas más bajas en la escuela media: sólo el 53% de los jóvenes que tienen entre 15 y 19 años asiste a un establecimiento educativo. En otros países de la región como Argentina, Brasil o Chile, esa cifra ronda entre el 73% y 78% (3).

muchas dudas sobre la persistencia de un proyecto neoliberal, sólidamente instalado en la segunda economía latinoamericana.

La firma del TLC con Estados Unidos parece haber funcionado como un ancla que, aunque no le otorgó estabilidad social y mayor poder al Estado, sí dotó de mayor irreversibilidad al perfil económico y productivo que decidió asumir el país a mediados de los noventa. ■

1. El 1º de enero de 1994 las fuerzas zapatistas tomaron el control de San Cristóbal de las Casas y otros poblados del estado de Chiapas.

2. Reportaje realizado por el autor a Paco Ignacio Taibo II en Buenos Aires, el 13 de marzo de 2015.

3. “Panorama educativo 2014”, OCDE (disponible en www.oecd.org).

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

PRIMERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 CHINA
2 BRASIL
3 INDIA
4 RUSIA
5 ÁFRICA

SEGUNDA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 ESTADOS UNIDOS
2 ALEMANIA
3 JAPÓN
4 GRAN BRETAÑA
5 FRANCIA

TERCERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 IRÁN
2 MÉXICO
3 COREA DEL SUR
4 TURQUÍA
5 ESPAÑA

EXPLORADOR

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

LE MONDE diplomatique

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

La risa de Pancho Villa, por Carlos Fuentes, página 7, *Revoluciones que cambiaron la historia*, compilado por Benoît Bréville y Dominique Vidal, *Le Monde diplomatique* / Capital intelectual, Buenos Aires, 2012.

Una Revolución del pueblo, por Octavio Paz, página 10, *El laberinto de la soledad, Postdata, Vuelta a El laberinto de la soledad*, 2º reimpresión, Madrid, FCE de España, 1998.

Octubre del 68, por Elena de La Souchère, página 13, *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1968.

El giro neoliberal, por Georges Couffignal, página 17, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 1988.

La revolución salinista, por Miguel Angel Centeno, página 20, *Nueva Sociedad*, N° 152, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1997.

El zapatismo al asalto del cielo, por Ignacio Ramonet, página 22, *Marcos. La dignidad rebelde*, por Ignacio Ramonet, *Le Monde diplomatique* / Capital intelectual, Buenos Aires, 2001.

La eternidad no existe, por Paco Ignacio Taibo II, página 25, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 1994.

La marginación de los indígenas, por Frédéric Saliba, página 26, *El Atlas de las minorías*, Capital Intelectual/ Fundación Mondipló, Buenos Aires, 2013.

La caída del reinado del PRI, por Carlos Monsiváis, página 29, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2000.

Los eternos brujos, por Dario Pignotti, página 35, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2012.

La izquierda que no fue, por Jean-François Boyer, página 38, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, marzo de 2014.

México en guerra, por Jean-François Boyer, página 41, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, junio de 2012.

Los Caballeros del Acero, por Ladan Cher, página 45, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2014.

El mito de la energía, por Macario Schettino, página 47, *Nueva Sociedad*, N° 220, Buenos Aires, marzo-abril de 2009.

La agonía del campo, por Anne Vigna, página 55, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, marzo de 2008.

Fronteras de cristal, por Hervé Revelli, página 62, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, julio de 2003.

Separadas por un mismo muro, por Pablo Bransburg, página 64, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2011.

La pintura sobre la propia piel, por John Berger, página 68, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 1998.

La eternidad de lo imperfecto, por Juan Villoro, página 75, *Nueva Sociedad*, N° 212, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 2007.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

Vigencia de la reforma agraria, página 8
Fuente: Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, Boletín 53, 2012.

Éxodo rural, página 11
Fuente: Censos Generales, INEGI.

Ingresos por privatizaciones, página 18
Fuente: World Bank's Privatization Transactions y World Bank's Privatization Data.

Tasa de desempleo, página 18
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Producto Interno Bruto, página 30
Fuente: A. Maddison, *The World Economy*, 2001 y Maddison Website Project.

Evolución de la pobreza, página 31
Fuente: CONEVAL, México.

Participación de la industria en el PIB, página 36
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Posesión civil de armas de fuego, página 42
Fuente: Small arms survey, Research Note 9.

Muertes por homicidio, página 43
Fuente: WHO Mortality Database, 2014.

Producción de crudo, página 48
Fuente: Annual Statistical Bulletin 2006, 2010 y 2014, OPEP.

Población penitenciaria, página 49
Fuente: Centro Internacional de Estudios de Prisión.

Presupuesto de las Fuerzas Armadas, página 51
Fuente: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Presupuesto SEDENA y SEMAR.

Tasa de homicidios, página 51
Fuente: WHO Mortality Database 2014.

Intercambio comercial con Estados Unidos, página 56
Fuente: UN Comtrade database.

Cantidad de efectivos de las Fuerzas Armadas, página 60
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Inmigrantes en México, página 61
Fuente: United Nations, Department of Economic and Social Affairs, *Trends in International Migrant Stock: Migrants by Destination and Origin*, 2013.

Mexicanos en Estados Unidos, página 65
Fuente: United Nations, Department of Economic and Social Affairs, *Trends in International Migrant Stock: Migrants by Destination and Origin*, 2013.

Ingresos por remesas, página 65
Fuente: The Latin Macro Watch 2015, IADB.

Comparación PIB, página 65
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Crecimiento demográfico, página 77
Fuente: Censos Generales, INEGI.

Industria editorial, página 79
Fuente: El libro en cifras 2012, CERLALC-UNESCO.

Stock de deuda externa total, página 83
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Desigualdad, página 85
Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial 2014, Banco Mundial.

Población analfabeta de 15 años y más, página 86
Fuente: INEGI.

MAPAS

"Principales lenguas indígenas" y "Un sistema educativo desigual", por Flavie Holzinger y Delphine Papin, página 27, *El Atlas de las minorías*, Capital Intelectual/ Fundación Mondipló, Buenos Aires, 2013.

"El muro de la vergüenza", por Cécile Marin y Philippe Reka-ciewicz, página 65, *El Atlas histórico de Le Monde diplomatique*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011.

Explorador: México / Ignacio Ramonet ... [et.al.] ; coordinado por Luciana Garbarino.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Capital Intelectual, 2015.
88 p.; 27x23 cm.
ISBN 978-987-614-472-8
1. Política Internacional. 2. México. I. Ramonet, Ignacio II. Garbarino, Luciana, coord.
CDD 320.72

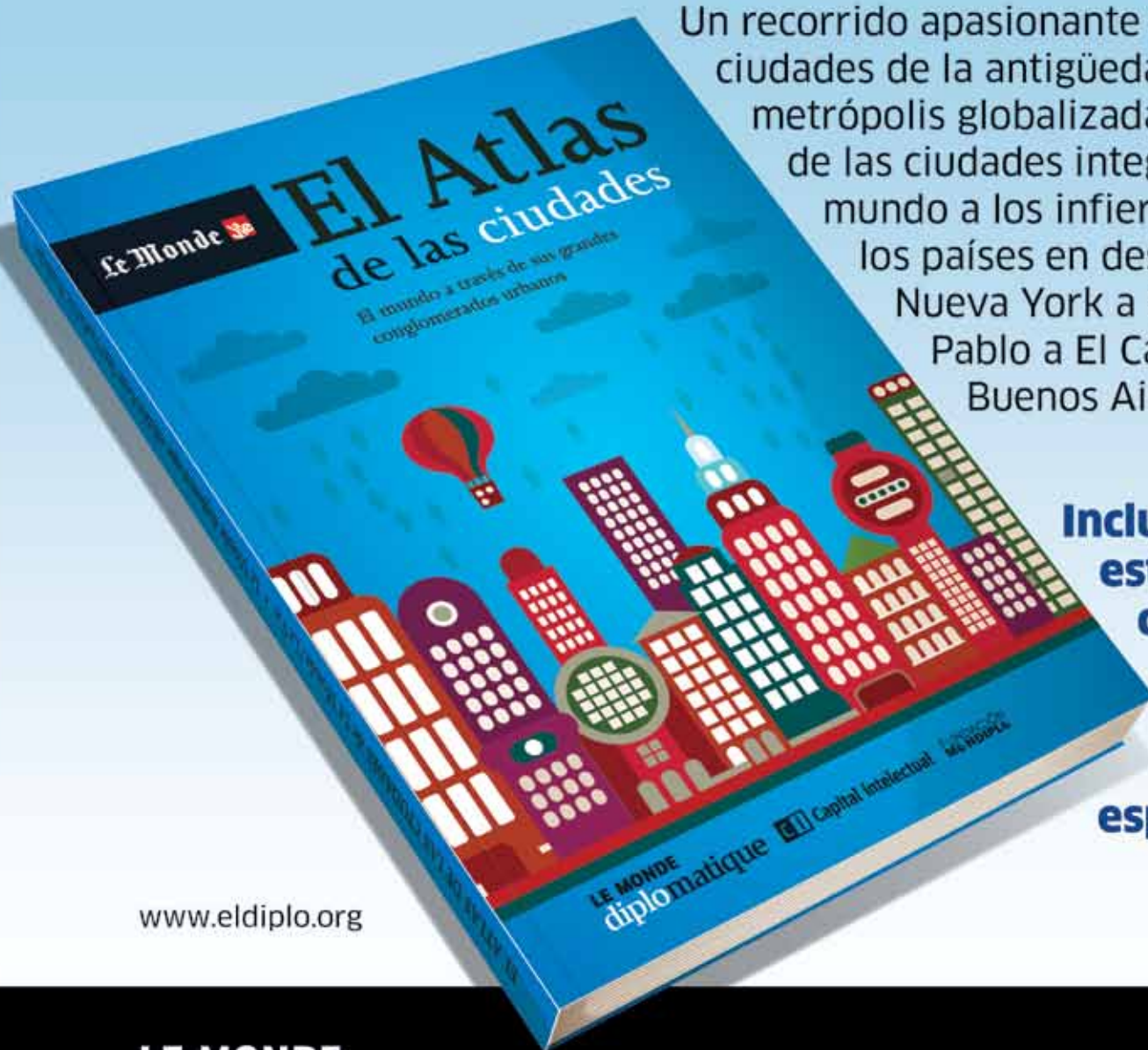
Fecha de catalogación: 26/02/2015

Hecho el depósito de Ley 11.723.
Se terminó de imprimir en abril de 2015
en Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768,
C.P. 1416ECH, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El Atlas de las ciudades de Le Monde/La Vie

EN VENTA EN
LIBRERÍAS

PARA ENTENDER DÓNDE VIVIMOS



Un recorrido apasionante que va de las ciudades de la antigüedad a las metrópolis globalizadas del presente, de las ciudades integradas del primer mundo a los infiernos urbanos de los países en desarrollo, de Nueva York a Shanghai, de San Pablo a El Cairo, de París a Buenos Aires...

**Incluye mapas,
estadísticas,
cuadros
comparativos
y el análisis
de prestigiosos
especialistas.**

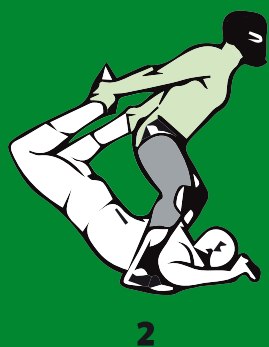
www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

ci Capital intelectual

FUNDACIÓN
MONDIPLO

LE MONDE
diplomatique



México: Tiempos de violencia La revolución inconclusa **Pancho Villa** Tlatelolco
El giro neoliberal Zapatismo **México en guerra** El mito del petróleo **Carlos**
Fuentes El retorno del PRI **Frida Kahlo** La izquierda que no fue **Juan Rufo**
La agonía del campo **Tan cerca y tan lejos de Estados Unidos** Narcotráfico

El mundo
cambia

EXPLORADOR

2

ISBN 978-987-614-472-8



9 789876 144728